





*La imposible
realidad*

La imposible realidad / Osvaldo Aguirre... [et al.]; contribuciones de Silvina Palillo... [et al.]; compilado por Federico Ferroggiaro. - 1a ed . - Rosario: Casagrande, 2018.

178 p. ; 19 x 13 cm. - (Rosario se lee / Ferroggiaro, Federico; 1)

ISBN 978-987-46616-8-5

1. Literatura Argentina. 2. Realismo. 3. Literatura de la Provincia de Santa Fe.
I. Aguirre, Osvaldo II. Palillo, Silvina, colab. III. Ferroggiaro, Federico, comp.
CDD A860

Rosario se lee

Coordinador del volumen: Federico Ferroggiaro

rosarioselee@gmail.com

Diseño editorial y de cubierta: Adriana La Sala

Casagrande, 2018

Pellegrini 957 (S2000BTJ) Rosario, Santa Fe, Argentina

casagrandeeditorial@gmail.com

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por cualquier medio o proceso sin el previo permiso escrito del editor y los autores.

Impreso en Argentina



ESCUELA DE LETRAS
Facultad de Humanidades y Artes
UNR

Realizado con el apoyo de **Espacio Santafesino**,
Ministerio de Innovación y Cultura de Santa Fe.
Convocatoria 2017



La imposible realidad



Rosario Se Lee

casagrande




Rosario se lee

Estos libros reúnen textos de escritores de la ciudad, de nuestra región.

Es apenas una muestra, un conjunto de textos y de escritores, seleccionados por el gusto y los intereses de quienes armamos esta Colección. Es decir, no abarcan a la totalidad de mujeres y de hombres de nuestra zona que dedican su vida, al menos una parte de ella, al placer y al arte de la escritura. Por lo tanto, las inclusiones y las exclusiones son el resultado de operaciones subjetivas de lectura y no implican, a nuestro entender, ni una valoración estricta, ni el propósito de construir un canon. Lo que nos importa es que, con estos escritos, estamos acercando a los docentes y alumnos una pequeña, pero significativa, imagen de aquello que crean personas que viven o han vivido, que sueñan, piensan, caminan, sienten las mismas calles y paisajes que ellos, ustedes, nosotros recorremos, observamos y respiramos a diario.

Elegimos textos y elegimos escritores. Los reunimos en volúmenes, apelando a la clasificación consolidada de los géneros literarios. Esta decisión operativa nos ofrece un marco conocido, unos conceptos que se trabajan en las escuelas secundarias y que forman parte de los contenidos de la materia Lengua y Literatura. Sin embargo, a pesar de que sostendemos este ordenamiento teórico, queremos

ofrecer un abordaje creativo, interesante, dinámico, que facilite la apropiación y el disfrute de los cuentos y poemas que se incluyen en los libros. Cada uno de ellos, por esta razón, será presentado por un o una docente de Lengua y Literatura, quien propondrá diferentes recorridos, posibles relaciones con otros lenguajes y/o disciplinas, lecturas complementarias que ensanchen los horizontes y propuestas de trabajo que vinculen la teoría con los textos.

Esperamos y deseamos que los textos encuentren a sus lectores; que los jóvenes de Rosario y la región conozcan un poco más sobre las creaciones de sus vecinos: los escritores de esta zona; que disfruten de ellos, que se encuentren, que aprecien el vigor, la actualidad, la cercanía de estas palabras, de estos versos, de estas historias; y que se sientan invitados a habitar el maravilloso universo de la literatura.

Si bien **Rosario se lee** es un proyecto y una colección impulsada y realizada por muchas personas con roles diferentes: escritores, docentes, correctores, diseñadores, etc., también forman parte de él otros actores que no figuran con sus nombres y apellidos en estas páginas. Por eso queremos darle las gracias a las familias y a los afectos que están detrás, al lado, adelante, de cada uno de los participantes de este libro porque, lo sabemos: solos no somos nada.

Sin el apoyo de Espacio Santafesino y del Ministerio de Innovación y Cultura de Santa Fe estos libros no existirían: a ellos, nuestra gratitud. El agradecimiento se extiende a las instituciones que, a través de sus directivos, autoridades o colaboradores, han apoyado a **Rosario se lee** desde el comienzo de su formulación. La Escuela Zona Parque y la EEMPA N° 1256, la Escuela de Letras de la Facultad de Humanidades, la Asociación de Graduados de Letras, la Facultad Libre de Rosario y la Mutual AMEN siempre han estado presentes.

Por último, aunque quizás el principal agradecimiento, es para vos, lector, lectora, que ahora abrís este libro, pasás esta página y entrás de lleno en los cuentos que integran *La imposible realidad*, este volumen de la Colección **Rosario se lee**. Gracias por estar ahí, ¡buenas lecturas!

9

Equipo de Rosario se lee



Instrucciones (posibles) para leer y descubrir este libro

Los cuentos que seleccionamos se organizan a partir del modo (o al menos, uno de los modos que pueden reconocerse) en el cual cada uno se relaciona con el mundo ordinario, con la “realidad”. Así, encontramos relatos que recrean un acontecimiento histórico (*La orquesta roja*) o una catástrofe que se repite (*Los inundados*), otros que ponen en escena una voz que nos habla (*Un viaje en taxi*), algunos que pueden asociarse con un hecho policial o delictivo (*Negritos*), o que se centran en cuestiones de género y en la niñez (*La cámara oscura y Arañas*); también están los que parten de un acontecimiento que rompe con lo cotidiano (*Variaciones mínimas*) y los cuentos que refieren a situaciones y temas relacionados con los escritores y sus preocupaciones y sus vidas (*Por la literatura*).

En este marco, cada uno de ellos es abordado por un docente de Lengua y Literatura que trabaja o trabajó en las escuelas secundarias de la ciudad de Rosario o la región. Son estos profesores y profesoras quienes, desde sus experiencias como lectores y docentes, y poniendo en juego sus conocimientos disciplinares, proponen diversas formas de leer, trabajar en el aula, comentar, opinar, crear, investigar y relacionar con otros cuentos, novelas, películas, canciones, es decir, otras artes

y discursos. La idea, nuestra idea, esa chispita que impulsó este proyecto, es que en todas las aulas donde ingrese este libro, cada docente con su grupo, compartiendo la lectura, dialogando sobre las impresiones y las sensaciones que les produjeron los relatos, estableciendo nuevos intertextos, escribiendo narraciones individuales o en equipos, pueda generar nuevas propuestas de abordaje para los cuentos, de acuerdo a la forma de ser de cada grupo. También, por qué no, cada lector puede abrir el libro en cualquier parte, al azar, y explorar las páginas de cualquiera de los cuentos. O detenerse en la biografía de un autor e investigar sobre su escritura, su trayectoria, sus otros libros y publicaciones. O, incluso, ponerse a jugar con las actividades que acompañan a los cuentos. Creemos que los libros nos invitan a la aventura; este no tiene por qué ser la excepción. Estas instrucciones posibles hablan de un libro de cuentos, de este libro de cuentos, de cómo fue hecho y pensado. Nada más. Estas instrucciones (posibles) se autodestruirán en 5 segundos... 5... 4... 3...

La imposible realidad

Originariamente, el realismo moderno como manifestación estética literaria, esa corriente que consagraron Stendhal y Balzac, pretendió representar la “realidad” circundante y cambiante, las diversas formas de vida existentes, mediante la escritura. Un objetivo artístico, una empresa para nada cuestionable, por supuesto, pero excesiva, ambiciosa, desde su misma concepción y que encierra desde el planteo inicial su propia imposibilidad. Veamos brevemente por qué.

Más allá de las profundas discusiones críticas y académicas sobre el concepto y su funcionalidad, al hablar de “realismo” en la literatura, casi todos los lectores pensamos en cuestiones y creaciones similares. Partimos de la confianza en la posibilidad de que los signos lingüísticos (el lenguaje) son capaces de dar cuenta de la realidad a la que se refieren (el referente). A su vez, adherimos a la idea, correlativa, de que existe verdaderamente una “realidad” y no que esta depende del punto de vista del observador, también del narrador: de sus intenciones, de sus deseos, de aquello que quiere conseguir cuando se pone a escribir para “dar cuenta de cómo es lo real”. Además, de que esa “realidad única” puede ser conocida de forma objetiva por alguien. Por último, de que dicha “realidad” puede ser escrita de una manera correcta y

entendida exactamente igual, sin objeciones ni dudas, por todos los lectores.

Hoy sabemos que esto no es así: que las palabras no alcanzan para representar lo que vivimos y sentimos, que los hechos y las cosas para ser dependen de quién las observa y las cuenta y que, por lo tanto, la “realidad” no es una sola y no se puede transmitir, reproducir, copiar para que todos o cualquiera la comprendan y la vean igual que esa subjetividad que la presenta.

El concepto de “verosimilitud” ha resultado fundamental para mantener viva la estética “realista”. Gracias a éste, el lector percibe los hechos como semejantes a los que suceden a diario; que tanto los personajes como los ambientes parecen ser verdaderos y le resultan creíbles. Entre los recursos empleados para provocar este efecto de verosimilitud en los lectores, los escritores suelen utilizar descripciones detalladas, una datación cronológica y ordenada del tiempo y personajes que se ajustan a ciertos modelos o estereotipos.

El “realismo”, para algunos estudiosos, no pasa por aquello que se narra (el tema) sino por la manera en que se lleva a cabo la narración. En palabras del cineasta italiano Roberto Rosellini: “el realismo es una forma artística de la verdad”... “una posición moral desde la cual se mira el mundo”. Para otros, el “realismo” se manifiesta en el registro de las voces, en poder reproducir la forma en que hablan los diversos sujetos sociales de un es-

pacio y época determinada. Desde una perspectiva diferente, el “realismo” se equipara al costumbrismo y se concentra en narrar y describir los usos y costumbres de las diversas comunidades.

Resulta difícil, entonces, considerar el “realismo” como una unidad porque se presenta y deviene en manifestaciones múltiples, heterogéneas, complejas... La convención que define a los cuentos y novelas realistas como “aquellos relatos que, en sus diversas variantes, respetan las leyes físicas de la naturaleza y los principios del pensamiento lógico”, nos ofrecen una solución sencilla, ajena a todas estas problematizaciones, pero desde la cual establecer una diferenciación operativa. Nada más, porque ya sabemos o nos damos cuenta que reproducir, repetir “la” realidad, es una empresa imposible.

Bibliografía

AAVV (2005) *Boletín/12 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*. Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

AAVV (2014) *Cuentos en acción 2. Fantásticos y argentinos*. Buenos Aires, Estación Mandioca.

Auerbach, Erich (1996) *Mímesis*. México, Fondo de Cultura Económica.

Gramuglio María Teresa (2002) “El realismo y sus des tiempos en la literatura argentina”, en Jitrik, Noé, (direc-

tor) *Historia crítica de la literatura argentina. Vol. 6 El imperio realista*. Buenos Aires: Emecé Editores.

Rossellini Roberto (2000) *El cine revelado*. Barcelona, Paidós.

Speranza, Graciela (2005) “Por un *realismo idiota*”, en *Boletín/12 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*. Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

LA ORQUESTA ROJA

Rosario, 1988

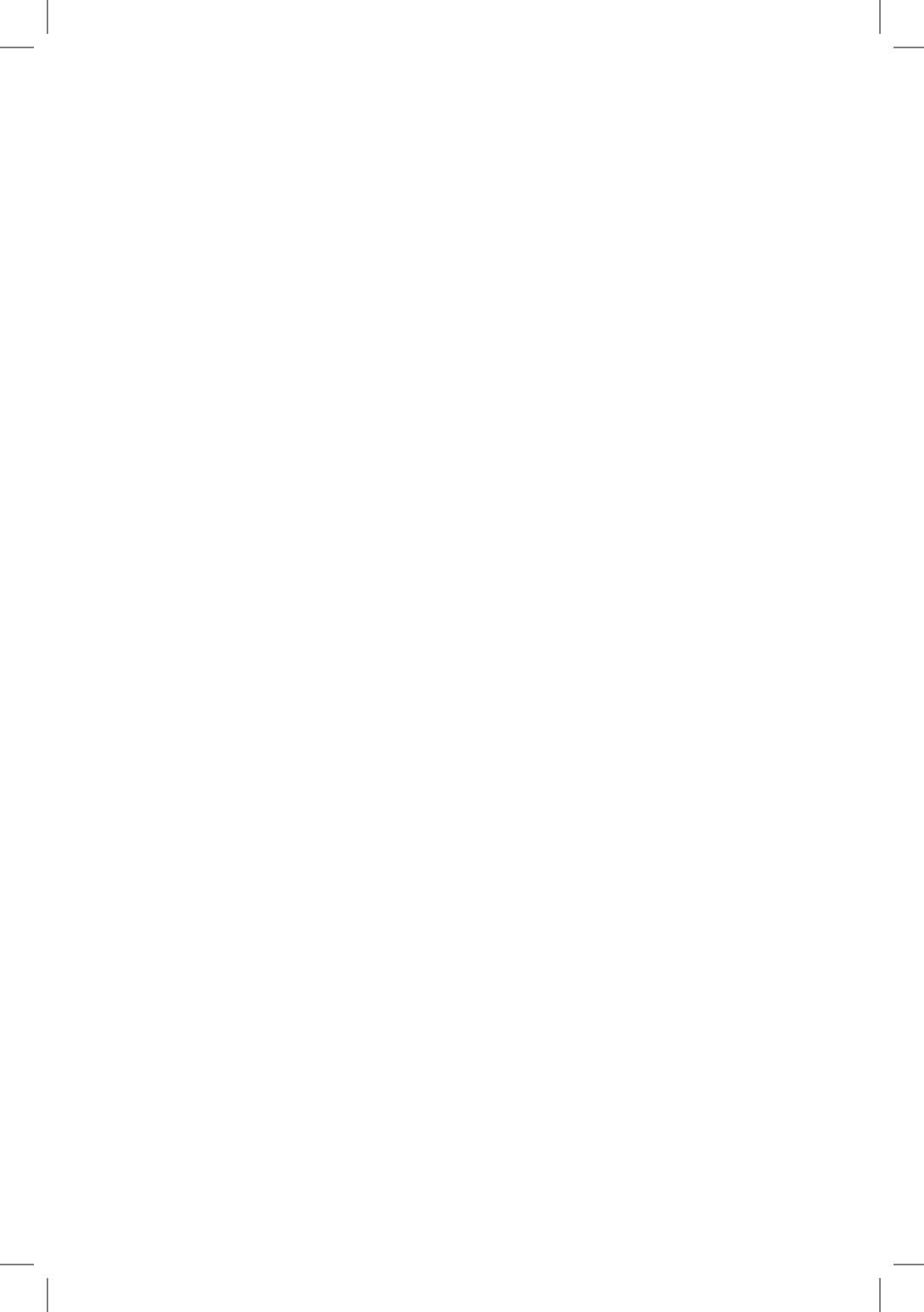
(en *El último azul de la noche*, El ombú bonsai,
Rosario, 2013)

Marcelo Britos

17



Nació en la ciudad de Rosario, el 1º de mayo de 1970. Publicó los libros de cuentos *Los Dogos* (2004); *Alexandria* (2007); *Como alguien que está perdido* (2011) y *El último azul de la noche* (2013). Con su trabajo *Empalme* (EMR, 2010), obtuvo el 1º premio municipal de novela. En el año 2014 obtuvo el prestigioso premio “Sor Juana Inés de la Cruz”, que otorga el Gobierno del Estado de México, con su novela *A dónde van los caballos cuando mueren*, traducida y editada en varios idiomas. En 2016 publicó *Al oeste de Jericó* (novela).



Fue en la navidad del 77; yo tenía seis años cuando mi tío me contó de la Rote Kapelle. Estábamos sentados en el living de la casa de calle Córdoba, donde pasábamos las fiestas hasta que nos mudamos al oeste. Su hija Victoria, mi prima, también escuchaba mientras jugaba con una cocina de plástico, con sus sartenes y ollas, las tazas de té y las conservas de sopa Campbell. El tío hablaba suave y sonriente, nos acariciaba con la voz; marcaba con las manos y con los ojos las tensiones del relato. Nada de lo que decía parecía ser innegable, como todo lo que venía de los adultos. Él nos permitía dudar, agregarle ramas a lo que decía, aunque todo terminara siendo un bosque. También ese clima tenía que ver con sus historias: eran extrañas, prohibidas. Las contaba en murmullos, lejos de los demás que en ese momento rompían las nueces con una pinza y destapaban las sidras, apretando el corcho con el marco de una puerta.

Yo había recibido uno de los dos mejores regalos de mi vida, y cuando el tío nos vio en el patio jugando se arrodilló a conversar con nosotros. De alguna manera, aquél juguete le había hecho recordar la historia de la Rote Kapelle. Siempre andaba por la casa, caminando entre los muebles en silencio, o sentado entre la conversación de mis abuelos y mis viejos, y como si le hubiese llegado un mensaje a la mente desde algún otro lugar, corría a buscarnos a los dos para contarnos algo. Nos escapábamos despacio hasta algún rincón de la casa, y lo escuchábamos.

Esa nochebuena, como todas, nos hicieron subir a la terraza a seguir la estrella en la que viajaba el Niño de Dios, y que podía ser cualquier astro o satélite que brillara en la oscuridad, e incluso esos aviones que nos hacían sentir pena por los que viajaban en ellos y no podían estar en sus casas para pasar las fiestas. Cuando volvimos de la terraza estaban los regalos bajo el árbol, un árbol alto, cargado de adornos y luces. El paquete con mi nombre era demasiado largo. Mientras rompía el papel que lo envolvía, no podía adivinar de qué se trataba. Era rectangular y eso descartaba la pelota. Disfruté esa deducción con algo de culpa. Mi viejo siempre insistía con la pelota y a mí el fútbol jamás me había llamado la atención. Tampoco era un libro, ni remeras, ni un karting. A medida que caían los papeles rasgados podía ver una plancha con juguetes ajustados con bandas elásticas y dos bolsas con juguetes más pequeños. La cartulina estaba adornada por explosiones, banderas y palabras de otro idioma. Era un set de combate de la segunda guerra. Veinte soldaditos: diez alemanes que eran los azules, y los demás verdes, que eran los aliados. Cada bando con un camión, un tanque, y un jeep. Podían verse todos los detalles en las caras de los soldados. La boca con una mueca de angustia o bravura, los ojos entrecerrados para apuntar mejor, cada botón del uniforme, los cordones de los borceguíes e incluso, en la mano de un soldado aliado, había un anillo, y aunque todos a los que les

mostraba sorprendido el hallazgo me dijeron que no, yo estaba convencido de que era un anillo.

Cuando hablo de navidades recuerdo muchas, pero sobre todo recuerdo dos. Aquella de la Rote Kapelle –en alemán quiere decir orquesta roja– y la última, cuando en la casa del oeste recibí el segundo mejor regalo de mi vida.

Las fiestas en calle Córdoba son las de mi niñez. Las fotografías, las de papel y las que se van desvaneciendo en mi memoria, muestran la ansiedad por las doce de la noche, el tío con los cuetes y las bromas, el abuelo disparando tiros al aire con un revólver viejo al que el tío le tenía terror. Cuando el abuelo hacía eso él abrazaba a Victoria y se la llevaba a un rincón del patio, detrás de una columna; era la única vez que se lo podía ver molesto.

La música era distinta según el lugar. En la casa del oeste la elegíamos nosotros, mi hermana mayor ya era adolescente y de fondo y muy despacio nos hacía escuchar alguna balada, algo un poco más agitado a medida que nos acercábamos a la medianoche. En cambio en calle Córdoba escuchábamos la misa criolla, de Ariel Ramírez, y todos cantábamos varias veces la canción de los reyes magos: *changos y cholitas duérmanse, que ya Melchor, Gaspar y Baltasar, todos los regalos dejarán, para jugar mañana al despertar*. Después mi viejo nos hacía escuchar el disco de plástico. Había venido de regalo en una edición de las Selecciones del Reader's Digest¹. Era negro, con el sello de la editorial de color

rojo en el centro; ya estaba arrugado en los bordes y aún podía escucharse. Tenía grabados los ladridos de la perra Laica². Lo escuchábamos todos los años, hasta que el plástico no resistió y por suerte para todos ya no se pudo utilizar. Mi viejo decía que había sido una crueldad dejar en el espacio a una perra indefensa, que terminó muriendo sola, a miles de kilómetros de la tierra, ahogándose por la falta de oxígeno. Recordaba las cadenas de oraciones que habían hecho en Estados Unidos para pedir por su vida, los programas periodísticos que pasaban imágenes de la perra y se compadecían por el destino que le esperaba; también criticaban a los rusos por insensibles y asesinos. El tío, por el contrario, decía que era un orgullo para el hombre haber puesto en el espacio a un ser vivo; que había sido en nombre del progreso de la humanidad; que el animal había muerto heroicamente y que había sido mucho más valiente que muchos hipócritas que se lamentaban, pero que no dudarían en matar por cualquier cosa. Lo decía con bronca pero con dulzura, como decía todo.

La casa de calle Córdoba quedaba a la vuelta de la estación Terminal, por eso siempre recuerdo o sueño con gente cargando valijas y colectivos cruzando las aceras. Tenía un garaje donde guardábamos las revistas y los libros; no teníamos auto. Cuando me escapaba de la siesta me encerraba allí para leer los Dartagnan o los fascículos de Mafalda. A la izquierda estaban las habitaciones. Prime-

ro la de mis viejos, que daba a la calle; en el medio la nuestra, donde dormíamos mi hermana mayor y yo, y en el fondo la de mis abuelos. Después del zaguán³ un living, pasando al medio de la casa un patio en donde estaba la escalera de la terraza y en el fondo la cocina. Desde allí –desde la cocina– hasta la pieza de mis viejos, había unos cincuenta metros, muchos más para un niño de siete años que veía todo gigante y las distancias interminables. Las noches de invierno, cuando nos reuníamos a comer en la cocina, mi viejo me ordenaba ir a buscar los cigarrillos que se había olvidado en su pieza. Estaba oscuro. Cuando mi hermana y él se aseguraban de que yo estuviera lejos, llegando a la habitación, me hacían voces de fantasmas o de monstruos. No puedo olvidar esa sensación de pánico, de creer que desde cualquier rincón de la oscuridad podía saltar cualquier cosa sobre mí. Volvía corriendo a la cocina, riéndome para disimular el terror. Creo que ellos lo sabían y aún así lo seguían haciendo.

Junto a la casa de calle Córdoba, en un departamento de pasillo, vivían unos estudiantes. Eran dos chicos y una chica. Alberto, Jorge y Mariana. No recuerdo qué estudiaban. Los solía espiar desde la terraza. Siempre había alguno de ellos sentado en una mesita, en cueros en el verano y en el invierno en pijamas, tomando mates y estudiando. Nos hicimos amigos el día en que nos trajeron a Popi, nuestro perro. Creíamos que se había escapado y ese era un barrio de mucho tráfico. Habíamos

pensado lo peor. Pero se había caído desde la terraza al pasillo y se había quebrado una pata. Ellos lo llevaron al veterinario y nos lo devolvieron entabillado. Mariana lo traía en brazos. Era increíblemente rubia, con el pelo fino y largo que le llegaba hasta la cintura. Era blanca y de ojos bien azules, creo que era descendiente de alemanes judíos. Es un lugar común decir que era un ángel, pero la imagen no podía compararse con otra cosa: la luz aurea de la puerta de calle rodeándole la cabeza y azogándole el pelo, y el perro con una mirada compungida, acurrucado en sus brazos. Me enamoré de Mariana, por supuesto. Me sentaba en el umbral de casa hasta que salía para irse a la facultad y le regalaba cuanta estupidez encontrara: flores, caramelos media hora⁴ –que nos traía mi viejo con alegría, como si fueran deliciosos– recortes de revistas que yo consideraba increíbles, como la foto de un delfín saltando sobre el océano, o la de un futbolista en el aire, impactando una pelota. Ella recibía todo con una sonrisa, y algunas veces, solo algunas veces porque era muy tímida, me daba un beso en la frente.

Cuando Hitler y Stalin se declararon la guerra, la mayoría de los diplomáticos rusos residentes en Alemania, que además estaban en el servicio secreto, tuvieron que volver a Moscú. Estaban identificados por la GESTAPO⁵ y corrían peligro de que los mataran o los detuvieran. Los soviéticos se queda-

ban sin una red de espionaje en el país enemigo, y por entonces era muy difícil enviar agentes a que cruzaran la frontera. Un grupo de militantes comunistas organizaron su propia red para enviar informaciones a Moscú. La Rote Kapelle. Eran jóvenes o personas sin ningún tipo de experiencia militar. No habían sido entrenados, ni recibían pagos por la información que obtenían, como solían recibir los espías profesionales. Eran corazón y entusiasmo. Lo hacían porque en su más íntimo pensamiento, aunque corrieran un peligro real de muerte, estaban movilizados por la ilusión de ser fundamentales en esa historia; como si ellos, en medio de ese país que hervía de odio, fueran los elegidos para preservar la libertad del mundo. Llegaron a infiltrarse en las esferas más importantes del poder alemán, hasta tuvieron agentes en el Ministerio de Propaganda de Goebbels⁶. Había entre ellos un dramaturgo, un almacenero, varios estudiantes. Había también una pitonisa, se llamaba Anna Krausse. Les adivinaba la suerte a hombres de negocios emparentados con el Tercer Reich⁷ y a oficiales del ejército alemán. Allí todos hablaban. Le preguntaban sobre la fortuna, sobre el amor, y por supuesto querían saber también sobre los planes de la guerra. Los revelaban con lujo de detalles, con absoluta confianza, esperando saber si iban a tener éxito, cuando en realidad, de alguna manera, estaban contribuyendo a su propio fracaso. Filtraron información durante años y realmente nadie

en Moscú entendía cómo habían logrado durar tanto sin que los descubrieran. La ubicación de las bases del Luftwaffe⁸, los planes de invadir Rusia, códigos de comunicación, todo llegó a manos del Ejército Rojo gracias a ellos. La policía alemana los llamaba “La orquesta roja”, porque gran parte de sus mensajes, que ya habían podido interceptar, los enviaban por radio; en ese entonces, supongo, se escuchaban los conciertos por radio. Cuando el tío me contaba esto, los imaginaba trabajando en sus distintos lugares, a la pitonisa en su casa llena de cortinas y bolas de cristal, a uno de ellos en un almacén de curtidos, todos con aparatos improvisados, escondidos bajo la mesa y los mostradores, todas las cuerdas vocales coordinadas para el gran concierto. Cuando le pregunté al tío qué les había pasado después de ser descubiertos, me dijo que eso no importaba, que si a ellos no les había importado, a nosotros tampoco.

Fue una noche de verano cuando no me dejaron ver más a Mariana ni a los chicos. Lo sé porque mi viejo estaba durmiendo en la terraza. A veces no soportaba el calor, y no le alcanzaba con un ventilador desvencijado que apenas escupía una brisa y un crujido oxidado; daba la impresión de que en cualquier momento iban a volar las aspas para cualquier lado. Entonces subía el colchón y una sábana, y dormía mirando el cielo, las pocas estrellas que podían verse entre la luces de la ciudad. A veces yo

lo acompañaba, pero al rato bajaba porque no soportaba los mosquitos, ni los ruidos de la estación.

Esa noche sentimos corridas y gritos en la terraza. Mamá corrió por la escalera, creyendo que le había pasado algo al viejo. Cuando subimos la escena era imposible. A él no le había pasado nada, estaba en calzoncillos, hablando con unos policías. La terraza estaba atestada de ellos. Había una fila saltando el tapial que nos separaba del pasillo de los chicos, y otros estaban asomados a la calle, haciendo señas y gritando. Llegaban autos con más policías, más hombres, todos armados con ametralladoras o fusiles. Mi viejo les abrió la puerta de calle; uno de los tipos, de bigotes anchos y ojos claros, se lo había ordenado. Entraban y cruzaban toda la casa, pasaban por el living y después al patio; lo hacían entre nosotros, que estábamos en ropa interior, anonadados y temerosos. Cuando pasaban a mi lado me acariciaban la cabeza y me decían que no tuviera miedo, que no nos iba a pasar nada. Mamá me llevó de un brazo a la cama y me dijo que estaba prohibido, desde ese preciso instante, asomarme al pasillo o hablar con cualquiera de los chicos de al lado. De todas formas, jamás volví a ver a Mariana ni a ninguno de ellos, y como si hubiera sido una casualidad amarga, a los pocos días murió Popi, atropellado por un colectivo. Estuvimos días buscándolo, hasta que lo encontramos en el cordón de la vereda, algunas cuadras más allá de Córdoba. En los días de la búsqueda no me animaba a mirar al

lado, pensando que podría haberse caído de nuevo allí, sin nadie esta vez que lo pudiera ayudar, que estaría agonizando solo, como la perra Laica.

Una tarde de domingo subimos con el tío a la terraza. Él se asomó al pasillo y yo le grité que no lo hiciera. Lo abracé y lo llevé hasta el frente de la casa. Recuerdo que cuando nos asomamos a la calle, vimos a tres camiones del ejército de los que bajaban unos soldados con baldes y pinceles. Comenzaron a tapar con brea unas pintadas que había en las paredes de enfrente. Entonces el tío me preguntó por qué me había asustado y yo le conté todo lo ocurrido esa noche. Le pregunté por qué me habían prohibido volver a ver a Mariana y sin contestarme, ceñudo y silencioso, me acarició la cabeza; igual que los policías, pero distinto.

El tío era el hermano de mamá. Era el hijo menor de tres hermanos, el único varón. Pero no era por eso que todo el mundo lo quería o lo protegía. El tío tenía una bondad infinita. Mamá siempre lo decía, era capaz de sacarse la comida de la boca para dársela a otro. Mi viejo, como siempre cuando mamá hacía ese comentario, decía que era un boludo, pero en esas cosas a nadie le importaba lo que decía mi viejo.

Los cumpleaños del tío eran famosos. Ese día desfilaba gente desde la mañana hasta la noche. Todos pasaban a saludar, pero en realidad se quedaban horas en la casa de la abuela riéndose y to-

mando cerveza con el tío. Tenían que preparar comida y bebida para un batallón, y los años en los que él había ingresado en la universidad, cuando venía más gente todavía, se convencieron de alquilar barriles de chopp.

Acaso porque era el más querido, siempre era el más cuestionado. Había tenido a Victoria muy joven, con su novia de la adolescencia, pero después se había separado y la veía sólo los fines de semana. Ella había nacido un mes después que yo, y eso, sumado a que de alguna manera su padre tenía un cariño especial para conmigo, nos había hecho muy unidos. A veces jugábamos a que éramos hermanos y el tío nuestro padre.

Una vez fuimos con Victoria a su departamento. Tocamos la guitarra, jugamos a la básica⁹. A la noche nos quedamos a dormir. Nos hizo tortilla de papas, como nos hacía la abuela, y nos acostó a los dos en su cama. Nos dejó dormir con la puerta abierta y una luz encendida, algo que para mí era una novedad. Yo tenía terror a la oscuridad y en casa nos obligaban a dormir con la luz apagada. Cuando la pieza quedaba a oscuras yo me escondía debajo de las sábanas hasta dormirme. Pero él nos dejó encender la luz del baño. Cuando levanté la vista hacia el respaldo de la cama, vi un dibujo pegado en la pared. Era un hombre de patillas, ojos transparentes, vestido con un uniforme militar y un poncho cayendo en su hombro izquierdo. El dibujo estaba hecho con mina de lápiz sobre un afiche

blanco, negro y grises, salvo unas siglas en rojo que cruzaban el afiche y el nombre de ese hombre, también rojo. Manuel Rodríguez. Al otro día le pedí que me contara la historia de Manuel –para él todo era una historia–, y me la contó. Victoria se fue enojada a ver televisión, diciendo que ya se la había contado un millón de veces. Después de escucharlo me llevó hasta el tocadiscos y escuchamos una canción, una canción triste que decía cómo lo llevaban preso a Manuel. Lo imaginaba esbelto, con los ojos verdes; lo imaginaba valiente, orgulloso y testarudo, yendo en su caballo con la frente en alto, mirando con desprecio a quienes lo escoltaban. Nunca hablé con mis viejos de eso. Estaba prohibido hablar de Manuel Rodríguez en mi casa –aunque no tuvieran ni la menor idea de quién era–, o de cualquiera de las cosas de las que hablaba el tío. No volví a oír jamás ese nombre hasta hace unos meses, cuando en la casa de un amigo, su madre escuchaba aquella canción. Me dijo que se llamaba “El cautivo de Til Til”, y que había estado prohibida durante mucho tiempo. Cuando me hablaba se le llenaban los ojos de lágrimas, como al tío.

En el 78 nos mudamos al oeste. Mis abuelos le habían regalado el dinero a mamá para que pudiera comprarse una casa. Nos fuimos fuera de los bulevares, donde las calles eran de tierra y había zanjas en lugar de cordones; el bautismo para los recién llegados era caer a la zanja y yo me bauticé a los dos o tres días, y de cuerpo entero. La casa era pe-

queña. Apenas un living angosto, dos habitaciones, un patio que estaba cubierto por un toldo de lona agujereado y perjudicado, y una terraza con lavadero. Ese lavadero fue nuestro refugio, y digo nuestro porque Victoria vivió con nosotros todo ese año. íbamos a la escuela de mañana y a la tarde, después de almorzar, subíamos y nos encerrábamos en el lavadero hasta que nos llamaban. Con los pedazos de carbón que quedaban en la parrilla hacíamos dibujos en las paredes del tapial. El lavadero fue una nave espacial que viajó a Marte, que volvió en el tiempo para cazar un Tiranosaurio, y fue al futuro para pelear una guerra contra mutantes. Éramos Gilgamesh¹⁰, Nippur¹¹, Dago¹². En ese lugar, por primera vez, Victoria apoyó sus labios en los míos y me enojé porque sentí el pudor y la vergüenza de que alguien fuera más audaz que yo. Salí corriendo y me escabullí bajo las sábanas, como cuando me escondía de la oscuridad. También allí lloramos juntos por su papá; ella lloraba porque no podía verlo, y yo por eso y por verla triste.

Se mezclan en tan solo un año el frío y el verano, los frutos de los paraísos que fueron cubriendo la calle, el otoño que se talaron los árboles e hicimos carpas con las ramas, todas las cosas que fueron sucediendo en ese nuevo lugar y que no me permiten saber exactamente cuándo se fue Victoria –la llevó su madre a Europa–, cuándo fue la última vez que nos vimos y cuándo fue la última vez que estuve con el tío. Nadie me había prohibido hablar de él, pero

había una niebla invisible y densa en el ánimo de la familia, y algo me decía que tenía que ver con su ausencia, con alguna cosa que había hecho y que era, a los ojos de todos, dolorosa y reprochable. Solo una vez sorprendí a mis padres hablando, oí el nombre de mi tío, a mi viejo ladrando con que estaba metido, metido en algo o con alguien, y mamá llorando, cubriendose la cara y ahogando el llanto para que no los pudiéramos escuchar. Después mi prima se fue y pasó mucha agua por debajo del puente, pero yo seguí, acaso hasta hoy, recordándolo en muchas cosas, cosas que tienen que ver con esa extraña manera que él tenía de hacernos ver todo.

Llegó el mundial. Hacía frío. No me contagié de entusiasmo hasta después de Perú. Los primeros partidos para mí eran como cualquier otro partido de fútbol: aburridos, inentendibles. No era el único. Mamá contaba también los goles de las repeticiones y para ella los marcadores eran abultados. También creía que “replay” era un goleador, y preguntaba por qué estaba en todos los partidos. Pero ella no tenía la opción de escapar, de irse a su pieza a leer o de visitar una amiga; si lo hubiera hecho todos se hubieran fastidiado. Era como una ceremonia sagrada sentarse todos frente al televisor que había traído el viejo de Uruguayana, con las banderas en los hombros y un cuadrito de la selección con la Virgen de Luján. Victoria y yo estábamos eximidos. Cuando jugaba Argentina nos

íbamos a jugar a la vereda. No podíamos movernos de allí, pero cuando todos estaban hipnotizados con el fútbol, nos escapábamos, dábamos la vuelta manzana hasta la calle trasera y nos saltábamos al depósito de fierros de la vuelta de casa, a jugar a las escondidas. La calle estaba desierta. Solo se oía un estruendo de voces en cada gol de Argentina, un estampido que retumbaba en todo el barrio, como si el grito hubiera venido de la misma tierra. Pero solo por un segundo, después era todo silencio. No había nadie ni nada, la tarde fría y gris, nosotros dos rompiendo esa quietud, en murmullos y en puntas de pies, como si fuera sacrilegio¹³. Todos habían desaparecido, como en las películas en las que comienza la gente a desaparecer de a una, hasta que un día el protagonista se despierta, sale a la calle y ya no hay nadie, solo él y el mundo abandonado. Cuando la selección fue avanzando en el torneo, al término de los partidos el barrio era un hormiguero. Comenzaban a salir los autos y los camiones repletos de personas con sombreros y banderas, gritando y cantando. Victoria y yo volvíamos a casa y nos íbamos todos a calle Mendoza a ver pasar los autos y a gritar. El viejo me llevaba en sus hombros y a Victoria la llevaba el abuelo, que iba a ver los partidos con nosotros. Era un mar de banderas que flameaban, no se podía ver las caras de las personas. Todo era celeste y blanco. La tarde de la final, cuando más gente hubo, pude ver entre ese mar humano a un hombre caminando, serio y

adusto. No iba al ritmo de los demás, sencillamente caminaba abstraído del movimiento y del entusiasmo de su alrededor. Sin hablar, sin hacer ningún gesto, parecía decírnos con ese andar que había algo escondido de nosotros, algo más urgente y poderoso que estábamos olvidando o ignorando. Papá también lo vio, y levantando los ojos hacia mí me dijo: seguro que es holandés.

Fue una tarde de ese invierno, ya había terminado el mundial pero las calles seguían desiertas por el frío. El barrio se plagó de policías y de periodistas. Fue quizás como la noche en la terraza de la casa de calle Córdoba, con la diferencia que no habían venido a llevarse a nadie. Una cuerda rodeaba la fábrica en la que jugábamos con Victoria. El dueño se había suicidado. Se había colgado de una de las vigas exteriores del galpón. El tapial no permitía ver nada, los vecinos se habían agolpado para poder ver algo a través de las rendijas que dejaban el portón y la pared, pero la policía los empujaba hacia la calle. Con mi hermana mayor nos subimos a un paraíso de la vereda y lo vimos. A primera vista nos sorprendió su posición: no vertical, flácido, con los pies pendiendo hacia el suelo como en las películas. Estaba con una pierna hacia fuera y un brazo extendido hacia la viga, como tratando de alcanzar el nudo que lo sostenía. No dijimos nada, bajamos y nos fuimos a casa. A la noche no pude dormir, no podía quitarme de la ca-

beza esa imagen, el azulado de la cara, los ojos casi saltando de las cuencas. Al otro día papá estaba mirando fútbol, sentado en una reposera que abría al costado de la mesa de la cocina. Me senté a su lado y le pregunté por qué el cuerpo del ahorcado había estado así. Sin quitar la vista del televisor, me dijo que era porque se había arrepentido.

Por esos años tuve otro roce con la muerte. El viejo trabajaba en una empresa de colectivos de larga distancia. Era jefe de personal. Un sábado nos llevó a mí y a un amigo del barrio a su trabajo, para enviar unos telegramas de despido a unos conductores huelguistas. Me acuerdo que tenía sobre el escritorio un paquete con los clavos “miguelito” que les tiraban a los colectivos que rompián la huelga. Debajo de su oficina, un primer piso, estaban los talleres de la empresa y todas las unidades en desuso o en reparación. Un excelente terreno de juegos. Éramos capitanes de submarinos, astronautas a Marte. Papá nos dijo que el último colectivo del galpón había tenido un accidente en el que habían muerto cinco personas. Nos dijo riéndose que fuéramos y buscáramos la cabeza de uno de los accidentados que nadie había podido encontrar. Acaso nos llevó hasta allí la misma curiosidad morbosa y caníbal de los vecinos de mi barrio que querían ver al ahorcado. Subimos al coche destrozado en su parte delantera y recorrimos el pasillo con temor. En uno de los asientos, en la cuerina de la cabecera, había sangre. Allí probablemente había muerto

alguien, había sufrido y había visto por última vez una luz, encerrado entre hierros, quizá solo, sin nadie a quien hablar o rozar con el último suspiro.

Una de las cosas que me hacen recordar al tío son los pies de las personas. Una vez, cuando era más chico y él todavía iba a las fiestas familiares o a visitarnos a casa, me convenció de usar sandalias. Yo las odiaba. Tenía el cumpleaños de un primo y me habían vestido con una bermuda y sandalias. No paraba de llorar. Mamá, para convencerme, recurrió a artificios sin efecto, incluso que me enojaban aún más de lo que estaba: “son frescas”, “papá las usa”. Recuerdo mirándola sin consuelo, sin entender esas razones que para mí eran inaceptables. ¿Qué culpa tenía yo de que papá fuera un ridículo, que le gustara mostrar esos dedos pálidos, de uñas desparejas y roídas? El tío se arrodilló a mi lado y me dijo que siempre que conocía a alguien le miraba los pies. Los pies decían mucho de las personas. No si eran buenos o malos, si eran de confiar o de evitar, sino de todas las cosas buenas que podían tener. Los que usaban mucho tiempo botas o borceguíes y no mostraban los pies, no tenían nada bueno que mostrar. Capítulo aparte eran los pies de las mujeres. Uno se podía enamorar de ellas con tan sólo mirárselos. Los dedos que llegaban justo al borde de las sandalias, las uñas redonditas en la punta, sin pasar tampoco el filo del dedo, y pegadas a la cutícula, como si fueran calcomanías. Y si eran

pintadas, de morado o de rojo, eran mujeres perfectas. Cuando estoy en el bar con los muchachos, cuando vamos a bailar en el verano, o sencillamente cuando camino por la calle, mis ojos están fijos en la acera, buscándolos; los busco perfectos y es increíble que los haya, que encuentre siempre dos o tres mujeres de las que me enamoraría, aún sin mirarles los ojos, aun sin cruzar una palabra.

Comencé el secundario en el año 82. Decidieron enviarme a un colegio religioso que quedaba a tres cuadras de casa. No fue el hecho de que fuera confesional lo que convenció a mis padres de anotarme allí, sino que la admisión no dependiera de un examen de ingreso, como era en la mayoría de los colegios. La verdad es que no tenían demasiada confianza en que yo pudiera pasar ningún examen. El sueño de mi viejo era el Liceo Militar de Funes. Creía que yo podía tener la suerte de salvarme de la conscripción y que necesitaba una formación militar para forjar mi carácter. Así lo decía, literalmente, “forjar mi carácter”. Pero cuando pensaba en la posibilidad de pagar el derecho a rendir, me miraba de reojo y arrugaba la cara, pensando seguramente en que no existía milagro que lograra hacerme aprobar los dichosos exámenes.

Los primeros días, como todo lo que comienza con timidez y duda, eran sólo los detalles odiosos los que sobresalían de ese nuevo lugar: la disciplina, las misas, el uniforme. Siempre había usado guar-

dapolvos y detestaba el uniforme gris con saco azul, aunque a mamá le pareciera que me veía hecho un hombre. Lo detestaba de la misma forma que a los guardapolvos antes de acostumbrarme. Cuando era más chico, el tío solía ir a buscarme a la escuela con Victoria. Cuando caminábamos de regreso yo le pedía quitarme el guardapolvo y él nos contaba que habían dispuesto que todos lo usáramos para ser iguales, pero que no era solo por eso. Nos decía que nos vestían a todos de blanco porque como en Rosario nunca nevaba, a la gente le gustaba ver por la calle una mancha larga de nieve. Y que los colegios técnicos tenían el guardapolvo azul porque en la ciudad tampoco había mar. Si alguna vez veíamos a personas en traje de baño esperando a la salida de algún colegio técnico, no debíamos gritarles que estaban locos ni avisar a la policía.

Lo cierto es que en ese colegio conocí a los mejores amigos que he tenido. Con algunos de ellos terminé el año pasado el secundario y otros quedaron atrás. Casi todos nos reunimos cada fin de semana para salir, aunque la vida nos fue llevando por caminos diferentes. Uno de los repetidores que siguió juntándose con nosotros, aún cuando ya no iba al colegio, era Huevo. Se quedó en primer año y lo obligaron a cambiarse. Lo esperábamos a la salida del suyo, que era vespertino, para ir a perder el tiempo al centro o tan sólo para quedarnos en la sala de juegos electrónicos, esperando a los demás muchachos. Horas y horas juntos, sin hacer nada.

Sentados en una plaza en el invierno, caminando por calle Mendoza, haciendo dedo hasta la Florida en el verano. Con él salí por primera vez a bailar, con él tuve que soportar mi primer dolor de testículos a la salida de un baile, y con él caí en la primera razia¹⁴. Lo primero y lo segundo sucedió en la misma noche de agosto. Fuimos a Sportivo América. Había estado toda la noche bailando con una misma chica y en la hora de la música lenta todo se volvió muy intenso. Por supuesto que en aquellos años, los míos y los de ella, esas cosas no pasaban a mayores, y había que soportar las consecuencias. No podía caminar. Hicimos señas al cincuenta y nueve y yo subí reptando hasta el primer asiento. El chofer le preguntó a Huevo si me sentía bien y él le dijo que yo siempre me subía así a los colectivos. Lo tercero fue en verano, nuestro primer verano de secundaria. Íbamos a una fiesta en un club del Parque Independencia. Cuando llegamos estaban todos apoyados contra el alambrado, casi dos cuadras de pibes con las piernas abiertas y los brazos estirados. Quisimos salir corriendo por entre los árboles, pero nos vieron desde un comando que estaba entre las sombras. Fuimos a parar con los demás, y después en fila nos hicieron subir a unos colectivos de línea que estaban fuera de servicio. Recuerdo que el nuestro era celeste y blanco y en el frente decía 9 de julio. Un rubio que iba delante de nosotros, antes de subir, le dijo al policía que estaba junto a la puerta que ese colectivo no lo de-

jaba bien; lo dijo como una gracia. El policía le dio un cabezazo en la cara y le abrió un tajo encima de la nariz. Mi viejo nos fue a buscar a la seccional, junto con los padres de Huevo. Ese día creí que me iba a matar, pero no me dijo nada. Me abrazó en la puerta de la comisaría, como casi nunca lo hacía, y me llevó a desayunar. Desde ese día teníamos terror a la policía, y no iba a ser la última vez que Huevo y yo nos la cruzáramos. Él solía ser audaz en un sentido casi irresponsable. No tenía control sobre lo que no podía hacer, para Huevo era todo posible, siempre y cuando pudiera causarnos impresión. Fuimos al cumpleaños de una amiga, era una chica del barrio de uno de nuestros compañeros. Lo festejaba en su casa. Un caserón bellísimo sobre Avenida del Rosario, un parque que la anunciaba y otro parque de fondo, en donde se levantaba un quincho gigante que casi tenía la misma superficie que mi casa; allí hicieron la fiesta. Algunos habían llevado bebidas alcohólicas. Tres plumas y caña¹⁵. Lo mezclábamos con la gaseosa. Lo hacíamos a hurtadillas. Fue cerca del mes de mayo, hacía mucho frío, el hálito¹⁶ rodeaba las palabras; fue un otoño en el que el invierno se había puesto impaciente. Huevo se emborrachó. Era una borrachera más fingida que sufrida, pero era ideal para sus payasadas, para cruzar otro límite. Cuando volvíamos, llevándolo entre dos para que no se cayera, nos detuvo un comando. Era una camioneta con policías y tipos de civil armados. Nos tiraron al piso, boca

abajo. Nos revisaron y nos insultaban mientras lo hacían. A Huevo lo hicieron sentar en el cordón. Le hablaban y él no les contestaba. Me levantaron a mí también y me preguntaron qué le pasaba. Yo les dije que estaba descompuesto, no me animé a decirles lo del alcohol. Uno de ellos le dijo:

-Pendejo de mierda ¿estás borracho?

Huevo no contestaba, miraba para abajo sin soltar siquiera un balbuceo.

El policía insistió:

-¿A ver? Dame aliento.

Entonces a Huevo se le iluminaron los ojos. Nos miró con ese gesto burlón, la boca comenzando a ensancharse por las comisuras.

-Te dije que me dieras aliento.

Levantó los brazos, los empezó a agitar en el aire frío, y comenzó a darle aliento al policía:

-Vamos vamos policía, vamos vamos a ganar...

Se hizo un silencio profundo, un silencio que delataba las risas ahogadas de los que estábamos boca abajo, reprimiendo la carcajada entre las manos, contra la vereda. Algunos de ellos también ahogaban las risas, hasta que no pudieron más y estallaron. Estallaron las de ellos y las nuestras. Después de reír juntos un rato nos dejaron ir. A Huevo se lo llevaron. Lo subieron a la camioneta y nos dijeron que ellos les iban a avisar a los padres. Al lunes siguiente, cuando lo encontramos en la escuela, nos reímos de la ocurrencia, pero él no. No se ufanaba¹⁷ como otras veces, sólo se ponía serio y

nos decía que paráramos, que nada de lo que había hecho esa noche había estado bien.

Una de esas mañanas de colegio empezó la guerra. Siempre había imaginado otro comienzo: una invasión a un país más pequeño e indefenso, el asesinato de un archiduque, el ataque a un fuerte. Algo abrupto y definitivo que se formalizaba en un papel de ambos contendientes, sellos reales, escudos, la tan mentada declaración. Pero aquí la guerra parecía al principio haber empezado en esa misma mañana y terminado al mediodía, con un final feliz, como debía terminar toda guerra. Cuando llegué al colegio las banderas adornaban las puertas de todas las aulas. Formamos en el patio, antes de entrar a clase, y la marcha de las Malvinas sonó en los bafles carrasposos¹⁸. Nunca la habíamos escuchado hasta ese día. Ya no volvimos a cantar Aurora. Ese mediodía, en casa y en todas las casas de la cuadra, también había banderas. En las puertas, en las terrazas, en los balcones. Era otro mundial. Desde ese día íbamos a seguir las noticias –los comunicados del Estado mayor conjunto– como seguíamos los partidos de la selección. Los goles iban a ser los Sea Harrier¹⁹ que bajáramos.

Al otro día de ese día de abril en el que habíamos desembarcado en las islas –todos hablábamos en plural, también como en el mundial–, en la clase de música la profesora nos enseñó la letra de la famosa marcha. El manto de neblina y el sol como

ideal. También nos dijo que aquello de invadir las islas era una locura, un suicidio. Que se estaban matando y que no había ningún motivo para festejar o estar exaltados. Supongo, y lo supongo aquí y ahora y no en aquél momento, que todos llegaron a sus casas como yo y lo primero que hicieron fue contarles a sus padres lo que había dicho esa profesora de música cuyo nombre no puedo recordar. También supongo que, como lo hizo mi madre, los padres de todos llamaron a la escuela para quejarse ante las autoridades por las barbaridades que habían escuchado sus hijos, barbaridades que no podían tolerarse justo cuando la patria estaba en guerra. El resto de las clases de música las dio el rector, el padre Waner, porque no volvimos a ver a la profesora.

43

Ganar o perder. Todo era eso. Ganar porque teníamos la razón, porque estábamos en el lado correcto. Ganar porque en las guerras que veíamos por televisión prevalecían los justos, y nosotros lo éramos. Y todo era ese camino, sin el frío ni los muertos que pudimos ver después de la rendición, la imagen del soldado temblando, con el mentón vendado.

Yo había hecho lo que me correspondía; todos en casa lo habíamos hecho. Juntamos alimentos y los llevamos al edificio que estaba frente al monumento, el Palacio Vasallo. En el hall había miles de cajas de alimentos y abrigos. Cadenas de personas pasando las donaciones a la pirámide que llegaba

con sus vértices al balcón del primer piso. También había una montaña de cartas sobre una mesa. Cartas que la gente le enviaba a un soldado desconocido, como la llama del monumento. Recuerdo que me molestaba que no supiéramos su nombre, ni el lugar en donde había nacido. Le dije a mi hermana –que también había escrito una carta– que hubiera sido mejor que publicaran una lista con todos los nombres de los soldados que peleaban en las islas, para que pudiéramos elegir uno, poner su nombre en el encabezado de la carta y en el sobre, y que dijieran su nombre con la llegada del correo, como si les escribiera un familiar. Ella me contestó que no lo hacían para evitar que la carta fuera dirigida a un soldado que podría estar muerto. No tenía sentido escribirle a un muerto.

A mi hermana le contestaron la carta. Era un chaqueño que se llamaba Abel. Tenía la letra de un niño. La carta estaba fechada el 1º de mayo, justo el día de un combate feroz sobre el mar, los Mirages²⁰ bombardeando la flota; Abel debía estar mirando a sus aviones agujoneando al enemigo. Eso imaginaba cuando la leíamos juntos, ahora imagino otras cosas. Después ya no tuvimos noticias de él.

Si tengo que terminar de pensar en la guerra, siempre lo hago con la noche del día de la rendición. Lloré junto a mi viejo y él también lloró. Nos quedamos un rato frente al televisor y mi viejo me dijo que no habíamos tenido los huevos para ganar. Que los pibes que habían ido a pelear no te-

nían experiencia ni fuerza contra los ingleses. En el televisor nombraban a cada rato Puerto Argentino. Puerto Argentino esto, Puerto Argentino aquello. El viejo se levantó tirando la silla para atrás y gritó:

-La mierda Puerto Argentino, ahora se llama Puerto Stanley.

El viejo era así, impiadoso, irreductible. Sus juzgios siempre tenían que ver con la debilidad de los demás. Por eso creo que cuando tuvo que juzgarse a sí mismo, desnudando sus propias debilidades, no pudo soportarlo.

En el barrio le decían “el alemán”, pero no porque tuviera esa descendencia ni mucho menos; era criollo de parte de madre y padre. Sino porque era alto, de tez bien blanca y ojos verdes oscuros. La nariz era tosca y grande, pero era armoniosa con el corte de la cara. Y siempre esbelto, siempre mirando por encima de los demás, como si estuviera marchando. Él sabía que le decían así y por qué. Por eso a veces exageraba esa actitud, porque le gustaba ese mote. Nadie se metía con él. Tenía fama de serio y renegado, pero en realidad jamás les había dado un motivo para que pensaran eso, no más que su gesto adusto y esa marcha rígida por la cortada, cuando volvía del trabajo.

Un sábado fuimos con él y mi hermana menor al videoclub; quedaba a tres cuadras de casa. Elegimos unas películas y cuando estábamos a punto de hacer la cola para pagar, se me acercó al oído y me dijo que estaba descompuesto. Pero había algo más

en el comentario, mucho más que la sencilla información sobre su indisposición: había una desesperación velada y vergonzosa, un ruego. Lo miré y le acerqué aun más el oído, y me dijo, casi balbuceando, que se había hecho encima. Pude sentir una pequeña marea nauseabunda cuando nos movimos a dejar las cajas para salir casi corriendo del local. Estaba realmente avergonzado. íbamos volando por la vereda, pero sin correr; nada podía delatar lo que estaba ocurriendo, eso podía ser su muerte civil, su condena. Llegamos a la esquina más lejana de nuestra casa, en la cortada. Estaban todos los vecinos sentados en las puertas, tomando mates y conversando. Le dije a mi hermanita que fuera corriendo a casa a decirle a mamá que mantuviera desocupado el baño. Cuando en la carrera ya estaba a mitad de cuadra, mi vieja se asomó a la puerta, y mi hermanita empezó a gritar desaforada:

–¡Mamá, no ocupen el baño que papá se cagó encima!

Lo gritó dos o tres veces. Lo hizo justo cuando pasábamos delante de los vecinos que, sonrojados, lo saludaban respetuosamente. Él asentía y murmuraba: la puta que la re parió a tu hermana.

Aun así jamás perdió la compostura, no agachó la cabeza ni dejó de saludar, y mi hermana menor no salió a la calle a jugar por más de dos semanas.

Hace algo más de un año perdió su trabajo, después de veinte años. La empresa de colectivos se

vendió a un conglomerado y prescindieron de él. Estuvimos algunos meses viviendo de la indemnización. Buscó trabajo, pero a su edad se le hacía imposible; nadie contrataba a quien, unos meses atrás, había sido jefe de personal. Comenzó a deprimirse. Mi abuelo materno le dio trabajo en uno de sus almacenes, hasta que pudiera conseguir algo mejor. Le hacía hacer trabajos de fuerza, o cosas que en cualquier empresa hacía un cadete. Le pagaba por día, una miseria. De noche, cuando volvía, se pasaba horas sentado en su reposera, mirando sin mirar el televisor, haciendo girar con los dedos un cenicero. Una de esas noches mi hermana mayor le pidió dinero para el colectivo, pero no tenía un peso para darle. Le pidió disculpas y se echó a llorar como un chico. Mi hermana lo abrazó y lloraba aun peor. Mamá notó después que no había subido a su pieza a dormir. Cuando bajó lo encontró en la silla, pálido y a punto de caerse. Había tomado una tableta entera de ansiolíticos. Llamamos a la ambulancia y se lo llevaron. Al mediodía, cuando lo vi bajarse del taxi que lo traía del hospital, casi arrastrado por mi vieja y mi hermana, sentí mucha lástima, lástima y decepción. El alemán estaba vencido, caído y pisoteado por la vida, lo llevaban para su convalecencia a la casa que había equipado con sus grandes sueldos, antes de quedarse sin nada. El equipo de música, la cocina con chispitas para prender las hornallas, y el televisor, el nuevo televisor que había reemplazado al de Uruguayana,

por donde veía cambiar los canales mientras giraba y giraba el cenicero.

Después las cosas se acomodaron, como siempre parecen acomodarse. Consiguió un trabajo en una empresa de servicios eventuales y yo dejé también de trabajar con mi abuelo para empezar la facultad. Había terminado un periodo extraño, demasiado violento: los saqueos, los levantamientos, la hiperinflación, la Tablada²¹. El tipo que había ganado las elecciones parecía estar mejorando todo; después de aquello, creo que cualquier paso adelante, por más pequeño que fuera, era un respiro. Teníamos la sensación de llegar a un remanso después del tramo turbulento y vertiginoso de un río. Y entonces llegó la última navidad, y cambió todo; al menos para mí. La segunda que más recuerdo, no por ser la reciente, sino porque en ella recibí el segundo mejor regalo de mi vida. Fue en la casa del oeste. Desde que habían pavimentado la cortada -ya no más zanjas ni tierra- las fiestas las pasábamos en la calle, igual que todas las familias de la cuadra. Se cerraba la calle con tablones y con carteles que prohibían el paso; los habían robado de una obra de Agua y Energía. Después de las doce se armaba el baile en toda la cortada, todos con todos. Como en la canción de Serrat, nos olvidábamos de quiénes éramos sólo para festejar. La abuela, en la punta de la mesa y meciendo la silla de ruedas con el ritmo de la música, algo insinuó. Fue antes de empezar a comer. Dijo que había un regalo especial

para mí. Hacía ya muchas navidades que no recibía ninguno. Tan sólo alguna pavada, como a todos los adultos, para que el árbol estuviera lleno. Cuando la abuela dijo eso todos la reprimieron y le dijeron que no revelara la sorpresa. Todo eso fue peor, por supuesto. Fue mucha la ansiedad. Recuerdo la cantidad de estupideces en las que pensé, y hasta me avergüenzo hoy de que todo lo que se cruzó por mi mente fuera material o sencillamente banal. Cuando frenó el taxi en la esquina de casa y la vi bajar, ya nada importó. Ya no podía pensar en otra cosa que no fuera el calor que sentí en el abrazo –vino directo hacia mí–, en la solera floreada que le ajustaba el busto, en su sonrisa y en ese acento español que la hacía sonar tan sensual y tan dulce. Victoria era una mujer. Una mujer de piernas largas, con sus manos cruzadas en las faldas. Los pies no eran ni pequeños ni grandes, eran una armoniosa con el resto de su cuerpo que subía blanco y sinuoso hasta la boca, la boca que no paraba de contarme cosas, de preguntarme y avergonzarme con esta vida ordinaria y predecible que suelo llevar. Pero para ella era todo una gran sorpresa, un descubrimiento, como si estuviera contándole un viaje al Amazonas. En un momento de la conversación me pidió, sonriendo, que no le mirara más los pies, que sabía por qué lo hacía. Nos reímos juntos y un segundo después estábamos llorando, quién sabe por qué, tomados de las manos, abstraídos de lo que pasaba alrededor nuestro: su madre brindando con

la mía -ya eran las doce, el tiempo cuando uno está bien, es fugaz- mis abuelos comiendo los dulces, mi viejo abrazándose con cualquiera.

Muchas veces, cuando éramos chicos, me recordaba a mí mismo un juramento: el de cuidarla siempre, el de impedir que nadie le hiciera daño o la llevara de mi lado. Nunca supe realmente quién podía hacer algo semejante, pero mi juramento era real y decidido. Ahora sé que no hubiera podido. Que era un sueño infantil, como tantos otros. Lo supe mirando alrededor, a todos: mi viejo, mi vieja, mis abuelos, yo, todos tan impotentes y egoístas. Dejamos que se llevaran algo que amábamos sin hacer nada, nada más que encerrarnos en nuestras casas para no perder otras cosas.

Cuando las luces del alba empezaron a rasgueñar el horizonte, solo quedábamos los más jóvenes. Bailamos. Canciones de otros años. Sentí más que nunca esa poesía valiente de la que nunca me había hecho carne. Y mientras bailábamos, le hice la misma pregunta que le hice al tío aquella otra navidad, en la que me contó la historia de la Rote Kapelle. Me respondió que los habían matado. Los habían guillotinado a todos. Pero que a ellos no les había importado; habían enfrentado la muerte con miedo, como la enfrenta cualquiera, pero con ese miedo íntimo y orgulloso que tiene el coraje. Entonces entendí.



ACTIVIDADES

Prof. Silvina Palillo



Profesora en Letras (UNR). Actualmente cursa la Maestría en Teoría Lingüística y Adquisición del Lenguaje, en la misma casa de estudios. Docente en el nivel secundario en escuelas de la ciudad de Rosario y también en el nivel universitario. Se ha desempeñado como tutora académica de Lengua en una escuela secundaria. Ha dictado clases de español para extranjeros, un seminario de postítulo y clases en nivel superior no universitario. Realizó el curso de formación “Tutores Virtuales, Humanizadores, Afectivos e Inclusivos” del grupo de investigación TEIS (Tecnología Educativa e Investigación Social), radicado en la Universidad de Granada en convenio con el Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe.

51



Propuesta de lectura

¿Por qué presentar el cuento “La Orquesta Roja” en esta antología? La última dictadura militar argentina, período que sirve de marco a este relato, es un suceso que pertenece a la historia reciente. Podemos buscar una foto vieja, alguna que sea de nuestros padres o abuelos, y ver cómo se representa ese momento, podemos –quizá– ver una película o buscar en algún libro de Historia. Pero todo esto difiere de las pinceladas que Marcelo Britos nos presenta en su cuento. El protagonista va creciendo y los sucesos se le van apareciendo dudosos, borrosos, teñidos por sus

vivencias, por lo vago del recuerdo, por lo que dicen los demás personajes, pero más aún por lo que callan. El silencio parece materializarse, así, las preguntas carecen de respuestas; los espacios cambian: el protagonista y su familia dejan la casa de calle Córdoba por la casa del oeste; las prohibiciones aparecen “Fue una noche de verano cuando no me dejaron ver más a Mariana ni a los chicos”. Por otra parte, la temporalidad del relato no sigue un orden lineal, lo cual “obliga” al lector a anclarse al texto, para comprenderlo, y a alejarse, para reflexionar. En relación con esto, el crítico Roland Barthes en su libro *El susurro del lenguaje*, se pregunta: “¿Nunca les ha sucedido, leyendo un libro, que se han ido parando continuamente a lo largo de la lectura, y no por desinterés, sino al contrario, a causa de una gran afluencia de ideas, de excitaciones, de asociaciones? En una palabra, ¿no les ha sucedido nunca eso de leer *levantando la cabeza*?”. Intentaremos, entonces, mediante estas consignas, que la lectura del cuento se lo-gre “levantando la cabeza”.

Propuesta de trabajo en el aula

Objetivos

- > Leer comprensivamente el relato > Reconocer la estructura del relato > Comprender las relaciones entre los personajes, entre el tiempo y espacio de la narración > Relacionar el texto con el tiempo en el que se enmarca y con otras producciones > Producir textos y audiocuentos

1 Barthes, Roland (1987) “Escribir la lectura” en *El susurro del lenguaje*, Madrid: Ediciones Paidós.

Destinatarios

Alumnos de cuarto y quinto año de escuela secundaria.

Conocimientos indispensables

> Marco narrativo > Secuencia narrativa > Narrador > Punto de vista > Relato enmarcado > Relaciones de intertextualidad > Nominalización > Construcciones sustantivas

Temporización estimada

Tres semanas aproximadamente.

Consignas para trabajar el relato

A/ Lean el cuento.

Para enriquecer la lectura puede ser útil el siguiente glosario:



1. **Selecciones del Reader's Digest:** Revista mensual de origen estadounidense cuya primera aparición fue en 1940. <http://ar.selecciones.com/home/>
2. **Perra Laica:** Consultá este video con la historia de la perra Laica, la primera astronauta.
<https://www.youtube.com/watch?v=nfXtqiRS64c>
3. **Zaguán:** Recibidor de una casa.
4. **Caramelos media hora:** Podés leer aquí algunas curiosidades sobre estos caramelos.
<http://www.infocanuelas.com/reportajes/media-hora-los-caramelos-made-in-uribelarrea>
5. **Gestapo:** La Gestapo era la policía secreta de Hitler. Leé esta noticia para informarte más.
<http://www.infobae.com/sociedad/2016/09/10/como-surgio-la-gestapo-la-temible-policia-secreta-de-hitler/>
6. **Goebbels:** Paul Joseph Goebbels fue un político alemán que ocupó el cargo de ministro para la Ilustración Pública y Propaganda del Tercer Reich entre 1933 y 1945.
7. **Tercer Reich:** Término utilizado habitualmente para hacer referencia a la Alemania Nazi.



8. Luftwaffe: Fuerza aérea de Alemania en la época nazi.

9. Jugar a la básica: La básica es un juego de cartas.

Ingresá acá para ver las reglas del juego.

<http://www.taringa.net/posts/juegos/4596121/Como-jugar-a-la-Basica-muy-divertido.html>

10. Gilgamesh: Personaje que pertenece a la mitología sumeria. Era el rey de la ciudad de Ubuk.

11. Nippur: Personaje de una historieta argentina que era un guerrero. Para más información: <http://www.historieteca.com.ar/Historietas/Nippur/nippurdelagash.htm>

12. Dago: Personaje de una historieta argentina. Se trataba de un noble veneciano que vivía en el Renacimiento.

13. Sacrilegio: Falta de respeto hacia algo considerado sagrado.

14. Razia: Operación por la cual la policía captura de una vez a un grupo de personas.

15. Tres plumas y caña: "Tres plumas": Marca de un licor. "Caña": bebida alcohólica.

16. Hálito: Aliento.

17. Ufanarse: Engreírse, jactarse.

18. Carrasposo: Algo áspero, que raspa.

19. Sea Harrier: Avión británico de caza, reconocimiento y ataque.

20. Mirages: Aviones franceses interceptores utilizados por la Fuerza Aérea Argentina. El primero de mayo de 1982, durante la Guerra de Malvinas, la Real Fuerza Aérea Británica realiza el primer bombardeo sobre posiciones argentinas, utilizando los aviones Vulcan y Sea Harrier. Ante esto, la Fuerza Aérea Argentina lanza al ataque una gran cantidad de aviones, incluidos los Mirage III.

21. La Tablada: El 23 y 24 de enero de 1989 se inten-

tarón ocupar los cuarteles del regimiento de Infantería de La Tablada (Buenos Aires).

B/ Presenten la secuencia narrativa del cuento. Para ello, en primer lugar, tendrán que ordenar los sucesos; en segundo lugar, armar oraciones simples que den cuenta de dichos sucesos; y, por último, deberán nominalizar los verbos. Presenten una enumeración con todas las construcciones sustantivas que armaron.

Ejemplo: “El tío le relató una historia al protagonista en el festejo de Navidad del año 1977.”

El relato del tío del protagonista en el festejo de Navidad del año 1977.

C/ Los espacios son clave en la obra. Analicen qué elementos, personajes, entre otros, están ligados a la casa de calle Córdoba y cuáles, a la casa del oeste.

D/ El tío es un personaje importante en el cuento:

1. Brinden una descripción desde el punto de vista del protagonista y compárenla con la versión del padre.
2. ¿Por qué puede decirse que este personaje es especial en la vida del protagonista?

E/ Lean la biografía de Manuel Rodríguez Erdoiza en este sitio.
http://www.biografiasyvidas.com/biografia/r/rodriguez_manuel.htm

1. ¿Por qué les parece que el tío tenía un cuadro de Rodríguez Erdoiza en su casa?
2. ¿Por qué podemos suponer que no era bien vista su mención en la casa del protagonista?

F/ En el cuento “se tejen” distintas historias. La principal –o relato marco– es sobre la vida del protagonista.

1. Narren brevemente los relatos enmarcados que encuentren. Señalen en cada uno de ellos quién lo cuenta y a quién/es.
2. Identifiquen en el texto los relatos enmarcados que quedaron incompletos e indiquen por qué creen que los personajes o el narrador no completa dichos relatos.

G/ ¿Cuáles fueron los dos mejores regalos en la vida del protagonista?

H/ Sobre el final podemos leer que el protagonista dice “le hice [a Victoria] la misma pregunta que le hice al tío aquella otra navidad, en la que me contó la historia de la Rote Kapelle”, tras la respuesta de Victoria, la voz del narrador concluye con la frase “Entonces entendí”, ¿a qué pregunta se refiere?

I/ El silencio es un factor importante en el relato. Transcriban todas las expresiones que den cuenta del silencio (puede ser alguna persona ausente, algo sobre lo que se calla, falta de respuesta de los personajes ante los sucesos, entre otros).

J/ ¿Por qué el cuento se denomina “La orquesta roja”?

K/ Escuchen la canción “Rasguña las piedras”, de Sui Géneris. Aquí les presentamos un link de la canción con la letra, <https://www.youtube.com/watch?v=-YL9cvyLq-M> y relacionenla con el cuento leído.

L/ Para integrar con el área de Tecnologías de la Información y la Comunicación:

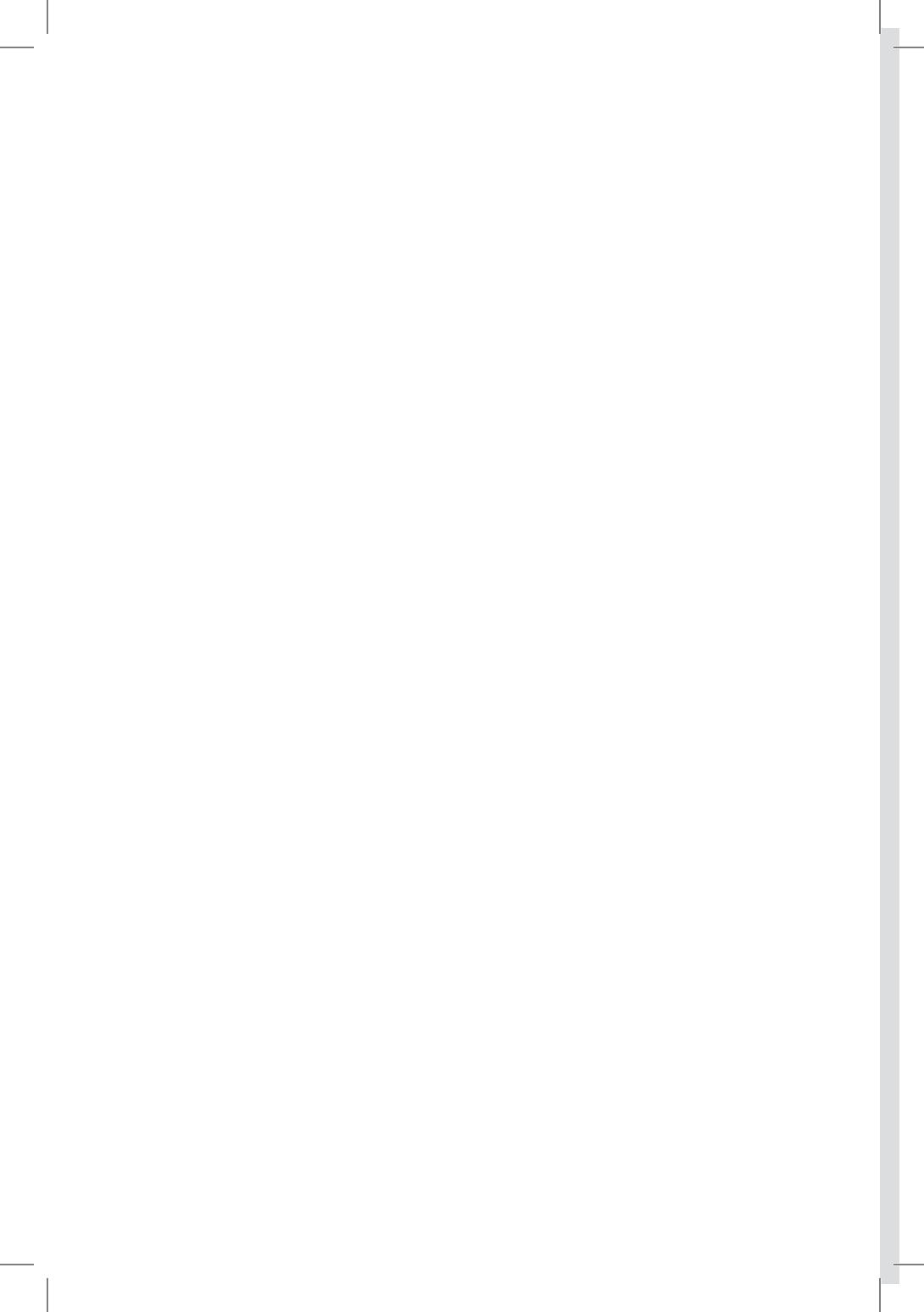
Confeccionen un audiocuento del cuento leído. Para ello, reunite con tus compañeros. Cada uno representará a un personaje. Deberán practicarlo y luego grabarlo con algún programa (puede ser la grabadora de sonidos de Windows, Audacity, o bien, alguna aplicación del celular). La grabación debe incluir sonidos para captar la atención de quien oye el cuento.

Para leer y relacionar...

Les recomendamos que lean las siguientes novelas, que también están enmarcadas en la última dictadura militar argentina.

Cruzar la noche, de Alicia Barberi (Editorial Colihue)

El mar y la serpiente, de Paula Bombara (Editorial Norma, Colección Zona Libre)





LOS INUNDADOS

(de *Santa Fe, mi país*, 1934)

Mateo Booz

Seudónimo de Miguel Ángel Correa, (1881-1943), fue uno de los más importantes escritores argentinos. Se inicia como periodista en el diario *La República* (Rosario). Hacia 1911 se radica en la ciudad de Santa Fe y en 1920 deja el periodismo para dedicarse a la literatura. Desempeñó importantes cargos públicos. Entre sus principales obras se encuentran *La mariposa quemada* y *Tres lagunas*. Otras de sus obras más conocidas son: *Aleluyas del Brigadier* (publicada en 1936), *Soldados y almaceneros*, *Aquella noche de Corpus* (1942), *El tropel* (1932), *Santa Fe, mi país* (1934), *La ciudad cambió de voz* (1938) y *Gente del litoral* (1944). Sobre la base del relato que leeremos se realizó la película “Los inundados”, de Fernando Birri (1962).



I

Dolores Gaitán, nombrado comúnmente don Dolorcito, tenía su rancho de tablas y latas en la Boca del Tigre, terreno abierto como un abanico a la entrada del puente carretero que, sobre el río Salado, enlaza a Santa Fe con las poblaciones de la otra orilla.

Subvenía don Dolorcito a las necesidades mí-nimas de su familia—una mujer y cuatro chiqui-lines— de modos distintos e intermitentes. Unas veces con el producido de la pesca que llevaba a algún puesto de mercado, otras trabajando a jor-nal en la carga o descarga de vapores y, más fre-quentemente, sirviendo por días en la limpieza de alfombras, encerado de suelos y lavado de vidrios en algunas casas de familias antiguas, donde eran muy apreciados sus dotes para ese quehacer y muy conocida su inclinación a empinarse las botellas, si las hallaba a mano.

Pero sobre todas estas ocupaciones estimaba la de encargado de algún comité político de cual-quier color, aunque preferentemente gubernista, porque en éstos había siempre más abundancia de recursos y probabilidad de cobrar puntualmen-te los emolumentos. ¡Lástima que esas boladas se ofrecieran a largos intervalos!

Doña Óptima, su cónyuge, cooperaba al bien-estar de la familia, conchabándose, cuando aquél persistía mucho en la molicie, de cocinera suplenta en algunas casas conocidas. Vanagloriábbase ella de que sus patronas la consideraran y hasta, sentadas

en los patios, le dieran el palique que a una visita. Mirábasele allí como un sacaapuros para cuando la cocinera titular las dejaba plantadas y todo el gremio ensordecía al llamado que lanzaban desde el servicio doméstico de los diarios locales.

Esa situación especial se la conquistaba asegurando a las señoras que, para ayudarlas, debía des- cuidar a su prole y a su compañero de cadena. Y de noche salía de la casa con gordos envoltijos de condumios y golosinas para festín del rancho de la Boca del Tigre, amén de algún traje viejo del pa- trón para don Dolorcito y algunas ropitas de dese- cho para los vástagos.

El ejemplar matrimonio laboraba en perfecto ritmo con sus necesidades. Si estas necesidades estaban cubiertas, se entregaban ambos a su ocu- pación favorita: ella espulgaba prolíjamente, en el umbral del rancho, las crenchas de algunos de sus hijos, mientras él, tumbado a la intemperie en la lona del catre, miraba los cambios de formación en el vuelo de los patos o la nube gris que le sugería la idea de un trapo para encerar aquel inmenso piso invertido.

Debemos insistir en que, aun amando la vida muelle, sólo cedían a los halagos de la ociosidad si tenían las ollas abastecidas y los descendientes al- gunas telas con qué cubrir lo indispensable de su desnudez.

En cierta ocasión los pibes contribuyeron con su grano de arena a la bienandanza común. Fue el

año anterior, en que pasaron el puente para cazar chingolos en Santo Tomé con trampas de alambre. El padre teñía luego de amarillo a los cautivos y los enajenaba a precios altamente satisfactorios a los tripulantes de los transatlánticos surtos en el puerto. Y surcando después el océano, los compradores advertían que no era precisamente un canario ordinario. A industria tan lucrativa, debió don Dolorcito renunciar definitivamente. Ello aconteció al volver un día de los diques con dos dientes menos y la vestimenta más desordenada que la del pajarillo encerrado en la jaula.

Doña Óptima y don Dolorcito formaban una pareja acorde y en cierta manera feliz; y para suprimir esa restricción a su felicidad habría sido menester que las demandas del hogar no les impusieran en ningún caso la obligación de hombrear bolsas al uno y de trajinar a la otra en cocinas ajena.

63

II

Las aguas del Salado comenzaron a hincharse y arrastrar consigo enormes camalotes con ponzoñosas alimañas del norte. El impetuoso caudal fue rebalsando su cauce hasta invadir las viviendas asentadas en los terrenos adyacentes. Y las alturas se poblaban de volátiles que huían con azoro al encontrar sumergidas las islas y anegados sus habituales dormideros.

En los moradores de los menguados rancheríos de la Boca del Tigre fue cudiendo la alarma. Es

verdad que para alcanzar el río a ese paraje debía subir de un modo extraordinario. Pero esa contingencia correspondía a lo probable. Y, como es natural, no se hablaba allí sino de la creciente y de la resistencia del puente carretero y de los puentes ferroviarios a la acción destructora de las aguas. Los pesimistas pronosticaron horribles catástrofes.

Una madrugada don Dolorcito observó, al abrir los ojos, que las patas del catre estaban en el agua. Chapaleando el barro de la habitación salió a la puerta y pudo comprobar que la Boca del Tigre caía también bajo el azote de la inundación.

-Bueno; hay que mudarse -pensó apresuradamente, mientras despertaba a su mujer y a sus herederos.

Doña Óptima aprobó:

-Sí; debés salir a buscarnos otra guarida, en lugar seguro. Mejor si es cerquita de San Francisco, que hasta allí no ha de alcanzar nunca el río, según no alcanzó ni en la inundación grande.

Don Dolorcito rumbeó para la ciudad.

A su regreso, la inundación sólo dejaba a la vista, en las zonas más bajas de la Boca del Tigre, los techos de los ranchos y las copas de los árboles. El albergue de los Gaitán, construido en una jorobita del terreno, contenía en su interior una capa líquida de diez centímetros. Ya andaban canoas y carros transportando los miserables enseres de quienes procuraban escapar. Esta vez don Dolorcito hizo el trayecto en canoa, más curioso de los

cacharros domésticos de todo uso flotantes en las aguas turbias, que impresionado por el cuadro de devastación ofrecido a sus ojos.

Doña Óptima lo recibió, movediza y rodeada de sus pergenios.

-¿Dónde nos encontraste rancho? -inquirió la mujer.

-¿Dónde?... En ninguna parte. También recorrió los conventillos, y no hay lugar para nosotros.

-¿Y entonces?... ¿Pensarás dejarnos morir aquí, a todos, ahogados como vizcachas en su cueva?

Al parecer, eso pensaba don Dolorcito, en un trágico renunciamiento a toda idea de salvación, pues sentóse y con el agua a los tobillos, abarcó serenamente con la mirada el desolado paisaje circundante.

A las reclamaciones y prisas de doña Óptima, respondía él con breves frases saturadas de un fatalismo dichoso. No había que afligirse; lo más conveniente para todos era estarse quietos. Tenía la experiencia de la inundación del año cinco. Y doña Óptima confesándose que su marido siempre supo resolver las dificultades de la familia, algo beneficioso esperaba en medio de la zozobra.

Y cuando ya el agua les pasaba las rodillas vieron venir, bogando afanosamente, varias canoas ocupadas por soldados del Cuerpo de Bomberos, cuyos cascos de hule reflejaban la lumbrada solar.

La faz de don Dolorcito se animó con una sonrisa.

-¿No decía yo?... No hay que ser zoncos ni precipitarse... Otros se encargarán de sacarnos de la apretura.

Provistos de adecuados materiales de salvataje, los bomberos embarcaron rápidamente a don Dolorcito y los suyos y luego al mobiliario que adornaba su casa. Y minutos más tarde un fastuoso camión oficial conducía a la familia de inundados a un furgón del Central Norte. En el trayecto saludó don Dolorcito con amplios ademanes a algunos conocidos. Los transeúntes de las calles asfaltadas sentían en su corazón un brote de sentimientos piadosos al paso de esos desventurados sin hogar.

III

Y los desventurados sin hogar se advirtieron muy a sus anchas en el furgón, bastante más confortable, sin duda que el rancho de la Boca del Tigre. Enriquecieron además el círculo de sus amistades con los alojados en los vagones vecinos, sobre una vía muerta, frente a la avenida Alem.

Doña Óptima previno:

-Che, todo esto está muy lindo; pero recordá que no disponemos de un centavo para parar las ollas. Debés irte por ahí, en seguida, a trabajar y hacerte de unos pesos.

-¡Somos inundados! -replicó don Dolorcito, engallando la cabeza.

Doña Óptima no entendió la salida de su esposo hasta que llegaron unos caballeros de la Comisión

Popular Pro Inundados, precedidos de unas camionetas con ropas de abrigo y municiones de boca. En el vagón de los Gaitán descargaron abundantes alimentos, mientras don Dolorcito escogía para él y los suyos calcetines, camisetas, tricotas que los defenderían del frío de varios inviernos.

Y comenzó para la familia uno de los períodos de holgura más completos que hubieran conocido. No faltaban en el furgón subsistencias ni géneros para asegurar la bienandanza de los moradores. Los poderes públicos y el alto comercio, sensibles a tanto infortunio, procuraban mostrarse generosos con los pobres inundados. Los periodistas cooperaban a la formación de ese general estado de ánimo, disertando sobre los estragos del flagelo y las obligaciones propias de la solidaridad humana. Don Dolorcito, en rueda con los vecinos, leía, tomando mate y mordiendo galleras, esas elucubraciones que a todos, al lector y a los oyentes, enterneían y convencían de su desgracia y de la necesidad de ser socorridos.

Pero lo que a los cuitados principalmente interesaba eran las noticias y pronósticos relativos a la creciente. Y no costaba sorprender un aire de contrariedad en esas tertulias, si se anunciaba el descenso de las aguas del Alto Paraná y de consiguiente la inminencia del mismo fenómeno en Santa Fe.

En esas ocasiones don Dolorcito llevaba un poco de optimismo y calma a los espíritus atrabilidos, opinando, aunque con un gesto melancólico, que

el azote continuaría, pues tras esa creciente excepcional vendría, para agravar la situación, la creciente periódica llamada del pejerrey.

IV

Al abrir la puerta corrediza del furgón y liberarse con un desperezo de la última modorra de la siesta, don Dolorcito afrontó a una comisión de señores que acudían a ofrecer ocupación a los pobres inundados. Los guinches estaban aparejados para llevar a las bodegas de los barcos un cargamento de rollizos, y de la campaña requerían brazos para las faenas de la agricultura.

Don Dolorcito rechazó la invitación con un continente altivo y desdeñoso:

-¡Yo soy un inundado!
-Una razón más para que trabaje, ¡qué diablos!
-replicó un caballero de facciones semíticas.

Don Dolorcito se encogió de hombros, sin dignarse contestar.

La comisión se marchó después, siendo fácil colegir por las actitudes el fracaso de la gestión. Todos los inundados aducían motivos para no agitarse.

El caballero de las facciones semíticas, disgustado, exclamaba levantando los brazos:

-Son una manga de holgazanes.

También doña Óptima juzgó oportuno invocar los afanes hogareños para desoír las solicitudes de señoritas copetudas, puestas en el terrible trance

de hacerse la comida y las camas, pues la inundación provocaba una aguda crisis de domésticas.

Un día se les notificó que las raciones debían buscarla en el domicilio del presidente de la Comisión Popular.

-Es un abuso -protestó don Dolorcito, obligado ahora a acudir con su mujer y unas canastas en procura de los socorros que antes les llevaban en un furgón.

Pero mayor abuso fue el del Central Norte, al disponer que los inundados desocuparan los vagones, necesarios para la movilización de la cosecha.

Todos, con la sola excepción de la familia Gaitán, se trasladaron a los alojamientos habilitados por la Comisión Popular.

-No sea terco, don Dolorcito -le aconsejó un vecino-. Hay también otros lugares aceptables. Mi mujer y yo estamos ahora muy a nuestro gusto y muy independientes.

-¿Dónde?

-En un calabozo de la comisaría 2^a.

-Si se contentan con eso, mejor para ustedes. Yo conozco mi derecho y no me han de sacar así nomás del furgón, donde me siento cómodo.

Ese derecho lo conoció don Dolorcito por intermedio del procurador Canudas. El profesional consultó una cochambrosa "colección de leyes usuales" y, señalando con la uña de luto ciertos artículos, le demostró cómo la justicia lo amparaba y cómo el Central Norte debía recurrir a fatigosos trámites y

esperar el vencimiento de largos plazos antes de llegar al lanzamiento de los inquilinos del furgón.

Pero la empresa pareció olvidarse de sus huéspedes. El tiempo transcurría y bajo el cinc del furgón continuaban don Dolorcito y los suyos. El espíritu previsor del hombre había acumulado allí, merced a sus infatigables demandas a la Comisión Popular, copiosos bastimentos para la familia.

V

Al despertar una mañana, don Dolorcito observó que su vivienda trepidaba con extraño fragor. Y, entrebriando la puerta, columbró un paisaje nuevo y mudable. Marchaban por pleno campo y pasaban velozmente los postes indicadores del kilometraje.

El hombre se notó perplejo y agobiado por su responsabilidad. Ni él ni el procurador Canudas barruntaron jamás esa contingencia. ¿Adónde pretendía desterrar la empresa a la desventurada familia de inundados? ¡Innoble represalia contra quienes no hacían más que acogerse a la protección de la ley!

Doña Óptima, despegando los párpados, se sentó en el filo del catre. Y, al enterarse de lo que acontecía, censuró en medio de un bostezo;

-Ya te dije que todo esto nos acarrearía algún trastorno.

Los hijos no participaron de las inquietudes de sus mayores. La novedad de la casa rodante les brindaba una perspectiva fecunda en promesas. Y

don Dolorcito debió repartir certeros coscorrones entre su descendencia para separarla del peligro de caer fuera del vehículo.

Y tras ese día vino otro día, y el furgón, engañado a un tren de mercancías, cambió de panorama. Ahora las Llanuras cedían espacio a las sierras. Cruzaban la provincia de Córdoba, y ese espectáculo de pedregales ásperos, cielos límpidos y ríos someros, interesaron al pronto y cautivaron después a los Gaitán, que jamás se habían alejado más de una legua de su municipio. Finalmente el coche paró en Cosquín.

El jefe de la estación descorrió la puerta y, sorprendido, interrogó a sus inesperados ocupantes.

-¿Quiénes son ustedes?

71

-Inundados -informó don Dolorcito.

-¿De dónde vienen?

-De Santa Fe.

El funcionario ferroviario se desconcertaba. ¿Qué hacer? Debía ser uno de esos vagones que, substraídos al contralor de las oficinas de tráficos, suelen andar de un lado a otro por las líneas, para quedar a veces olvidados en alguna vía muerta. Y dio aviso a la Superintendencia.

Ocho días demoraron en llegar las instrucciones: que uniera el furgón perdido al primer tren.

Y un mediodía don Dolorcito, paseando por las inmediaciones, notó con susto que su furgón se marchaba. Debió correr a la máxima velocidad de sus piernas para ser al fin acogido por los brazos

redondos y cariñosos de doña Óptima y el júbilo de los vástagos.

Don Dolorcito formuló un cargo contra la desplorable organización de los servicios de transporte del país; y seguidamente se entregó a la contemplación de los jocundos cuadros que la naturaleza ha extendido a los costados de los rieles, en el trayecto a Capilla del Monte, para recreo de turistas y viajantes de comercio.

En Cruz del Eje otra locomotora se llevó para San Juan al furgón de los inundados, y de allí hacia el lado de Bolivia. De la estación terminal pidieron órdenes y, previa la tramitación del respectivo expediente, el furgón volvió al punto de partida.

VI

Al cabo de dos meses, don Dolorcito y los suyos entraban en la estación de Santa Fe, llenos sus espíritus de las magníficas visiones de la excursión.

Entretanto, las aguas, volviendo a sus cauces, se habían retirado de la Boca del Tigre y cesado los auxilios a las pobres familias castigadas por la catástrofe. Se apoderó de don Dolorcito un desabrimiento que el procurador Canudas supo suavizar con estas consoladoras palabras:

—Ustedes saldrán del furgón, pero el ferrocarril deberá indemnizarles los perjuicios que les irroga la exigencia. Es lo justo.

Y, en efecto, los asesores de la empresa determinaron, para eludir un juicio, allanarse a la de-

manda, asignando a los inundados una cantidad de la cual el procurador Canudas adjudicóse, naturalmente, la parte del león.

Y los Gaitán, más lucios y pelechados, retornaron a su rancho de la Boca del Tigre luego de correr, en un espacio de cuatro meses, los tremendos azares propios de la calamidad pública, que tan hondamente había commovido a los lectores de diarios.

Don Dolorcito y doña Óptima, reintegrados a su existencia ordinaria, añoran aquellos días fantásticos y consideran las probabilidades de alguna otra creciente de los ríos.





ACTIVIDADES

Prof. Cecilia Kolic'



Profesora en Castellano, Literatura y Latín. Diplomada y Especialista en Gestión Educativa. Docente de Lengua y Literatura desde 1977, es autora de notas y artículos en diarios y revistas. Es coautora de la "Biblioteca del Alumno Adulto" (2006) y expositora en diversos cursos y congresos de Educación. Es, además, Directora del Equipo Editorial EEMPA. Actualmente trabaja en talleres de lectura: "Clásicos de aquí y de allá".

75



Tiempo... ¡Atrás!

Mirar el río hecho de tiempo y agua
y recordar que el tiempo es otro río.

Arte poética, Jorge Luis Borges



A/ Buscar en Youtube para escuchar y compartir el tema "Apurá José" interpretado por Teresa Parodi.

B/ Lectura icónica

Interrogar las fotografías a continuación:

1. La resolución de cada foto: indica que la fecha de captura, ¿es actual, reciente o remota?

2. Describa las casas: altura, fachada, tipo de construcción. Compare en ambas imágenes.
3. Podría determinar tres planos horizontales en las imágenes y decir qué se muestra en cada uno?
4. ¿Qué tipo de vehículos aparecen en cada uno de los textos icónicos?
5. ¿Qué cree que es la imagen de torre que se ve al fondo?
6. ¿En qué ubicación aparece la figura humana? Individual y colectiva
7. El enunciado “marca de agua”, ¿qué nombra? ¿qué te sugiere?
8. Explica por qué en este caso es –además– la fuente del texto.
9. ¿Qué problemática se visualiza en estas escenas sociales?
10. Para debatir: ¿Qué cambios hubo o pudo haber que evitaran las consecuencias de este fenómeno natural?



http://www.ellitoral.com/index.php?id_um/91416-la-inundacion-en-el-paisaje-de-la-memoria



<http://www.ellitoral.com/index.php/diarios/2010/04/29/metropolitanas/AREA-01.html>

77

C/ Lectura del cuento “Los inundados” de Mateo Booz.

Vamos por una lectura “asistida”, dialogada, activa.

1. Preparando la lectura en voz alta: designar un narrador para cada uno de los seis momentos del relato y uno para cada personaje que dialoga. El docente será quien coordine la lectura y realice las indicaciones como si se tratara de un guión. Ejemplo, la intervención del narrador/locutor entre diálogos: –No sea terco, don Dolorcito –le aconsejó un vecino–.
(Vale que cada lector resalte en color su parte).
2. Invitar a quienes deseen captar vocabulario desconocido mediante resaltado en papel y escritura en el pizarrón.
3. Propiciar clima de lectura participativa, respetando roles, de ser posible modificar el espacio tradicional del

aula a fin de que los lectores lo hagan “en rueda”, como si estuvieran en un escenario.

4. Tras la lectura completa del cuento, volver a las imágenes y al contenido de la canción en busca de relaciones que conecten situaciones, espacios, personajes.

5. Hacia la síntesis oral: juego de la memoria. La consigna es ahora completar las oraciones y el esquema “a libro cerrado”, tras la lectura, o en la clase siguiente.

D/ Ejercicios

Tiempo y espacio

..... luego de correr, en un espacio de meses, los
tremendos azares propios de la calamidad pública.....

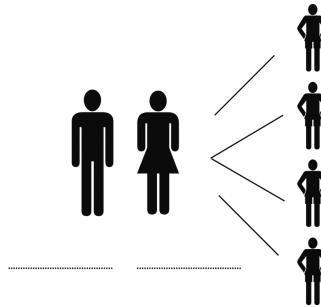
Cite ejemplos de indicios temporales del contexto histórico del relato:

En el celular, tablet o PC, buscá el recorrido que hicieron los Gaitán desde Boca del Tigre (ciudad de Santa Fe) a Cosquín (provincia de Córdoba)



Actores sociales e institucionales

1. ¿Cómo está conformada la familia Gaitán?
Completar con los nombres



2. ¿Qué espacios institucionales aparecen?
3. ¿Cuáles son los actores institucionales, las caras visibles?
4. ¿Qué indicios permiten reconstruir la presencia e importancia del ferrocarril?
5. Fundamentar: a partir de la lectura de la siguiente definición, establecer si “Los inundados” es o no un cuento realista.

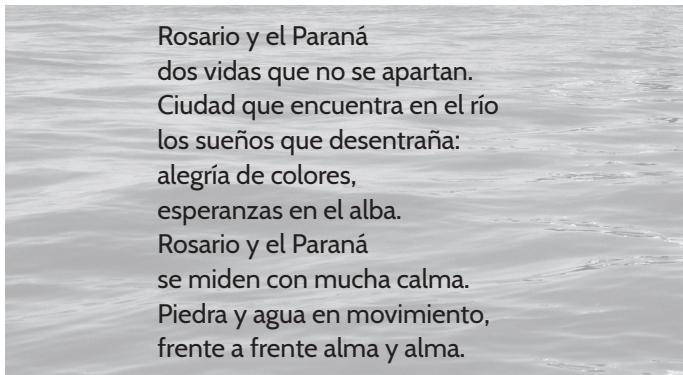
79

El **cuento realista** es una narración basada en hechos reales o imitados de la realidad, cuya principal condición es la verosimilitud, es decir, crear el efecto de que lo que cuenta puede ser cierto.

E/ Copiar y pegar

Cuando el río es imagen poética y no amenaza

Felipe Aldana (1922-1971) presenta en el poema “Rosario y el Paraná” una imagen diferente del diálogo entre la ciudad y el río.



Rosario y el Paraná
dos vidas que no se apartan.
Ciudad que encuentra en el río
los sueños que desentraña:
alegría de colores,
esperanzas en el alba.
Rosario y el Paraná
se miden con mucha calma.
Piedra y agua en movimiento,
frente a frente alma y alma.

Leer el poema completo en:

<http://decidor.blogspot.com.ar/2007/06/felipe-aldana.html>

F/ Producción

Cruzando márgenes y lenguajes

En grupo o individualmente, la consigna del trabajo final es “contar” la historia de “Los inundados” en otros lenguajes: videoclip, animación, collage, canción, objetos que narran, dramatización, radionovela, programa periodístico de actualidad, monólogo del Sr. o la Sra. Gaitán (representado), objetos que cuentan historias (un tren, una vía, el agua del río, el rancho, un auto, una casa) Esta producción puede llevarse a una “muestra” en el aula y/o en la escuela y ser además la evaluación de esta unidad de estudio.



UN VIAJE EN TAXI

(de *A vuelo de pájaro*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1972)

Jorge Riestra

Nació en Rosario en 1925. Fue docente a nivel primario y secundario. Su primer libro publicado fue *El espantapájaros* en 1950. Por su primera novela, *Salón de billares* (1960) y por *El taco de ébano* (1962) obtuvo en 1963 el premio Carlos Alberto Leumann. En el año 1988 fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura por *El opus* (1986). También fue reconocido por el Fondo Nacional de las Artes en el año 2002, por 50 años de vida y obra. Dejó de escribir en febrero de 2016, a los 90 años.



-País triste éste, país de farabutes, coimeros y ladrones, usted lo vio a ese tipo, esperaba el Ford Falcon, el Mercedes era poca cosa para él, por eso me le vine derecho a usted, sin arrimarme siquiera, porque si me le arrimo y dice que no, lo tengo que mandar a buscar a la madre y ya bastantes líos tiene uno en esta ciudad de locos como para enfermarse en cada esquina con tanto farabute que anda a pie y sueña con que lo vean adentro de un Ford Falcon, dígame quién lo va a saber si es de noche, pero no importa, lo mismo el tipo espera el Ford Falcon o el Rambler o el Valiant y no elige el color porque ahora todos parecemos huevos fritos, que si no lo elegiría, pierda cuidado, parece increíble pero es así, déme la razón, dígame si no hay que ser farabute o farabute y medio, y uno los conoce de lejos, basta una relojeada para saber que el tipo o la tipa o la parejita esperan el Ford Falcon o el Rambler, en su casa no tienen ni para papel higiénico pero en la calle quieren un Ford Falcon, usted no se imagina lo que se aprende en diecisiete años manejando un taxi, son como tres vidas de cualquiera, se lo aseguro, y uno no falla, se hacen los estúpidos cuando uno les pasa al lado y después uno ve por el espejito que paran el Ford Falcon que venía atrás, usted los está viendo como yo, sentados en el Ford Falcon con las ganas de ser los dueños, pero qué van a ser, farabutes nacen y farabutes mueren, póngale la firma, como si el Mercedes fuera un Citroën, o un Renault, métase adentro de un Renault

y después estire las piernas si puede, y encima un Mercedes como éste, díganle si parece que tuviera ya un millón de kilómetros, toque, hágame el favor, no tenga miedo, pase la mano y dígame si encuentra una rajadura en el tapizado o un montoncito de tierra, qué va a encontrar si yo mismo lo cuido, nadie sabe el tiempo y la plata que me lleva mantenerlo así pero yo contento, si uno es un tipo limpio no puede pasarse todo el día manejando un coche que huele como los baños de la estación de ómnibus, usted me entiende pero vaya a hacérselo entender a los farabutes que esperan el Ford Falcon, y además llega seguro, porque a cuarenta kilómetros en el Mercedes usted llega a su casa sano y salvo, piense si no es importante llegar sano y salvo en esta ciudad en la que hay más locos que cerdos conduciendo autos, vea cómo maneja ese que va adelante, si no es como para matarlo, para no hablar de las mujeres, mejor dejarlas pasar, hágales entender le decía que a sesenta o setenta kilómetros en un Ford Falcon lo más fácil es que en lugar de ir a su casa vayan a parar al hospital, y no escarmientan, todos los días alguno se hace torta contra una columna o contra un árbol pero lo mismo los siguen esperando, que reviente, eso digo cuando veo que alguno de esos farabutes termina con un pedazo de fierro metido en la sesera, eso les digo, esperen el Ford Falcon farabutes, como les decía el viejito del Plymouth hace ya una punta de años, porque la cosa no es de ahora no se va a creer,

empezó por el cincuentiuno, cuando llegaron aquellos Chevrolets de líneas largas que causaron sensación, no sé si se acuerda, aquí había puros coches de antes de la guerra y de pronto llegaron aquellos Chevrolets que parecían una pintura, ni le cuento la coima que tuvieron que pagar los que los consiguieron pero eso es otra cosa había tipos esperaban hasta una hora que pasara un Chevrolet cincuentiuno, si daba ganas de putearlos, el trabajo escaseaba y encima uno tenía que aguantarse a esos farabutes que se plantaban una hora en una esquina esperando un Chevrolet, tipos que no tenían dónde caerse muertos pero que se gastaban tres pesos para que los vieran sentados en el asiento trasero de uno de esos Chevrolets, o a lo mejor no los veían; pero el asunto era tomar un Chevrolet, palabra que era así en aquel tiempo yo trabajaba un Ford treintiséis que andaba como un reloj, no le miento si le digo que sacando la pinta nada tenía que envidiarle al Chevrolet, pero lo mismo había que rodarla todo el día para conseguir media docena de viajes, dígame si era vida, después hablan de que este país tiene cura, qué va a tener mientras no venga alguien que les dé duro y a la cabeza, había que caminarla con esos Chevrolets que le robaban a uno el trabajo a cinco cuadras de distancia, menos cuando llovía, porque cuando llovía no quedaba ni uno afuera, también eran rápidos para eso, para dispararle al agua, apenas caían tres gotas se metían adentro los cretinos y sólo

quedaban los taxis viejos hundiéndose hasta las verijas en los baches y en las calles sin luz, dígame cuándo vamos a tener una ciudad como la gente, y eso les decía el viejito, un viejito que andaba al volante de un Plymouth treintisiete, un coche grande y bastante trajinado pero que funcionaba, qué querían después de todo, aquí todos quieren lo mejor, lo que no quieren es pagarla, el viejito salía a trabajar aunque se viniera el mundo abajo y así entraba en el centro, con un farol iluminando la bandera alta y despacito como si hubiera estado desfilando, no le exagero, era famoso en el gremio, y cuando la gente corría hacia el Plymouth entre la lluvia y los charcos aceleraba, pero antes de acelerar les gritaba agarren el Chevrolet cincuentiuno que viene atrás, eso les gritaba y ya puede imaginarse el ademán que les hacía con los brazos, lindo el viejo, se fundió creo pero gustos son gustos, si hubiera muchos como ese viejo este país sería distinto, andaría como tiene que andar un país y no como cualquier cosa, porque eso somos, cualquier cosa a la que no le queda más que el nombre, el himno y la bandera, país de farabutes y coimeros, vaya novedad lo que voy a decirle pero si usted paga la coima consigue lo imposible y si no la paga no le dan ni la hora, se lo digo con conocimiento de causa, uno termina diciendo qué se le va a hacer y paga, paga todo, la coima y los impuestos, pero paga para qué yo le pregunto, paga para seguir ganándose el puchero en este asco de ciudad, qué me

vienen a mí con lo de segunda ciudad de la república, de qué segunda ciudad y de qué república me están hablando, a otro perro con ese hueso que si de algo estamos llenos es de discursos, yo por lo menos, no tenerlos una sola vez enfrente, quieren que uno se trague el anzuelo y encima diga gracias y aplauda, eso quieren, que uno diga viva viva cuando lo que uno tiene es una flor de puteada en la punta de la lengua, y así andamos, a veces a uno le dan ganas de vender el coche y mandarse a mudar a cualquier parte, le aseguro que si fuera más joven lo haría, irme a Estados Unidos, allá hay trabajo para todos y se gana bien, hasta los obreros van a la fábrica en automóvil, y además hay decencia, qué le parece, decencia, casi nada, no como aquí, dígame en qué otro lugar del mundo hay tantos ladrones como aquí, desde el almacenero de la esquina al presidente de la república, porque a mí no me vengan con que este viejo es un santo, demasiado hemos visto en este país los que tenemos más de cuarenta años como para que quieran seguir vendiéndonos el tranvía, por mí que lo rajen mañana mismo, traca traca los tanques y chau, a Martín García, que le sea leve, él, los diputados, los concejales y todos los otros que entre discursos y sonrisitas desvalijan al país, ladrones de guantes blancos que viven acomodando amigos y parientes, total el pueblo paga, ojalá fueran como los que asaltan bancos, éhos por lo menos arriesgan, se juegan, tienen cojones, no sé si usted piensa como yo,

pero yo, que no le rezó a nadie, siempre rezó para que se escapen, son mejores que los otros, que se la pasan viajando al extranjero con todos los gastos pagos, linda hazaña, así cualquiera, dígame si no hace falta alguien que los ponga en vereda, no hablo de Perón, Perón se puede quedar donde está y que le aproveche, hablo de un tipo que venga y dé leña, leña y leña y ya vería usted cómo se acaban los farabutes, los coimeros y los ladrones, y yo sería el primero en ayudarlo a repartir, porque si no hasta cuándo, dígame amigo hasta cuándo vamos a seguir dándole lástima al mundo, porque eso damos, lástima, un país rico como éste, aquí usted echa una semilla y al mes tiene un árbol más grande de que una casa, vaya al campo y abúrrase de contar vacas, dígame entonces si hay derecho a que vivamos como tenemos que vivir y si no es hora de que nos pongamos a trabajar en serio, pero en serio, nada de hacer sebo ni de tirarse el faltazo, vea si no el ferrocarril, una vergüenza, y al que no trabaje duro y a la cabeza, sin asco, llega el momento en que a uno se le acaba la paciencia y tiene ganas de bajar del taxi y empezar a los tiros, palabra, yo le decía el ferrocarril, dónde se ha visto, cómo es posible que todo el país tenga que aguantarlos, y con los sueldos que ganan, no estar yo allí con un poco de autoridad, ya verían, y no le pido dos años, déme diez minutos y se lo arreglo, se lo arreglo volando, pero qué va a arreglar este viejo, este viejo no arregla nada, eso es lo que va a hacer, hundir-

nos del todo, más de lo que estamos, no me deje mentir, apenas usted se da vuelta ya alguien le está sacando la cartera, qué me vienen a mí, cómo no se va a hacer uno mala sangre, cómo no va a vivir uno haciéndose mala sangre si uno se levanta y

-Pasando la esquina, la tercera puerta a la derecha -dijo el pasajero.

El taxi se arrimó lentamente al cordón y se detuvo.

-En fin, así es la cosa -dijo el taximétrista y con una linternita iluminó fugazmente el marcador del reloj-. Son ciento veinticinco pesos.

El pasajero se quedó quieto, como esperando algo.

-Ciento veinticinco pesos -repitió el taximétrista, mirándolo.

-Creo que se equivoca -dijo el pasajero-. Fíjese bien.

-Qué me voy a equivocar -dijo el taximétrista-. Es lo que marca.

-Sin embargo creo que se equivoca -dijo el pasajero-. Hágame el favor de fijarse de nuevo. Yo también quiero ver.

-Me está haciendo perder tiempo -dijo el taximétrista-. Son ciento veinticinco pesos.

-Estoy esperando que vuelva a fijarse -insistió el pasajero.

-Cuando yo digo que hay días... -dijo el taximétrista y volvió a encender la linternita-. ¡Caracho, tiene razón! -exclamó, y giró hacia el pasajero con

una sonrisa que la oscuridad tornó grotesca-. Son cien pesos justos. Al mejor cazador se le escapa la liebre.

El pasajero le alargó un billete y empezó a bajar.

-No se haga problemas -dijo-. Buenas noches.

-Buenas -dijo el taximetrista.



ACTIVIDADES

Prof. Federico Ferroggiaro



Nació en Rosario en 1976. Es periodista y Profesor Universitario en Letras (UNR). Publicó los libros *El pintor de delirios* (EMR, 2009), *Cuentos que soñaron con tapas* (El ombú bonsai, 2011). En el marco del Espacio Santafesino, el libro *La niña de mis ojos* (Colección Raíces Aéreas, Editorial El ombú bonsai, 2013). En 2016, la novela *Tetris* (UNR Editora. Colección Confingere) y, en 2017, los relatos de *Par de seis* (Balbasa Editora). Trabaja en la UNR, la UTN y en escuelas secundarias.



91



Una voz empieza a hablar. Habla, habla, habla mucho y de corrido, como si no tomara aire. Habla de todo, de todos, se enoja, protesta, insulta, amenaza... “hablo de un tipo que venga y dé leña, leña y leña y ya vería usted cómo se acaban los farabutes, los coimeros y los ladrones, y yo sería el primero en ayudarlo a repartir...”

¿Se tratará de un justiciero? ¿De un ciudadano que es modelo de virtud y de moral?

Pero, esa voz le está hablando a alguien, quizás a nosotros, pero a alguien que, en el cuento, casi no se anima a responder. Alguien que calla, por miedo, por respeto, porque no se puede escapar. Es un viaje en taxi y el conductor empezó a hablar...

Conocimientos previos deseables

> Narrador > Punto de vista > Registros y variedades lingüísticas > Las voces dentro de un relato > Tramas o secuencias dialogales

Destinatarios

La propuesta de lectura está pensada para los alumnos de tercero a quinto año de la escuela secundaria o para los alumnos de cuarto y quinto de EEMPA.

A/ Reconocer al narrador del cuento y subrayar sus intervenciones. Como puede notarse, la mayor parte del relato está a cargo de dos voces que dialogan, aunque una sea la que monologa casi todo el cuento: el taxista. ¿Qué podemos decir acerca de cómo es el dueño de esa voz que domina el relato? ¿Qué sucede con los signos de puntuación en el extenso parlamento del comienzo?

B/ ¿A quiénes critica el taxista? ¿Qué dice de cada uno de ellos? ¿Qué significa “farabute” y por qué palabra la reemplazaríamos hoy?

C/ ¿Por qué podemos afirmar que el taxista se comporta de la misma forma que aquellos a quienes critica? ¿Estás de acuerdo con esta afirmación? Dialoguen en grupos para ver qué opiniones tiene cada uno. Anótenlas por separado.

D/ ¿De qué nos quejamos? En los medios de comunicación digitales y en las redes sociales, en muchas ocasiones, las personas publicamos nuestras quejas contra otros, contra el gobierno o contra los funcionarios y hasta contra las conductas de otros ciudadanos.

En grupos, armar listas de las cosas que no nos gustan y que provocan nuestras quejas, ya sean privadas como públicas. Debajo de cada uno de los puntos de la lista, vamos a anotar qué hacemos, además de quejarnos, para que eso que nos molesta o que consideramos que está mal deje de suceder o de ocurrir de esta manera.

E/ Muchos escritores han utilizado el recurso de “transcribir” una o varias voces para, en la escritura, provocar en los lectores el efecto de “estar escuchando” al personaje, como si éste hablara para nosotros.

El siguiente fragmento es de otro escritor y dramaturgo rosarino, Mirko Buchin, de su celebrada novela *Chechechela*¹, publicada originalmente en 1971:

93

Cuando la Susana me pidió que la acompañase a llevar a la Mónica al concurso de mascaritas, le dije que sí. Total el Julio me había dicho que esa tarde no iba a poder salir, aunque para mí que eran macanas. Pero una no va a andar como detective privado metiéndose en la vida ajena. Claro que en este caso, no tan ajena, porque si el Julio anda con una, ya de por sí, no es ajena.

Así que le dije: vamos, Susana. Y fuimos.

De entrada nomás, me dio como un sofocón, porque me lo veo al Julio con un vaso de vino en una mano y un sandwich de chorizo en la otra, charlando con una quiosquera morocha, como yo, pero mucho más oscura y con una pelambre que le salía debajo del gorrito blanco que le obligaba a llevar la Municipalidad. Y más vale que la Municipalidad se preocupase por otras cosas.

1 Buchin, Mirko (2016) *Chechechela*. Rosario: UNR Editora.

Luego de leerlo en voz alta... ¿cómo imaginamos al dueño/a de esta voz? Describirlo.

F/ Para escribir: pensar en otro “estereotipo” y darle voz...

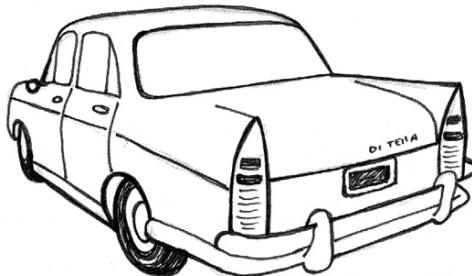
Para esta actividad de escritura es fundamental que planifiquemos, previamente, quién va a hablar, de qué va a hablar, que palabras o giros lo caracterizan. Con lo anterior, esbozamos un plan de escritura y... ¡a escribir!

Los autos y las calles de Rosario

Un poco de historia... ¿Qué automóviles se mencionan en el relato? Como se puede ver, hay varias marcas y modelos que se nombran. ¿Conocés alguno de estos autos? Podés buscar imágenes en Internet para conocerlos y recordar si has visto o no a alguno de ellos en las calles. También podés conversar con tus abuelos sobre cómo eran los autos y los taxis en su época y, también, los medios de transporte de nuestra ciudad.

Para visitar

En el Museo de la Ciudad se pueden encontrar fotografías de estos autos.





NEGRITOS

(de *Notas en un diario*, EMR, Rosario, 2006)

Osvaldo Aguirre

Nació en Colón, provincia de Buenos Aires, en 1964. Estudió Letras en la UNR (1984-1990). Publicó las novelas *La deriva* (Beatriz Viterbo, 1996) y *Escuela de detectives* (Del Nuevo Extremo, 2013); las investigaciones periodísticas *Historias de la mafia en la Argentina* (Norma, 2010), *La Conexión Latina* (Tusquets, 2008) y *Enigmas de la crónica policial* (Ediciones B, 2016), entre otros libros. Como editor, ha realizado compilaciones entre las que se destacan la *Obra periodística* de Francisco Urondo (por Adriana Hidalgo en 2013) y *jExtra! Antología de la crónica policial en la Argentina* (junto a Javier Sinay, Del Nuevo Extremo en 2017). También publicó libros de poesía, entrevistas y recopilaciones de artículos. Entre 1993 y 2014 trabajó en el diario La Capital de Rosario, donde editó el suplemento cultural Señales, y actualmente colabora en las revistas Acción, Ñ y La Agenda, el diario Perfil y el sitio Rosario Plus.



El gordo grandote parecía ser el que mandaba. Porque él se reía y todos se reían. Decía que el hombre acostado en el banco de cemento estaba ebrio y todos decían que estaba ebrio. “¿Usté lo conoce a éste?”, preguntaba, con la cara deformada por el asco. “Es mi marido”, decía ella, aturdida. Y los otros policías se codeaban, se hablaban al oído, se reían.

Ese lunes, como todos los días, su marido había salido a trabajar, con la bicicleta. Seis y diez, seis y cuarto, como todos los días, para llegar siete menos cuarto, siete menos diez, a la obra. En el canasto de la bicicleta llevaba el bolso con las herramientas, el grabador, la yerba y el azúcar, el calentadorcito. “Chau, Oscar”, lo saludó ella, dando una vuelta en la cama, entre sueños. Más tarde, como a las ocho, sería su turno de levantarse, para ir al dispensario, como todos los días. Pero esa vez la despertaron unos golpes en la puerta y el agente en la vereda. “En la comisaría hay un hombre ebrio –la voz del agente la despertaba y la sacudía de los hombros–, se cayó de la bicicleta: una bicicleta amarilla”. Entonces ella preguntó: “¿y una campera bordó?”. “Sí: una bicicleta amarilla, una campera bordó”: la voz del agente la golpeaba en pleno rostro. “¿Ebrio? Está equivocado, porque mi marido no toma”.

Pero no había ninguna equivocación. “Se ve que cuando usted no lo vió se le fue la copita”, le dijo el gordo grandote. Y los otros policías, mientras

se codeaban y se reían: “se le fue la copita”. En un banco, acurrucado, como con frío, yacía su marido. Ella lo quiso levantar, pero se le iba para todos lados. Lo llamó, lo urgió con un susurro –“Qué te duele, Oscar”– hasta que él vomitó una baba rojiza y le dijo, despacito: “la cabeza”. Y después: “la campera”. Ella lo tapó con la campera bordó y le secó la sangre de la cabeza. Pero la ambulancia, le advertía el gordo grandote, iba a tardar mucho. No iba a llegar nunca, más bien, porque él discaba un número cualquiera, cortaba y hablaba al vacío: “somos de la subcomisaría 19^a, necesitamos una ambulancia”. “¿Usté lo conoce a éste?”, le había preguntado antes, cuando ella llegó a la subcomisaría y vio la bicicleta tirada, el azúcar desparramado, el parlante hundido del grabador. “Bueno, se lo regalo: llévelo, déle un baño, así se le pasa la curda”.

Y le regalaba la bicicleta. Y le regalaba el calentadorcito, con el que su marido se preparaba el mate cocido, todos los mediodías. Y le regalaba el grabador, con el que escuchaba cuentos y chamarromás, junto a sus compañeros. Los otros policías también le regalaban a su marido. A ver si se le iba la copita. A ver si se le pasaba la curda. Pero cuando ella volvió, con el secretario del juez, ya se habían olvidado. Todo iba a quedar así, como queda siempre. “Yo me fui a las ocho”, decía uno. Otro recorría las hojas de un cuaderno: “en el libro de guardia no tenemos nada”. El gordo grandote pasó de largo sin mirarla, volvió para decir “su marido

vino caminando y salió caminando, ¿eh?” y se fue. ¿Acurrucado, en el banco de cemento, con sangre en la cabeza y los labios? El gordo grandote decía que lo había visto caminando, y todos decían que lo habían visto caminando.

“Oscar, ¿qué te duele? –rogaba ella– Oscar, ¿podés levantarte?”. Y él decía sí con la cabeza, pero se le iba para todas partes. El vecino del almacén no podía llevarlo en el auto: para qué meterse en problemas. Y la ambulancia iba a tardar mucho. Entonces llamó a un taxi, donde debió cargar a su marido. Estaba completamente sola. Los policías se codeaban y se reían: se lo regalaban para que le diera un baño. Apenas llegaron al hospital le tomaron el nombre y pusieron al lado la hora: nueve cuarenta y dos. “Si lo hubiese traído antes, señora...”, comenzó a decirle el médico, al salir de terapia. Un rato antes le habían permitido verlo. Le habían permitido un último ruego: “Oscar, ¿podés levantarte?”. En una de éas, pensaba ella... Y su última reacción fue para ese llamado: se incorporó, abrió grande los ojos –porque hacía fuerzas para abrir los ojos– y le hizo señas, como indicándole que el suero se estaba terminando o que le dolía la cabeza.

Tal vez de aturdida, ahora sonríe cuando recuerda a su marido. A él le gustaba escuchar cuentos y chamamés, en el grabador. Preparar mate cocido con el calentadorcito. Pasar por el dispensario y hacerle una broma con las compañeras de trabajo.

Pero la sonrisa se quiebra, ahogada por un sollozo, y ella se cubre los ojos con una mano. “Chau, Oscar”, le dijo, aquel lunes, antes de salir seis y diez seis y cuarto para la obra. Y todo va a quedar así. Como queda siempre. Aunque su marido no fuera malo ni borracho, como decía el gordo grandote, mientras discaba cualquier número en el teléfono. Porque ellos, en barrio Las Flores, son negritos. Y lo que dicen los negritos no vale nada.



ACTIVIDADES

Prof. M. Valeria Read



Profesora en Letras, graduada en la Facultad de Humanidades y Artes de Universidad Nacional de Rosario. Se desempeña como docente de nivel medio y de nivel superior en diversas instituciones de la ciudad de Rosario. Ha publicado artículos en revistas nacionales e internacionales. Actualmente está escribiendo su tesis de Doctorado.

101



Propuesta de lectura

Este relato nos ubica como espectadores de nuestra realidad cotidiana, lo que vemos todos los días, las injusticias y la recalcitrante violencia que afecta a los sectores más postergados de nuestra sociedad. El modo en el que está estructurado el relato, la palabra justa, la caracterización de los personajes hacen que el efecto de lo real logre tocar nuestra fibra más profunda, al tiempo que desenmascara la construcción del imaginario social. Podemos imaginar la yerbera y la radio de Oscar, podemos verlo en su bicicleta y podemos imaginarlo escuchando el chamamé mientras toma el mate cocido en la obra. Así se desarrolla la rutina de nuestro personaje que se ve alterada/coartada/interrumpida por el accionar policial que lo condena desde el prejuicio.

Propuesta de trabajo

Para realizar en el aula y en la casa.

Objetivos

Que los estudiantes, junto al docente, puedan llevar adelante una lectura reflexiva y exhaustiva del cuento.

Destinatarios

Alumnos de tercero, cuarto y quinto año de escuela secundaria y EEMPA.

Conocimientos indispensables

> Narrador y punto de vista > Características del cuento realista > Concepto de verosimilitud > Secuencias narrativas > Adjetivo > Grado de comparación > Marco narrativo > Argumentación

Tiempo estimado

Una clase de 80 minutos y una clase de 40 minutos para realizar la puesta en común de las consignas.

Consignas para trabajar el relato

Para trabajar y reflexionar sobre el cuento “Negritos”, de Osvaldo Aguirre, te propongo las siguientes consignas:

1. ¿Cuál es el marco narrativo de este relato?
2. ¿Qué efecto creés que produce el diminutivo del título?
3. ¿Cómo era la vida de Oscar, y cómo era la relación con su mujer? Ejemplifícá con citas textuales.
4. ¿Por qué crees que al policía se lo llama “el gordo grandote” y no se le da un nombre propio?
5. El cuento no presenta los hechos en un orden cronológico ¿cuál sería dicho orden?
6. ¿Por qué creés que Oscar, el protagonista, recibe un destrozo por parte de los policías?

7. ¿Cuál es la actitud de los policías cuando la mujer regresa con el secretario del juez?

8. Sobre el final del cuento el narrador sostiene:

“Porque ellos, en el barrio Las Flores son negritos y lo que dicen los negritos no vale nada”

¿Cuáles son las actitudes a lo largo del cuento que nos permiten ver que la voz de los “negritos” no vale nada?

9. Atendiendo al concepto de verosimilitud, ¿por qué podemos afirmar que este cuento se inscribe dentro del realismo?

10. Producción:

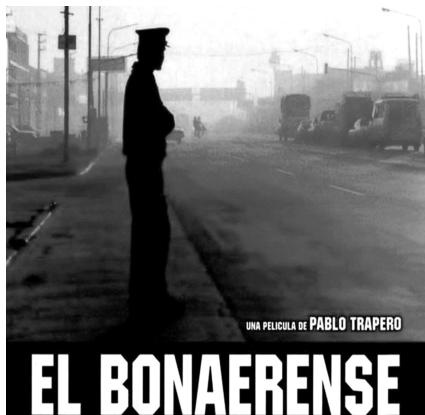


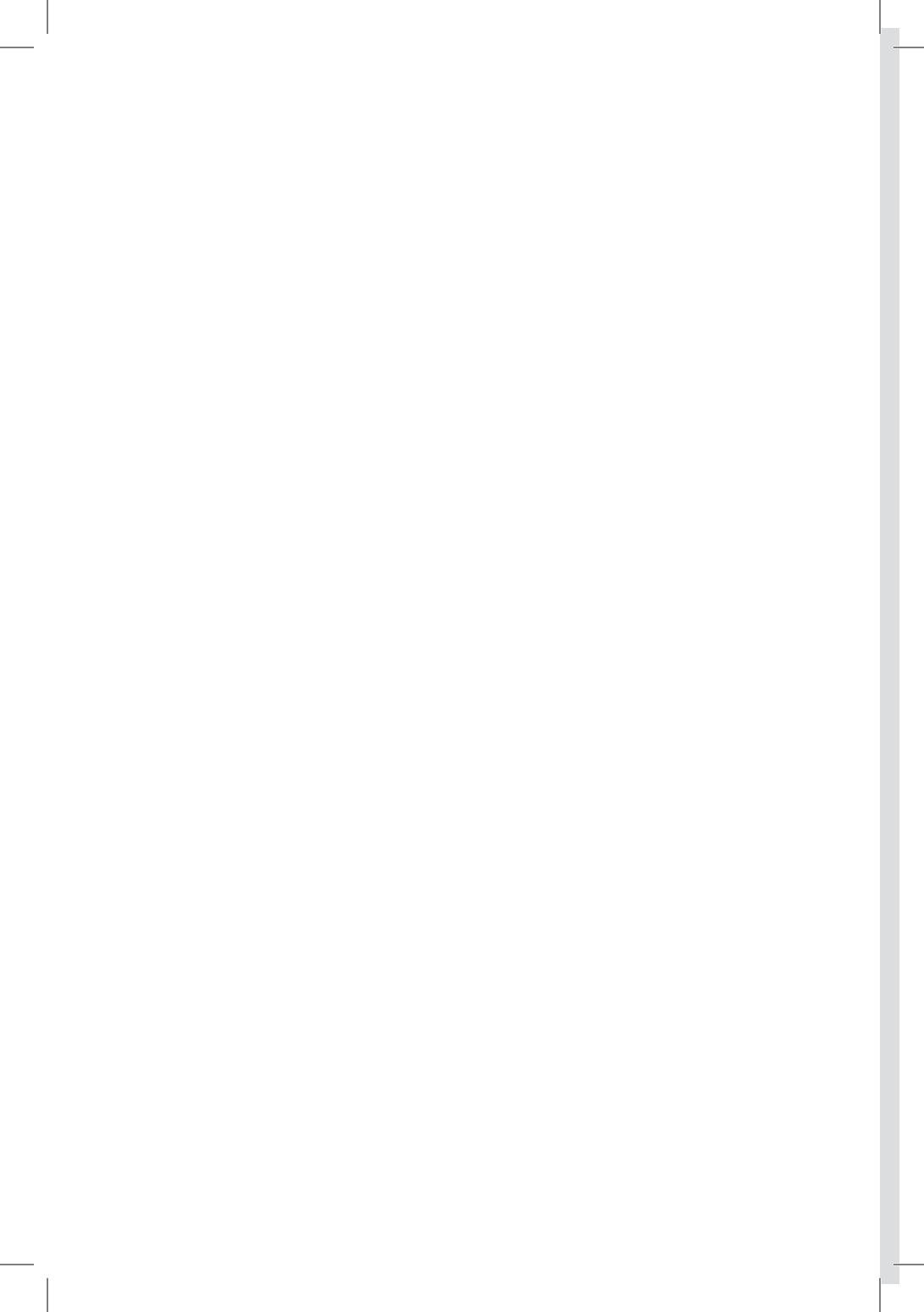
Elaborar un texto argumentativo de 15 líneas en el cual expreses tu opinión sobre el accionar policial que se pone de manifiesto en el relato. No olvides incluir un título.

11. Para trabajar en casa y debatir en el aula:

Mirar la película “El Bonaerense” (2002) dirigida por Pablo Trapero. ¿Cómo se describe, en la película, el accionar policial? ¿Es similar o diferente al que encontramos en el cuento leído? ¿Por qué?

103





LA CÁMARA OSCURA

(de *Mala noche y parir hembra*, EMECE,
Buenos Aires, 2009)

Angélica Gorodischer

Es una escritora rosarina con una obra de reconocimiento internacional. Es una contadora de historias: con 33 libros de ficción publicados, sus novelas y cuentos, abordan distintos géneros literarios, desde la ciencia ficción, lo fantástico, el policial hasta el gótico. Disuelve las fronteras entre estos géneros practicando la mezcla y la impregnación de los mismos. Ha sido traducida al alemán, inglés, francés, italiano, checo, ruso y sueco. Sus cuentos integran antologías en el país y el extranjero. Ha dictado más de trescientas conferencias en Argentina, EEUU, México, Colombia, Chile, Perú y Europa. Ha recibido numerosos premios, entre los que se destacan: Poblet en 1984-85, Gigamesh (España) 1994, Konex en 1996 y 2014.



El libro está precedido por el siguiente epígrafe:

En el siglo pasado, en España, cuando la reina Isabel II estaba para dar a luz a su primer hijo, se reunieron en palacio ministros, grandes de España, y todas las personalidades que el protocolo exigía estuvieran allí para cuando el neófito les fuera presentado. Entre tales personajes estaba el general Castaños, el vencedor de la famosa batalla de Bailén contra los franceses. Como hubiera de pasar toda la noche en vela, pues el nacimiento se retrasaba, el general no estaba de muy buen humor. Pero he aquí que al final se abrió la puerta y se conoció la noticia: el primogénito era una niña, la futura princesa Isabel. Castaños, sin disimular su descontento, exclamó despectivamente: –¡Mala noche y parir hembra!

Victoria Sau

Manifiesto para la Liberación de la Mujer,
Barcelona, Brughera, 1973, pag. 44.

Ahora resulta que mi abuela Gertrudis es un personaje y que en esta casa no se puede hablar mal de ella. Así que como yo siempre hablé mal de ella y toda mi familia también, lo que he tenido que hacer es callarme y no decir nada, ni nombrarla siquiera. Hágame el favor, quién entiende a las mujeres. Y eso que yo no me puedo quejar: mi Jaia es de lo mejorcito que hay. Al lado de ella yo soy bien poca cosa; no hay más que verla, como que en la colectividad todo el mundo la empezó a mirar con ganas en cuanto cumplió los quince, tan rubia y con esos ojos y esos modos y la manera que tiene de levantar la cabeza, que no hubo shotjen que no pensara en casarla bien, pero muy bien, por lo menos con uno de los hijos del viejo Saposnik el de los repuestos para automotores, y para los dieciséis ya la tenían loca a mi suegra con ofrecimientos y que esto y que lo otro y que tenía que apuntar bien alto. Y esa misma Jaia, que se casó conmigo y no con uno de esos ricachones aunque a mí, francamente, tan mal no me va, ella, que a los treinta es más linda que a los quince y que ni se nota que ya tiene dos hijos grandes, Duvedl y Batía, tan parecidos a ella pero que eso sí, sacaron mis ojos negros, esa misma Jaia que siempre es tan dulce y suave, se puso hecha una fiera cuando yo dije que la foto de mi abuela Gertrudis no tenía por qué estar encima del estante de la chimenea en un marco dorado con adornos que le debe haber costado sus buenos pesos, que no me diga que no. Y esa foto, justamente ésa.

-Que no se vuelva a hablar del asunto -me dijo Jaia cuando yo le dije que la sacara-, ni se te ocurre. Yo puse la foto ahí y ahí se queda.

-Bueno, está bien -dijo yo-, pero por lo menos no esa foto.

-Y qué otra vamos a ver, ¿eh? -dijo ella-. Si fue la única que se sacó en su vida.

-Menos mal -dijo yo-, ¡zi is gevein tzi miss! Ni acordarme quiero de lo que dijo ella.

Pero es cierto que era fea mi abuela Gertrudis, fea con ganas, chiquita, flaca, negra, chueca, bizca, con unos anteojos redondos de armazón de metal ennegrecido que tenían una patilla rota y arreglada con unas vueltas de piolín y un nudo, siempre vestida de negro desde el pañuelo en la cabeza hasta las zapatillas. En cambio mi abuelo León, tan buen mozo, tan grandote, con esos bigotazos de rey y vestido como un señor que parece que llena toda la foto y los ojos que le brillan como dos faroles. Apenas si se la ve a mi abuela al lado de él, eso es una ventaja. Para colmo estaban alrededor todos los hijos que también eran grandotes y buenos mozos, los seis varones y las dos mujeres: mis tíos Aarón, Jaime, Abraham, Salo e Isidoro; y Samuel, mi padre, que era el más chico de los varones. Y mis tíos Sara y Raquel están sentadas en el suelo cerca de mi abuelo. Y atrás se ven los árboles y un pedazo de la casa.

Es una foto bien grande, en cartulina gruesa, medio de color marrón como eran entonces, así

que bien caro le debe haber salido el marco dorado con adornos y no es que yo me fije en esas cosas: Jaia sabe que puede darse sus gustos y que yo nunca le he hecho faltar nada ni a ella ni a mis hijos, y que mientras yo pueda van a tener de todo y no van a ser menos que otros, faltaba más.

Por eso me duele esto de la foto sobre el estante de mármol de la chimenea pero claro que mucho no puedo protestar porque la culpa es mía y nada más que mía por andar hablando demasiado. Y por qué no va a poder un hombre contarle a su mujer cosas de su familia, vamos a ver; casi diría que ella tiene derecho a saber todo lo que uno sabe. Y sin embargo cuando le conté a Jaia lo que había hecho mi abuela Gertrudis, medio en broma medio en serio, quiero decir que un poco divertido como para quitarle importancia a la tragedia y un poco indignado como para demostrar que yo sé que lo que es justo es justo y que no he sacado las malas inclinaciones de mi abuela, cuando se lo conté una noche de verano en la que volvíamos de un cine con refrigeración y habíamos comprado helados y los estábamos comiendo en la cocina los dos solos porque los chicos dormían, ella dejó de comer y cuando terminé golpeó con la cuchara en la mesa y me dijo que no lo podía creer.

-Pero es cierto -dijo yo-, claro que es cierto. Pasó así nomás como te lo conté.

-Ya sé -dijo Jaia y se levantó y se paró a mi lado con los brazos cruzados y mirándome enojada-, ya

sé que pasó así, no lo vas a haber inventado vos. Lo que no puedo creer es que seas tan desalmado como para reírte de ella y decir que fue una mala mujer.

-Pero Jaia -alcancé a decir.

-Qué pero Jaia ni qué nada -me gritó-. Menos mal que no me enteré de eso antes de que nos casáramos. Menos mal para vos, porque para mí es una desgracia venir a enterarme a esta altura de mi vida de que estoy casada con un bruto sin sentimientos. Yo no entendía nada y ella se fue dando un portazo y me dejó solo en la cocina, solo y pensando en quéería lo que había dicho yo que la había puesto tan furiosa. Fui hasta la puerta pero cambié de idea y me volví. Hace diez años que estámos casados y la conozco muy bien aunque pocas veces la había visto tan enojada. Mejor dejar que se tranquilizara. Me comí lo que quedaba de mi helado, guardé en el congelador los que habíamos traído para los chicos, le pasé el repasador a la mesa y dejé los platos en la piletta. Me fijé que la puerta y la ventana que dan al patio estuvieran bien cerradas, apagué la luz y me fui a acostar. Jaia dormía o se hacía la que dormía. Me acosté y miré el techo que se veía gris con la luz que entraba por la ventana abierta. La toqué apenas: -Jaia -le dije-, mein taier médiale -como cuando éramos novios.

Nada. Ni se movió ni me contestó ni respiró más fuerte ni nada. Está bien, pensé, si no quiere no quiere, ya se le va a pasar. Puse la mano en su

lugar y cerré los ojos. Estaba medio dormido cuando voy y miro el techo gris otra vez porque me había parecido que la oía llorar. Pero debo haberme equivocado, no era para tanto. Me dormí de veras y a la mañana siguiente era como si no hubiera pasado nada.

Pero ese día cuando vuelvo del negocio casi de noche, cansado y con hambre, qué veo. Eso, el retrato de mi abuela Gertrudis en su marco dorado con adornos encima de la chimenea.

-¿De dónde sacaste eso? -le dije señalándoselo con el dedo.

-Estaba en la parte de arriba del placard del pasillo -me dijo ella con una gran sonrisa-, con todas las fotos de cuando eras chico que me regaló tu madre.

-Ah, no -dije yo y alargué las manos como para sacarlo de ahí.

-Te advierto una cosa, Isaac Rosenberg -me dijo muy despacio y yo me di cuenta de que iba en serio porque ella siempre me dice Chaqui como me dicen todos y cuando me dice Isaac es que no está muy contenta y nunca me ha dicho con el apellido antes salvo una vez-, te advierto que si sacas esa foto de ahí yo me voy de casa y me llevo a los chicos. Lo decía de veras, yo la conozco. Sé que lo decía de veras porque aquella otra vez que me había llamado por mi nombre y mi apellido también me había amenazado con irse, hacía mucho de eso y no teníamos los chicos y para decir la verdad las

cosas no habían sido como ella creyó que habían sido pero mejor no hablar de ese asunto. Yo bajé las manos y las metí en los bolsillos y pensé que era un capricho y que bueno, que hiciera lo que quisiera, que yo ya iba a tratar de convencerla de a poco. Pero no la convencí; no la convencí nunca y la foto sigue ahí. A Jaia se le pasó el enojo y dijo bueno vamos a comer que hice kuguel de arroz.

Lo hace con la receta de mi suegra y ella sabe que me gusta como para comerme tres platos y yo sé que ella sabe y ella sabe que yo sé que ella sabe, por algo lo había hecho ese día. Me comí nomás tres platos pero no podía dejar de pensar en por qué Jaia se había puesto así, por qué quería tener la foto encima de la chimenea y qué tenía mi abuela Gertrudis para que se armara en mi casa tanto lío por ella.

Nada, no tenía nada, ni nombre tenía, un buen y honesto nombre judío, Sure o Surke, como las abuelas de los demás, no señor: Gertrudis. Es que no hizo nunca nada bien ni a tiempo, ni siquiera nacer, como que mis bisabuelos venían en barco con tres hijos y mi bisabuela embarazada. De Rusia venían, pero habían salido de Alemania para Buenos Aires en el «Madrid» y cuando el barco atracó, en ese mismo momento a mi bisabuela le empezaron los dolores del parto y ya creían que mi abuela iba a nacer en cubierta entre los baúles y los canastos y los paquetes y la gente que iba y venía, aunque todavía no sabían que lo que (venía) iba a nacer era una chica. Pero mi bisabuelo y los

hijos tuvieron que ir a tierra porque ya iban pasando casi todos, y mi bisabuela quedó allá arriba retorciéndose y viendo a su familia ya en tierra argentina y entonces pensó que lo mejor era que ella también bajara y su hijo fuera argentino. Despaciato, de a poco, agarrándose de la baranda y con un marinero que la ayudaba, fue bajando.

Y en medio de la planchada ¿qué pasa? Sí, justamente en medio de la planchada nació mi abuela. Mi bisabuela se dejó caer sobre los maderos y allí mismo, con la ayuda del marinero alemán que gritaba algo que nadie entendía salvo los otros marineros alemanes, y de una mujer que subió corriendo, llegó al mundo el último hijo de mi bisabuela, mi abuela Gertrudis.

De entrada nomás ya hubo lío con ella. Mi abuela ¿era argentina o era alemana? Yo creo que ni a la Argentina ni a Alemania les importaba un pito la nacionalidad de mi abuela, pero los empleados de inmigración estaban llenos de reglamentos que no decían nada sobre un caso parecido y no sabían qué hacer. Aparte de que parece que mi bisabuela se las traía y a pesar de estar recién parida empezó a los alardos que su hija era argentina como si alguien entendiera lo que gritaba y como si con eso le estuviera haciendo un regalo al país al que acababa de llegar, y qué regalo.

Al final fue argentina, no sé quién lo resolvió ni cómo, probablemente algún empleado que estaba apurado por irse a almorzar, y la anotaron en el

puerto como argentina llegada de Alemania aunque no había salido nunca de acá para allá, y otro lío hubo cuando le preguntaron a mi bisabuelo el nombre. Habían pensado en llamarlo Ichiel si era varón, pero con los apurones del viaje no se les había ocurrido que podía ser una chica y que una chica también necesita un nombre. Mi bisabuelo miró a su mujer que parece que era lo que hacía siempre que había que tomar una decisión, pero a ella se le habían terminado las energías con los dolores, los pujos, la bajada por la planchada y los alaridos sobre la nacionalidad de su hija que a todo esto berreaba sobre un mostrador envuelta en un saco del padre.

-Póngale Gertrudis, señor, es un lindo nombre -dijo el empleado de inmigración.

-¿Cómo? -dijo mi bisabuelo, claro que en ruso.

-Mi novia se llama Gertrudis -dijo el tipo.

Mi bisabuelo supo recién después, al salir del puerto con la familia, el equipaje y la recién nacida, lo que el empleado había dicho, porque se lo tradujo Naum Waisman que había ido a buscarlos con los dos hijos y el carro, pero para entonces mi abuela ya se llamaba Gertrudis.

-Sí, sí -dijo mi bisabuelo medio aturdido.

-Gertrudis, ¿entiende? Es un lindo nombre -dijo el empleado.

-Gertrudis -dijo mi bisabuelo como pudo y pronunciando mal las erres y así le quedó porque así la anotaron en el puerto.

De los otros líos, los que vinieron después con el registro civil y la partida de nacimiento, más vale no hablar. Eso sí, por un tiempo todo estuvo tranquilo y no pasó nada más. Es decir, sí pasó, pero mi abuela no tuvo nada que ver.

Pasó que estuvieron un mes en lo de Naum hasta aclimatarse, y que después se fueron al campo. Allí mi bisabuelo trabajó como tantero pero en pocos años se compró la chacra y la hizo progresar, al principio trabajando de sol a sol toda la familia y después ya más aliviado y con peones; y todo anduvo bien, tan bien que compró unas cuantas hectáreas más hasta que llegó a tener una buena propiedad.

Para entonces mi abuela Gertrudis tenía quince años y ya era horrible. Bizca había sido desde que nació en la planchada del barco alemán, pero ahora era esmirriada y chueca y parecía muda, tan poco era lo que hablaba. Mi bisabuelo tenía un montón de amigos en los campos vecinos y en el pueblo adónde iban todos los viernes a la mañana a quedarse hasta el sábado a la noche en lo de un primo hermano de mi bisabuelo. Pero ni él ni su mujer tenían muchas esperanzas de casar a esa hija fea y antipática. Hasta que apareció mi abuelo León como una bendición del cielo.

Mi abuelo León no había nacido en la planchada de un barco, ni alemán ni de ninguna otra nacionalidad. Había nacido como se debe, en su casa o mejor dicho en la de sus padres, y desde ese momento

hizo siempre lo que debía y cuando debía, por eso todo el mundo lo quería y lo respetaba y nadie se rió de él y nadie pensó que era una desgracia para la familia.

Era viudo y sin hijos cuando apareció por lo de mis bisabuelos, viudo de Ruth Bucman que había muerto hacía un año. Parece que a mi bisabuela ya le habían avisado de qué se trataba porque lavó y peinó y perfumó a su hija y le recomendó que no hablara aunque eso no hacía falta, y que mirara siempre al suelo para que no se le notara la bizquera que eso era útil pero tampoco hacía falta, y para que de paso se viera que era una niña inocente y tímida.

Y así fue como mi abuelo León se casó con mi abuela Gertrudis, no a pesar de que fuera tan fea sino precisamente porque era tan fea. Dicen que Ruth Bucman era la muchacha más linda de toda la colectividad, de toda la provincia, de todo el país y de toda América. Dicen que era pelirroja y tenía unos ojos verdes almendrados y una boca como el pecado y la piel muy blanca y las manos largas y finas; y dicen que ella y mi abuelo León hacían una pareja como para darse vuelta en la calle y quedarse mirándolos.

También dicen que ella tenía un genio endemoniado y que les hizo la vida imposible a su padre, a su madre, a sus hermanos, a sus cuñadas, a sus sobrinos, a sus vecinos y a todo el pueblo. Y a mi abuelo León mientras estuvo casada con él.

Para colmo no tuvo hijos: ni uno solo fue capaz de darle a su marido, a lo mejor nada más que para hacerlo quedar mal, porque hasta ahí parece que llegaba el veneno de esa mujer. Cuando murió, mi abuelo largó un suspiro de alivio, durmió dos días seguidos, y cuando despertó se dedicó a descansar, a ponerse brillantina en el bigote y a irse a caballo todos los días al pueblo a visitar a los amigos que Ruth había ido alejando de la casa a fuerza de gritos y de malos modos.

Pero eso no podía seguir así por mucho tiempo: mi abuelo León era todo un hombre y no estaba hecho para estar solo toda la vida, aparte de que la casa se estaba viniendo abajo y necesitaba la mano de una mujer y el campo se veía casi abandonado y algunos habían empezado a echarle el ojo calculando que mi abuelo lo iba a vender casi por nada. Fue por eso que un año después del velorio de su mujer mi abuelo decidió casarse y acordándose del infierno por el que había pasado con Ruth, decidió casarse con la más fea que encontrara. Y se casó con mi abuela Gertrudis.

La fiesta duró tres días y tres noches en la chacra de mi bisabuelo. Los músicos se turnaban en el galpón grande y las mujeres no daban abasto en la cocina de la casa, en la de los peones y en dos o tres fogones y hornos que se habían improvisado al aire libre. Mis bisabuelos tiraron la casa por la ventana con gusto. Hay que ver que no era para menos, si habían conseguido sacarse de encima semejante

clavo y casarla con el mejor candidato en cien leguas a la redonda.

Mi abuela no estuvo los tres días y las tres noches en la fiesta. Al día siguiente nomás de la ceremonia ya empezó a trabajar para poner en orden la casa de su marido y a los nueve meses nació mi tío Aarón y un año después nació mi tío Jaime y once meses después nació mi tío Abraham y así. Pero ella no paró nunca de trabajar. Hay que ver las cosas que contaba mi tía Raquel de cómo se levantaba antes de que amaneciera y preparaba la comida para todo el día, limpiaba la casa y salía a trabajar en el campo; y de cómo cosía de noche mientras todos dormían y les hacía las camisas y las bombachas y hasta la ropa interior a los hijos y al marido y los vestidos a las hijas y las sábanas y los manteles y toda la ropa de la casa; y de los dulces y las confituras que preparaba para el invierno, y de cómo sabía manejar a los animales, enfardar, embolsar y ayudar a cargar los carros. Y todo eso sin hablar una palabra, siempre callada, siempre mirando al suelo para que no se le notara la bizquera.

Hay que reconocer que le alivió el trabajo a mi abuelo León, chiquita y flaca como era, porque tenía el aguante de dos hombres juntos. A la tarde mi abuelo ya no tenía nada más que hacer: se emperifollaba y se iba para el pueblo en su mejor caballo, con los arneses de lujo con los que mi abuela ya se lo tenía ensillado, y como a ella no le gustaba andar entre la gente, se quedaba en la chacra y seguía dale

que dale. Y así pasó el tiempo y nacieron los ocho hijos y dicen mis tíos que ni con los partos mi abuela se quedó en cama o dejó de trabajar un solo día.

Por eso fue más terrible todavía lo que pasó. Ciento que mi abuelo León no era ningún santo y que le gustaban las mujeres y que él les gustaba a ellas, y cierto que alguna vecina malintencionada le fue con chismes a mi abuela y que ella no dijo nada ni hizo ningún escándalo ni lloró ni gritó, cierto. Y eso que mi abuelo se acordó de repente de Ruth Bucman y anduvo unos días con el rabo entre las piernas no fuera que a mi abuela le fuera a dar por el mismo lado. No digo que haya estado bien, pero esas son cosas que una mujer sabe que tiene que perdonarle a un hombre, y francamente no había derecho a hacerle eso a mi abuelo, ella que habría tenido que estarle más que agradecida porque mi abuelo se había casado con ella. Y más cruel fue todo si se piensa en la ironía del destino, porque mi abuelo les quiso dar una sorpresa y hacerles un regalo a todos sus hijos y a sus hijas. Y a mi abuela Gertrudis (supongo) que también, claro.

Un día, mientras estaban los ocho hijos y mi abuelo León comiendo y mi abuela iba y venía con las cacerolas y las fuentes, mi abuelo contó que había llegado al pueblo un fotógrafo ambulante y todos preguntaron cómo era y cómo hacía y qué tal sacaba y a quienes les había hecho fotografías. Y mis tíos le pidieron a mi abuelo que las llevara al pueblo a sacarse una foto cada una.

Entonces mi abuelo se rio y dijo que no, que él ya había hablado con el fotógrafo y que al día siguiente iba a ir con sus máquinas y sus aparatos a la chacra a sacarlos a todos. Mis tíos se rieron y dieron palmadas y lo besaron a mi abuelo y se pusieron a charlar entre ellas a ver qué vestidos se iban a poner; y mis tíos decían que eso era cosas de mujeres y lujos de la ciudad pero se alisaban las bombachas y se miraban de costado en el vidrio de la ventana.

Y el fotógrafo fue al campo y les sacó a todos esa foto marrón en cartulina dura que está ahora encima de la chimenea de mi casa en un marco dorado con adornos y que Jaia no me deja sacar de ahí.

120

Era rubio el fotógrafo, rubio, flaco, no muy joven, de pelo enrulado y rengueaba bastante de la pierna izquierda. Los sentó a todos fuera de la casa, con sus mejores trajes, peinados y lustrados que daba gusto verlos. A todos menos a mi abuela Gertrudis que estaba como siempre de negro y que ni se había preocupado por ponerse un vestido decente. Ella no quería salir en la foto y dijo que no tantas veces que mi abuelo León estaba casi convencido y no insistió más. Pero entonces el fotógrafo se acercó a mi abuela y le dijo que si alguien tenía que salir en la foto era ella; y ella le dijo algo que no sé si me contaron qué fue y me olvidé o si nadie oyó y no me contaron nada, y él contestó que él sabía muy bien lo que era no querer salir en ninguna foto o algo así. He oído muchas veces el cuen-

to pero no me acuerdo de las palabras justas. La cosa es que mi abuela se puso al lado de mi abuelo León entre sus hijos, y así estuvieron todos en pose largo rato y sonrieron y el fotógrafo rubio, flaco y rengo les sacó la foto.

Mi abuelo León le dijo al fotógrafo que se quedaría esa noche allí para revelarla y para que al día siguiente les sacara otras. Así que esa noche mi abuela le dio de comer a él también. Y él contó de su oficio y de los pueblos por los que había andado, de cómo era la gente y cómo lo recibían y de algunas cosas raras que había visto o que le habían pasado. Y mi tío Aarón siempre dice que la miraba como si no le hablara más que a ella pero vaya a saber si eso es cierto porque no va a haber sido él el único que se dio cuenta de algo.

Lo que sí es cierto es que mi abuela se sentó a la mesa con la familia y eso era algo que nunca hacía porque tenía que tener siempre todo listo en la cocina mientras los demás comían, para ir sirviéndolo a tiempo. Después que terminaron de comer el fotógrafo salió a fumar afuera porque en esa casa nadie fumaba, y mi abuela le llevó un vasito de licor y me parece, aunque nadie me lo dijo, que algo deben haber hablado allí los dos.

Al otro día el fotógrafo estuvo sacando fotos toda la mañana: primero mi abuelo León solo, después con los hijos, después con las hijas, después con todos los hijos y las hijas juntos, después mis tíos solos con sus vestidos bien planchados y el pelo

enrulado. Pero mi abuela Gertrudis no apareció, ocupada en el tambo y en la casa como siempre. Pero qué cosa, yo que no la conocí, yo que no había nacido como que mi padre era un muchachito que no se había encontrado con mi madre todavía, yo me la imagino ese día escondida, espiándolo desde atrás de algún postigo entornado mientras la comida se le quemaba sobre el fuego. Imaginaciones mías nomás porque según dicen mis tíos nunca se le quemó una comida ni descuidó nada de lo de la casa ni de lo del campo.

El fotógrafo reveló las fotos y almorzó en la casa y a la tarde las pegó en los cartones con una guarda grabada y la fecha y mi abuelo León le pagó. Cuando terminaron de comer, ya de noche, él se despidió y salió de la casa. Ya tenía cargado todo en el break destartalado en el que había aparecido por el pueblo, y desde la oscuridad allá afuera les volvió a gritar adiós a todos. Mi abuelo León estaba contento porque les había sacado unas fotos muy buenas pero no era como para acompañarlo más allá de la puerta porque ya le había pagado por su trabajo más que nadie en el pueblo y en las chacras. Se metieron todos adentro y se oyó el caballo yéndose y después nada más.

Cuando alguien preguntó por mi abuela Gertrudis que hasta hoy mis tíos discuten porque cada uno dice que fue él el que preguntó, mi abuelo León dijo que seguramente andaría por ahí afuera haciendo algo, y al rato se fueron todos a acostar.

Pero a la mañana siguiente cuando se levantaron encontraron todavía las lámparas prendidas sobre las mesas y los postigos sin asegurar y la puerta sin llave ni tranca. No había fuego ni comida hecha ni desayuno listo ni vacas ordeñadas ni agua para tomar ni para lavarse ni pan cocinándose en el horno ni nada de nada. Mi abuela Gertrudis se había ido con el fotógrafo.

Y ahora digo yo, ¿tengo o no tengo razón cuando digo que esa foto no tiene por qué estar sobre la chimenea de mi casa? ¿Y cuando los chicos pregunten algo?, le dije un día a Jaia. Ya vamos a ver, dijo ella. Preguntaron, claro que preguntaron, y delante de mí. Por suerte Jaia tuvo la sensatez de no explicar nada: -Es la familia de papá -dijo-, hace muchos años, cuando vivían sus abuelos. ¿Ven? El zeide, la bobe, tío Aarón, tío Isidoro, tío Salo.

Y así los fue nombrando y señalando uno por uno sin hacer comentarios.

Los chicos se acostumbraron a la foto y ya no preguntaron nada más.

Hasta yo me fui acostumbrando. No es que esté de acuerdo, no, eso no, pero quiero decir que ya no la veo, que no me llama la atención, salvo que ande buscando algo por ahí y tenga que mover el marco dorado con adornos. Una de esas veces le pregunté a Jaia que estaba cerca revolviendo los estantes del bahut: -¿Me vas a explicar algún día qué fue lo que te dio por poner esta foto acá? Ella se dio vuelta y me miró: -No -me dijo.

No me esperaba eso. Me esperaba una risita y que me dijera que sí, que alguna vez me lo iba a contar o que me lo contara ahí mismo.

-¿Cómo que no? -No -me dijo de nuevo sin reírse-, si necesitas que te lo explique quiere decir que no mereces que te lo explique.

Y así quedó. Encontramos lo que andábamos buscando, o no, no me acuerdo, y nunca volvimos a hablar Jaia y yo de la foto de mi abuela Gertrudis sobre la chimenea en su marco dorado con adornos. Pero yo sigo pensando que es una ofensa para una familia como la mía tener en un lugar tan visible la foto de ella que parecía tan buena mujer, tan trabajadora, tan de su casa y que un día se fue con otro hombre abandonando a su marido y a sus hijos de pura maldad nomás, sin ningún motivo.



ACTIVIDADES

Prof. Graciela Aletta de Sylvas



Profesora en Letras y Coordinadora del Espacio de la Memoria en la Facultad de Humanidades y Artes, UNR. Doctora en Filología Hispanoamericana (Universidad de Valencia, España). Experiencia en docencia en el campo de Análisis del Discurso, Integración Cultural (Escuela de Música) y en el Campus virtual de la UNR. Tiene numerosas publicaciones en Argentina, Latinoamérica, EEUU y Europa. Ha investigado y publicado trabajos con enfoque de género y escritura de mujeres. Invitada por la Universidad de Toulouse a participar de un Seminario sobre la obra de Gorodischer. El libro *La aventura de escribir. La narrativa de Angélica Gorodischer* fue publicado por editorial Corregidor en el año 2009.

125



Propuesta de lectura

Este cuento de Gorodischer se sitúa a fines del siglo XIX, época en la que la Argentina recibió muchos inmigrantes con el objetivo de poblar el país. Una familia judía llega a Buenos Aires desde Rusia y se instala en el interior del país, en una zona rural. Después de muchos años, una pareja judía, descendiente de aquellos inmigrantes, tiene un conflicto a causa de la historia de la abuela del marido. Jaia, la esposa, valoriza la memoria de su antecesora y coloca su fotografía en un lugar central de la casa. Él no entiende las motivaciones de su mujer pero debe aceptarlas ante el enojo de ella. El marido está totalmente consustanciado con la tradición patriarcal asumida por su familia, adscripta a principios

machistas y considera una ofensa la presencia del retrato de la abuela Gertrudis, una mujer estigmatizada por toda su familia. Jaia revaloriza la actitud de la abuela Gertrudis quien tiene la valentía de liberarse de la situación de subordinación y explotación a la que estaba sometida para emprender una nueva vida.

Propuesta de trabajo

En el aula:

Comprendión lectora y debate sobre el cuento sobre tres ejes:

1. Explicar el significado del título del cuento.
2. Esclarecer el lugar de la opinión común sobre la mujer en el siglo XIX.
3. Identificar la mirada del narrador masculino del siglo XX en el cuento.

Explicitación del contexto histórico y social. Desarrollo de conocimientos sobre la política inmigratoria del gobierno argentino, sus motivaciones y consecuencias.

En la casa:

Investigar sobre la posición de la mujer a fines del siglo XIX y compararla con la de la actualidad

Destinatarios

Alumnos de quinto año de escuela secundaria y del EEMPA

Objetivos

> Comprender la realidad de la inmigración en nuestro país a fines del siglo XIX > Tomar conciencia de la posición de la mujer en la sociedad > Entender en qué consiste la violencia de género, ya sea simbólica o concretada físicamente > Apreciar los recursos del relato > Subrayar el rol de la literatura en abordar problemas sociales

Conocimientos indispensables

- > Narrador/narradores > Técnica de narración enmarcada
- > Tiempos y espacios en los que transcurre el relato
- > Manejo de los contextos del cuento: fines del siglo XIX y la actualidad > Conocimiento sobre la situación de la Mujer en el siglo XIX y comparación con la actualidad
- > Perspectiva de género

Consignas para abordar el relato

A/ Interpretar el epígrafe del libro en relación al cuento así como su intencionalidad. Dialogar sobre las distintas interpretaciones.

B/ Relacionar el cuento con la película, “La cámara oscura” dirigida por María Victoria Menis y Alejandro Fernández Murray (2008). <https://youtu.be/eUlp7aUht9w>

Redactar una breve opinión sobre la película y destacar uno o varios aspectos de la misma que hayan atraído tu interés y explicar por qué. A saber:

127

1. El paisaje y los aspectos visuales: la ambientación
2. Las costumbres
3. La personalidad de los protagonistas
4. Adaptación del cuento original realizada por la Directora
5. Cómo está relatada la historia y el giro o viraje de la misma



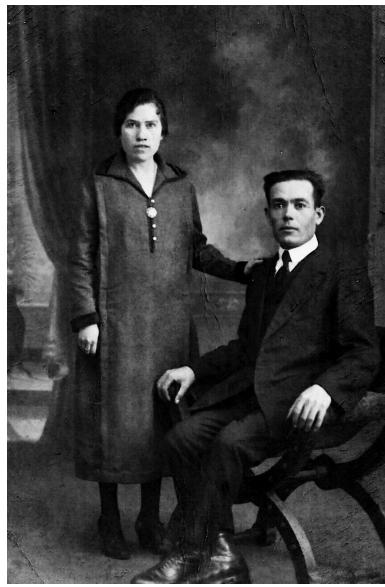
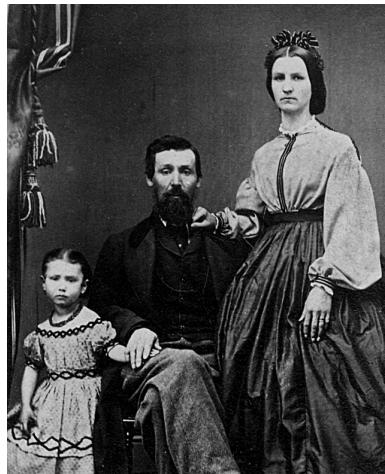
C/ Seleccionar y comentar una noticia aparecida en un periódico en la que se refiera una violación a los derechos de la mujer, ya sea concretada físicamente en una agresión o en un femicidio o por medio de las palabras.

D/ Explicitar en qué consiste “Ni una menos” y cómo se ha expresado y se manifiesta la sociedad con respecto a este tema.

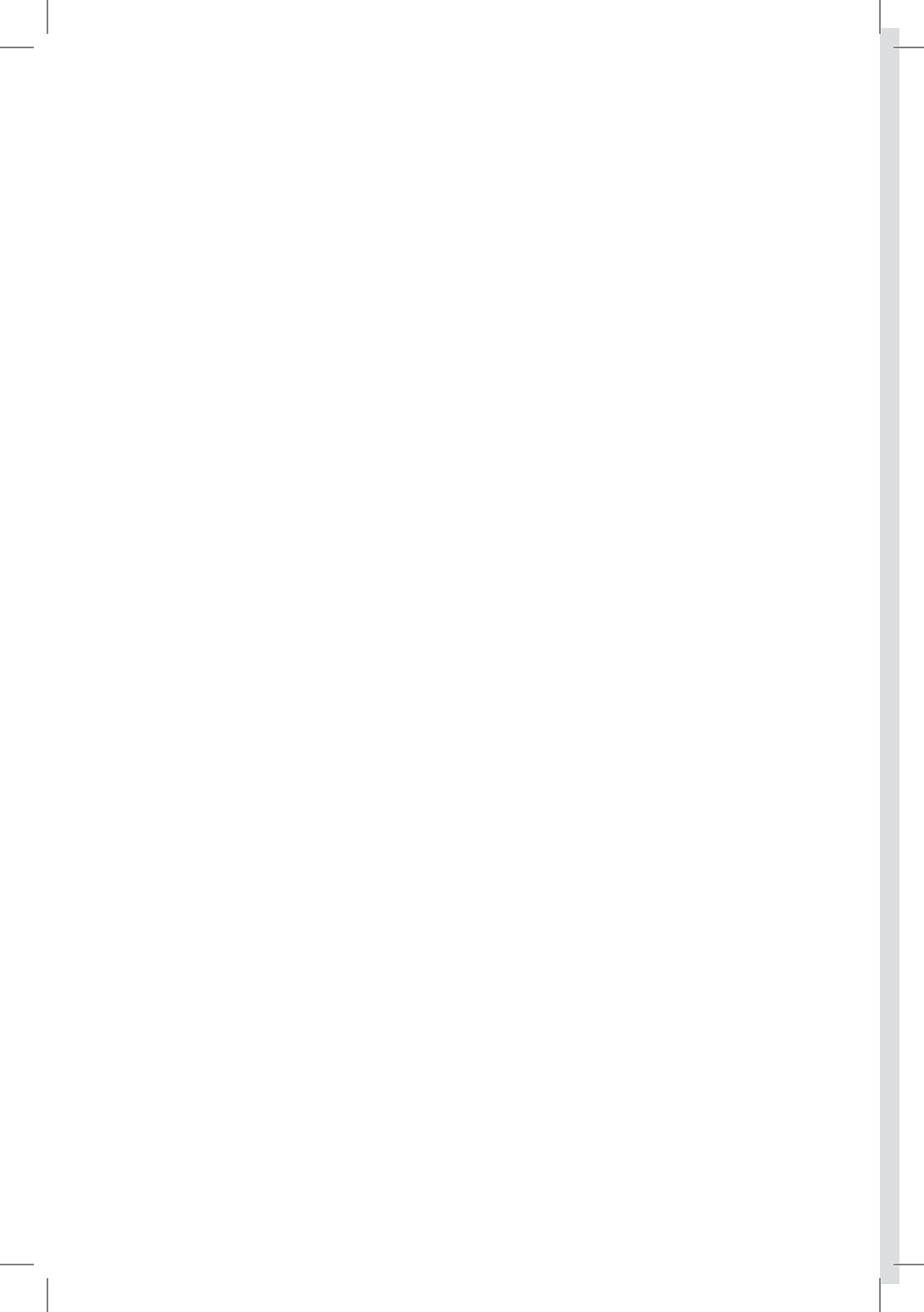
E/ Construir a partir de “Ni una menos” y en relación a la película, un afiche o cartel que conjugue la palabra con la imagen.

F/ Elegir una de estas fotos antiguas e interpretar en unas breves líneas la disposición de los retratados de acuerdo a su ubicación para la foto.





129



ARAÑAS

(de *Sirena entre los dedos*, Río ancho ediciones,
Rosario, 2013)

Vanesa Gómez

Nació en Rosario en 1986, ciudad donde vive. Es profesora de Filosofía. En el año 2011 recibió el primer premio en el concurso de poesía "Adolfo Bioy Casares", con su obra titulada *Saudade*. El libro se publicó en 2012 con el seudónimo Van Cez. En el año 2013 ganó el primer premio en la categoría cuento del concurso organizado por Río Ancho Ediciones, en la ciudad de Rosario, con su obra titulada *Círculos Rectos*, que fue publicada con el título *Sirena entre los dedos*. Como dramaturga, ha coescrito las obras *Tenerlo todo* y *El origen de las especies*. Coordina el Espacio Literario en el Instituto para la Recuperación del Adolescente (IRAR).





Sentada sobre el techo del rancho, la niña mueve los pies al compás de una canción que tararea con los labios apenas entreabiertos. Mueve la cabeza también, hacia uno y otro hombro, como si fuese una muñequita de trapo, al ritmo de ese tarareo casi imperceptible. Es de noche. Tiene entre las manos una rama de paraíso. Gruesa como un brazo, larga y encorvada, zigzagueante casi (como una culebra). La sostiene desde uno de los extremos. Del otro extremo, una soga formada con trapos viejos y descoloridos cae hasta tocar la tierra, como una bandera mojada o un barrilete sin cola. Atada al último girón del trapo intenta escapar, inútilmente, una langosta. La niña se queda mirando la luna. Las estrellas. El campo.

133

Ese día, cuando se levantó, lo primero que hizo fue limpiar la mesa y extender las sábanas, como todos los días. Después había ido hasta el baño y haciendo puntitas de pie logró ver su cara en un pequeño espejito oval que colgaba de un clavo. Infló los cachetes y los desinfló unas cuantas veces, haciendo muecas. Dio vueltas por la casa y se entretuvo mordiendo un pedazo de pan que encontró en un cajón.

Ya no sabía qué otra cosa hacer para matar el tiempo. Mientras se comía las uñas, miró por la ventana y vio bajar el sol.

Encendió una vela y la dejó en el centro de la mesa. Se sentó junto a ese pedacito de calor amarillo. Envolvió la llama con las manos. Supo que al

caer el sol las arañas inmensas intentarían entrar. Su padre, antes de perder la vista, buscaba una viga y las reventaba a la puerta de la casa. De la otra casa, la que era de ellos, antes de que el padre muriera y los hermanos se desparramaran buscando trabajo en Buenos Aires, Córdoba y Rosario. Antes de que ella se viera obligada a vivir en medio de la nada, con el tío.

Ve luchar a la langosta, que con las patitas delanteras intenta desprenderse del hilo. No te vas a escapar, dice, no ahora. Sonríe al verla revolverse en la tierra, molesta por el hilo. Vuelve a tararear la canción, con los labios cerrados. Mueve la cabeza, las piernas y los pies, como una muñequita de trapo. Sonríe (con todo el cuerpo). Por suerte el tío casi nunca está en la casa, piensa.

Le gustaba estar junto al padre. Lo recuerda callado y cariñoso. Siempre intentando no molestar. Él le decía cómo, y ella aprendía con la seriedad de un juego a preparar pan casero, tortasadas y tortafritas. Por las noches, él se paraba a su lado, en el vano de la puerta y le daba el valor necesario para agarrar un palo y reventar a las arañas que intentaban meterse en la casa. Algunas eran negras y peludas, inofensivas; otras, en cambio, tenían rayas a colores y un veneno mortal. Inmensas (como la palma abierta de la mano de un hombre). Hacían un crujido, como cuando uno rompe una nuez. Despedían un líquido viscoso. Algunas permanecían así, aplastadas y moviendo las patas. El

padre le besaba la frente, las manos y le acariciaba la cabeza, el pelo. Le limpiaba las lágrimas y se sentaban, en la oscuridad del mundo, a hablar de la madre muerta cuando ella tenía seis años. Terminaban llorando los dos, enterneados por el recuerdo de una mujer a la que ya no podían ver (sino inventar). La iban construyendo como a un rompecabezas. La niña preguntaba por el color del pelo y de los ojos. Por la sonrisa, por la voz, y el padre buscaba en el vacío de los recuerdos y extraía algún hilo luminoso.

Atrapa una grande y de colores rayados. La iza lentamente y la deja caer sobre el frasco. Lo tapa y haciéndolo girar entre sus manos, comienza a mirar la araña, a la luz de la luna. Ahora sí, por favor. Ahora sí, por favor, dice.

135

Por la noche llevó la vela hasta la pieza, hasta la cama. Se acostó, todavía con frío, con hambre. No quería quedar en la oscuridad, pero debía apagar la vela, porque si su tío llegaba en ese momento iba a enojarse. Y lo primero que iba a hacer era llevar la mano hacia el látigo que tenía siempre enroscado en el cinturón, caerle a latigazos sobre las piernas y amenazarla de muerte si decía algo.

Sopló sobre la llama amarilla. Se tapó hasta la cabeza y comenzó a relajarse. Pronto haría un año que sus hermanos se habían ido. Se frotó las piernas con los ojos cerrados (apretados con fuerzas). Sintió el relieve de las marcas del látigo. De vez en cuando llegaban cartas. Telegramas, pero era el tío el que

las recibía y se encargaba de todo. Ella no sabía leer ni escribir. Había comenzado el primer grado, y le gustaba, pero la escuela quedaba tan lejos que por ahora iba a ser imposible. Eso le habían dicho.

Se llevó una mano hasta el sexo. Le dolía. Le dolía igual a la primera vez que el tío se había metido en su cama. Se recordó llorando en silencio, lavando las sábanas, intentando romperlas; mientras que el tío tomaba mates amargos.

Abrió los ojos y rezó en voz alta. Por favor, ahora sí. Por favor, ahora sí, repetía.

Cuando estaba quedándose dormida, oyó el ruido de los cascos del caballo acercándose. Oyó la voz del tío gritando, borracho. Lo escuchó en la cocina, prendido del pico de la damajuana. Pasaron las horas. Lo escuchó caer, tropezar, romper cosas. Lo escuchó tirarse sobre el catre y roncar. Salió en puntitas de pie y trepó al techo. Empezó a tararear una canción mientras se acomodaba la caña improvisada entre las piernas, sacaba la langosta del frasco y la ataba a una punta del trapo. Desde el techo podía verlas. Enormes, peludas y coloridas, amontonándose desesperadas por entrar al calor de la casa. Tiró el anzuelo y esperó.

Baja del techo en silencio y entra al rancho. Camina en aquella oscuridad que tan bien conoce. Oye los ronquidos. Algunas malas palabras, ininteligibles, casi. Se tapa la nariz para evitar que el olor a vino le dé náuseas. Acerca el frasco a la espalda del tío. Y lo abre.



ACTIVIDADES

Prof. Nadia Isasa



Licenciada y Profesora en Letras, egresada de la Universidad Nacional de Rosario. Desde hace más de diez años trabaja con niños, adolescentes y adultos, en distintos ámbitos educativos, tanto formales como no formales. Ha incursionado en el teatro, la danza, y la pintura, pero siempre vuelve a su "primer amor": la literatura. Ha sido parte de diversos proyectos de investigación. En la actualidad, es miembro de la cátedra Literatura Iberoamericana 2 de la carrera de Letras, da clases en escuela secundaria y en la Universidad Abierta para Adultos Mayores de la UNR.

137



Propuesta de lectura

La niña está sentada sobre el techo del rancho. Mueve los pies, tararea una canción y atrapa arañas, enormes y venenosas. Las pone dentro de un frasco. Contempla el campo, piensa, recuerda a sus padres. Su tío llegará pronto, y las arañas la ayudarán a concretar su venganza.

El cuento de Vanesa Gómez cuenta con potentes imágenes, propicias para abordar el verosímil realista. Narra, en pocas páginas, una historia tierna y desgarradora, acompañada de tramos poéticos, que hará posible el abordaje en el aula de ciertos tópicos

de difícil tratamiento, pero imprescindibles de ser problematizados junto a los estudiantes.

Por sus características y su estructura, el cuento dispara el trabajo interdisciplinario, en franca relación con otros sistemas semióticos.

Destinatarios

Alumnos de tercer año de escuela secundaria.

Conocimientos previos

> Características del (sub)género cuento > Estructura narrativa > Tipos de narrador > Procedimientos realistas

Temporización estimada

Tres horas cátedra (lectura, resolución de consignas, puesta en común).

Para abordar y trabajar el relato

En una segunda lectura, rastrear los siguientes enunciados en el texto e indicar su sentido dentro del cuento: ¿Qué información aportan dentro de la historia narrada? Por ejemplo: *Se entretuvo mordiendo un pedazo de pan que encontró en un cajón*, nos aporta información respecto al estrato social del personaje: alguien de escasos recursos económicos que quizá no coma todos los días, que debe buscar alimentos en los rincones de la casa y se contenta con un pedazo de pan viejo olvidado en un cajón.

-*Del otro extremo, una soga formada con trapos viejos y descoloridos cae hasta tocar la tierra*

-*De la otra casa, la que era de ellos, antes de que el padre muriera y los hermanos se desparramaran*

- Le limpiaba las lágrimas y se sentaban, en la oscuridad del mundo.
- Atrapa una grande y de colores rayados.
- Lo primero que iba a hacer era llevar la mano hacia el látigo que tenía enroscado siempre en el cinturón.
- Le dolía igual a la primera vez que el tío se había metido en su cama.
- Acerca el frasco a la espalda del tío.

Relaciones entre el cuento con otros sistemas semióticos

A/ Derechos torcidos

En 1989, la ONU dio paso a la reflexión en torno al niño como sujeto de derecho en la Convención sobre los derechos del niño. Tal convención impactó en el sistema jurídico de nuestro país, promulgándose en 1990 la Ley 23.849, que ratifica la convención y la adecúa a nuestro país como marco legal.

139

Te proponemos, en grupos, que veas los videos que figuran a continuación, y que te animes a la lectura de algunos artículos de la ley 23.849¹, para luego discutir: ¿Qué derechos de la niña del cuento se encuentran vulnerados? ¿Sabías acerca de la Convención sobre los Derechos del Niño? ¿Conocés todos tus derechos?

Compartan sus opiniones con el resto de los grupos.

¿Qué es la Convención sobre los Derechos del Niño?

<https://www.youtube.com/watch?v=lbGOMqP7yuc>

1 Se sugiere la lectura de los artículos 4, 5, 9, 19, 27, 28, 29, 34, 35 y 36.



Derechos de los niños, niñas y adolescentes

https://www.youtube.com/watch?v=VxOXc8j_6vk



140



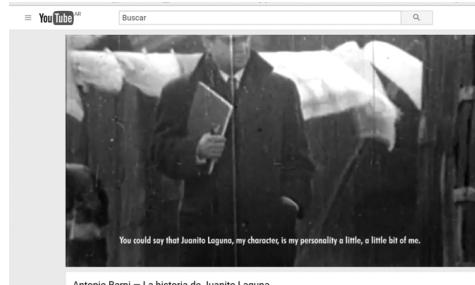
Texto de la ley 23.849

<https://www.unicef.org/argentina/spanish/7.-Convencionsobrelosderechos.pdf>

B/ La niña y Juanito

1. Juanito Laguna es un personaje creado por el artista plástico rosarino Antonio Berni. Te proponemos que conozcas su historia en la voz de su propio

autor: “Antonio Berni: la historia de Juanito Laguna”.
<https://www.youtube.com/watch?v=m9deXF8viyw>



Antonio Berni – La historia de Juanito Laguna

2. Ahora recorré algunas de sus imágenes, visitando la página educ.ar. Buscá ahí la galería “Berni para niños”, más precisamente “Juanito Laguna”.
<http://colección.educ.ar/colección/CD5/contenidos/berni-chicos/galería/juanito.html>

141



3. Una vez que hayas recorrido la muestra virtual, elegí una de las obras. Amplíala, mírala en detalle. Descubrí la técnica utilizada, los objetos y personajes que aparecen, los colores utilizados. Imaginá la escena en la vida del niño Juanito que está recreando ¿Qué sensaciones te produce? ¿Cómo relacionarías a Juanito con la niña del cuento?

4. Con la ayuda del/la docente de Educación Artística/Plástica, o solo/a, elaborá tu propio collage. La propuesta es que la protagonista sea la niña de “Arañas”. Para ello, te conviene releer el cuento y elegir algún momento o escena, el que más te guste, movilice o impacte.

La actividad final puede ser una muestra en la que se expongan todos los trabajos.

VARIACIONES MÍNIMAS

(de *Maraña*, Baltasara Editora, Rosario, 2014)

Natalia Massei

143



Nació en Rosario en 1979. Publicó *Maraña* (Baltasara, Rosario, 2014; mención en el Primer Concurso de Narrativa Río Ancho Ediciones) y la novela colectiva *Las chicas de Adriana* (Homosapiens, Rosario, 2014). Integra las antologías *Nada que ver* (Caballo Negro/Recovecos, Córdoba, 2012) y *Rosario: Ficciones para una nueva narrativa* (Baltasara, 2012). Relatos suyos han sido publicados en los diarios Rosario/12, Página/12, La Capital y en la revista literaria Maten al mensajero. Es escritora y profesora de Francés. Desde 2008 coordina un Café Literario en Francés.



Las variaciones entre un día y otro le parecen matices: el tinte del agua en el florero; un cenicero sin vaciar; el olor a comida que llega desde la casa de al lado; buscar y no encontrar algo que creía tener. Hoy, por ejemplo, se quedó sin Curitas, por eso demora más de lo habitual. Una de las costuras de sus sandalias sobresale por dentro a la altura del talón y lastima. Hurga en el botiquín, en el cajón de la mesa de luz, en el monedero. Empieza el día nerviosa. El clima no se presta para llevar zapatos cerrados y, por otra parte, no concibe salir en ojotas ni siquiera por el barrio. Duda un segundo y antes de calzarse, elige un par de medias de nylon color piel para suavizar el roce. ¡Me tendría que sacar la lotería y se terminan todos los problemas! Este pensamiento la remite a la ocasión en que jugó el 2345 y salió el 2343. Adela está convencida de que esa vez estuvo cerca.

Tiene la costumbre de salir temprano, antes de que abran los negocios, para ser la primera en la caja del supermercado, elegir la mejor verdura, demorarse en la charla antes de volver. Está fresco. En la calle queda un remanente de madrugada que le gusta. Un letargo, una latencia. Respira hondo, anda despacio. Para frente a la vidriera de una zapatería para mirar unas sandalias rojas que ya tiene vistas y le parecen preciosas. Sin embargo, no sabe con qué las combinaría si las comprara. Además cuestan una fortuna. Los martes hacen veinte por ciento de descuento en efectivo. Hoy es martes,

podría aprovechar. Mira de reojo el cajero automático pegado al negocio mientras retoma la marcha. Avanza y enseguida se detiene. Una mancha borrosa dentro del cajero atrae su atención. Retrocede y enfoca: una bolsa oscura al pie de la máquina distritadora de billetes. Saca del monedero su tarjeta de débito y entra. Abre el paquete que ha sido cerrado con un nudo sencillo y encuentra dinero, mucho dinero: una bolsa negra llena de plata. Sin pensar lo hunde el bulto en el carrito de las compras y se dirige a su casa apurando el paso. Respira agitada. Las ruedas del carro se traban con las baldosas levantadas y hacen más alboroto que nunca. Baja al asfalto y camina entre los autos estacionados y los que circulan. Algunos le tocan bocina.

En menos de cinco minutos está encerrada en su habitación con toda la plata sobre el acolchado. Billetes de diez, de veinte, de cincuenta y de cien. Ochenta mil pesos en total: contarlos le lleva un buen rato. La bolsa de consorcio vacía al costado de la cama no contiene ninguna identificación. La plata no es de nadie. O es del banco. Es mía, piensa. Se guarda quinientos pesos en el bolsillo. El resto lo envuelve en una toalla y esconde el paquete en el canasto de la ropa sucia bien al fondo. Hoy pensaba preparar carne al horno con papas. Todavía tiene tiempo de salir y hacer las compras. Vuelve a sacar la plata del canasto y agarra quinientos pesos más. Después arma otra vez el envoltorio y lo hunde en el mismo lugar.

Al mediodía espera a Vicente con la comida servida y la sorpresa de haber ganado una cifra exuberante en la quiniela. El hombre viene cansado y con un apetito canino. Le pregunta, solamente, cuánto ganó y cuánto cobran de comisión los de la agencia de lotería. Se sobresalta al escuchar ambas respuestas. Ella descorcha un Fresita y brindan con ilusión mirándose a los ojos. Vicente duerme una siesta corta pero pesada y después vuelve a su trabajo como todos los días.

El miércoles Adela estrena las sandalias rojas con vestido y cartera haciendo juego. Pasa la tarde en un centro comercial eligiendo electrodomésticos y muebles para renovar la casa.

El jueves recibe en su domicilio el aire acondicionado Samsung frío calor, con filtro full HD 80 que quita hasta las partículas de polvo más pequeñas y elimina la contaminación del aire.

El viernes llega el lavavajillas Electrolux que lava platos y cubiertos de hasta nueve comensales.

Hay que esperar hasta el lunes la entrega del colchón y sommier Super King de dos metros por dos metros.

El martes, al cumplirse una semana del hallazgo, un hombre la sorprende entre las góndolas del supermercado, en el sector de los congelados.

-¡Sos vos! ¡Vos sos la chorra!

Adela lo mira con estupor. No sabe si responder o meter en el carro la caja de hamburguesas que tiene en las manos y seguir caminando.

-¡Vos te llevaste la guita del banco! ¡Te vimos!
La metiste en el changuito ese a la plata. Está todo
filmado.

-¡Qué dice, señor! Permiso... ¡A ver si me deja
pasar, por favor...!

Se siente ridícula tratándolo de usted. Es más
joven que ella, le calcula unos treinta y cinco años.
Lleva traje azul marino y luce un bronceado parejo
que le resalta los ojos claros. Empleado bancario,
probablemente. El tono prepotente no cuaja con
el porte.

-Mirá, vos hacete la boluda, pero estás fichada.
Vas a tener que devolver la guita.

Adela siente un frío que le moja el cuerpo, pero
mostrando seguridad enfila hacia delante. Da unos
pasos y dobla en la esquina del café y las infusiones
donde deja el changuito a un lado para abandonar
rápidamente el local. Le gusta mucho su carro a
lunares. Con suerte podrá recuperarlo. Varios em-
pleados del supermercado la conocen y quizás se lo
guarden. Piensa en esto mientras atraviesa la puer-
ta y empieza a correr.

Cuando llega a su casa el teléfono está sonando.
Entra directamente al baño y abre la ducha. Si tu-
viera bañera se daría un largo baño de inmersión.
Vacía sobre el piso de mosaico una espuma de baño
con aceites esenciales que le regalaron para su úl-
timo cumpleaños y nunca usó. El vapor condensa
un aroma ácido de naranjas y tilo. Se queda un rato
bajo el agua con la espalda apoyada contra los azu-

lejos. Se aflojan los músculos y los párpados caen. Sale de la ducha sin cubrirse y camina hasta su cama dejando un reguero de gotas sobre el parquet.

Sentada sobre el colchón nuevo -blando como deben ser las nubes y caro como el oro-, con los hombros distendidos y las manos apoyadas sobre las rodillas, mira el canasto de mimbre. Piensa en el split de 4500 frigorías todavía sin instalar; el lavavajillas de acero inoxidable con 7 temperaturas diferentes y comandos digitales que no pudo aprender a usar; la cama que donó al ejército de salvación; el 2345 que no salió; las sandalias que no llegó a domar; los cincuenta mil pesos que quedan en la bolsa; los treinta mil que gastó; el hombre del supermercado; la quiniela; el marido que llegará en un rato; imagina a Vicente de traje azul marino. Cae en la cuenta de que su padre usaba un traje de ese color cuando salía a vender. Todos los trajes azul marino son iguales. Ve a su padre almacenando mercaderías en el baño. Un baño antiguo de dimensiones generosas. En el centro, una bañera de hierro enlosado sostenida por cuatro patas de león rodeada de cajas de whisky, cigarrillos importados, zapatos, radios y relojes baratos venidos del Paraguay.

Una vez, en ese baño apareció la virgen. La había traído él, sin avisar. Pudo verla antes de que su mamá la destrozara a martillazos. Desde la pieza escuchó los gritos: un alarido largo y después un murmullo de quejas distorsionado por la respira-

ción entrecortada. Pudo verla entre las cajas, coronando la bañera, mientras su mamá corría a buscar el martillo para volver enseguida y molerla a golpes. Una paliza literal. Recuerda bien los pedazos esparcidos en el piso. Ella tendría once o doce años. Se reía y temblaba. Dos descargas simultáneas provocadas por la sensación de ver a su madre atacando a una estatua de yeso. Después se miraron y se rieron. Las dos paradas debajo de la puerta frente a la virgen. Contemplando los restos, la intensidad decolorada de los ojos, los labios descascados, los pómulos melancólicos, Adela comprendió la reacción de su madre. Sintió en carne propia el miedo: alcanzaba para hacer todo el trayecto desde el baño hasta la cocina atravesando varias habitaciones; buscar el martillo en el tercer cajón de la mesada; regresar corriendo y volver, para encontrar a la virgen en el mismo lugar, erguida entre los bártulos.

El teléfono dejó de sonar hace rato. Adela está a punto de dormirse cuando la sobresalta la estriñencia grave y prolongada del timbre. Le parece raro que los visiten a esa hora, todo el mundo sabe que Vicente trabaja y que ella está en la calle haciendo las compras.



ACTIVIDADES

Prof. Romina Deledda



Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Rosario. Actualmente, cursando la Licenciatura en Literaturas Anglogermánicas. Se desempeña como docente en diferentes Instituciones de nivel secundario y superior de la ciudad de Rosario.

151



Propuesta de lectura

Leer el cuento “Variaciones mínimas” de Natalia Massei, construido con intensidad sobre el realismo, es adentrarse en un mundo que intenta ser captado con precisión para poder reproducir así, la realidad de forma absoluta. El narrador nos presenta un universo cotidiano, vivido por la protagonista como rutinario ya que los cambios (orientados siempre a la posesión de bienes materiales) no pueden percibirse o son *mínimos* y es por ello que nos señala desde el inicio del relato: “Las variaciones entre un día y otro le parecen matices: el tinte del agua en el florero; un cenicero sin vaciar; el olor a comida que llega desde la casa de al lado; buscar y no encontrar algo que creía tener”. Las detalladas descripciones que se incorporan colaboran con la construcción de ese mundo y posibilitan que el

hecho extraordinario e inesperado provoque una ruptura no solo en la vida del personaje sino también, en la construcción de sentido que realiza el lector.

Adela, la protagonista del relato, una mujer acostumbrada a la monotonía de lo cotidiano, encuentra una bolsa con dinero. ¿Qué hará? Esta escena, permite desplegar un universo inesperado que rompe con el orden establecido y modifica el accionar del personaje quien comienza a vivir experiencias que fueron deseadas en su pasado.

Propuesta de trabajo

Objetivos

Que los alumnos ingresen al mundo de la literatura realista y desarrollen actividades de comprensión lectora y escritura creativa.

Destinatarios

Alumnos de primero y segundo año de la escuela secundaria.

Conocimientos previos

> Género periodístico: Noticia > Realismo > Verosímil > Narrador y punto de vista > Personajes > Textos ficcionales y no ficcionales > Secuencia narrativa > Descripción

Tiempo estimado

Dos clases de 80 minutos cada una.

A/ Consignas

Se propone la lectura grupal y la discusión del relato a partir de las siguientes consignas:

1. El título del cuento, “Variaciones mínimas”, alude a una experiencia subjetiva de la protagonista en relación con el paso del tiempo y la monotonía de su vida

cotidiana. Explicar el sentido del título en relación a la trama ¿Cuáles son las variaciones que experimenta la protagonista antes y después del hallazgo del dinero? ¿Considerás que es “mínima” la variación que produce el haberlo encontrado?

2. ¿Cómo se presenta el narrador? Buscar en el texto marcas que den cuenta de la presencia subjetiva del mismo.

3. ¿Qué temáticas considerás que vehiculiza el relato?

4. Elaborar la secuencia narrativa identificando las acciones nucleares y secundarias atendiendo a las diferencias que se presentan en la vida del personaje. ¿Cómo se relacionan dichas acciones? ¿Lógica o temporalmente?

5. ¿De qué manera aparecen expresados los cambios en el personaje?

6. ¿Qué significa el dinero para Adela antes y después de haberlo encontrarlo?

7. ¿Qué elemento permite conectar el presente del personaje con su historia familiar? ¿Por qué creés que en ese momento se le presentan su madre, su padre y la Virgen?

8. La protagonista piensa: “¡Me tendría que sacar la lotería y se terminan todos los problemas!”. ¿Realmente creés que al encontrar el dinero se terminan todos sus problemas?

9. ¿Por qué creés que Adela le miente a su marido sobre el origen del dinero?

10. ¿Qué efectos producen las descripciones en la construcción del verosímil? Extraer descripciones de la casa, del marido y de la calle.

B/ Relaciones

Complementar con géneros periodísticos/ textos no ficcionales.

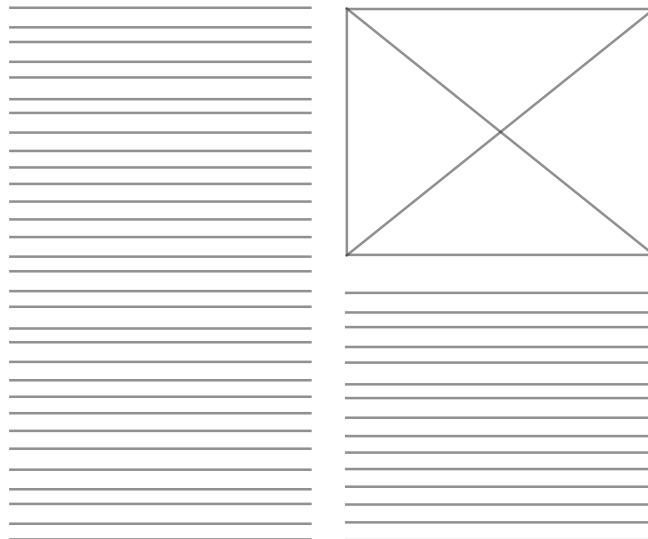
C/ Creación

Elaborar un texto no ficcional, que pertenezca al género periodístico, en el que se informe sobre el hallazgo de Adela pero como si ella devolviese la bolsa que encontró.

El mismo debe emplear la tercera persona, referir a un hecho supuestamente real y utilizar el título que se incorpora a continuación. Al redactar la noticia, deberán realizar cambios en función del contenido. Extensión mínima: 200 palabras. Adjuntar una fotografía.

Una acción ejemplar

encontró una bolsa con dinero y lo devolvió



POR LA LITERATURA

(de *La noche en plena tarde*, Río Ancho Ediciones,
Rosario, 2012)

Pablo Colacrai

Nació en 1977 en Noettinger, Córdoba, pero creció y vive en Rosario. Es Licenciado en Comunicación Social y coordina talleres de escritura creativa. Publicó los libros de cuentos *La noche en plena tarde* (Río Ancho Ediciones) en el 2012 y *Nadie es tan fuerte* (Modesto Rimbá) en el 2017. Entre otras distinciones, recibió en 2006 el primer premio en el Concurso De las sombras a la luz, organizado por la Municipalidad de Rosario y, en 2009, obtuvo el primer premio en el concurso convocado por la revista Una Mano. Además, algunos de sus cuentos se publicaron en antologías y medios locales y nacionales.





-Otra tilinga -le dije a Martín cuando la vi entrar. Participábamos del taller literario coordinado por Ariel Espósito, un profesor de la facultad que nunca había escrito nada que valiera la pena ser publicado y que, sin embargo, había sabido ganarse el respeto del ambiente. Esas rarezas que son habituales, pero difíciles de explicar-. Otra tilinga, y encima fea -dije por lo bajo y Martín asintió-. No dura más de dos meses -aposté. Ya habíamos visto a decenas de personas que iban al taller como quien va al mercado, o al cine. Martín dijo que hasta tres llegaba. Los dos nos equivocamos, y cómo.

En esa época yo ya me ganaba la vida atendiendo el negocio de electrónica. El tiempo que no estaba trabajando lo dedicaba entero a la literatura, con un convencimiento y una devoción que, ahora puedo admitirlo, tenían mucho de obstinación y de inocencia. Yo quería, más que cualquier otra cosa, ser escritor. Escribía sin parar y llevaba cada nuevo texto al taller para ponerlo a consideración del grupo. La mecánica era siempre la misma: Espósito leía los textos en voz alta y después todos los comentábamos. A veces las críticas eran furibundas, otras, benévolas; dependía, en general, más del humor de los talleristas que del texto en sí.

Al principio nos reímos de Renata, en secreto, claro. Había estudiado alguna carrera técnica, como Radiología o algo por el estilo y admitía, sin ninguna vergüenza, no haber leído nada desde el secundario. Por suerte tenía la prudencia de no ha-

blar en los encuentros. Se limitaba a escuchar con los ojos bien abiertos y a anotar, en un cuaderno nuevo, todo lo que se decía, hasta lo más insignificante. Sólo interrumpía de vez en cuando, con una voz apenas audible, para preguntar el nombre de los libros más populares o para hacerse deletrear apellidos como Baudelaire o Dostoievsky.

Mi relación con ella comenzó la noche en que llevé al taller un cuento en el que había trabajado –en esa época le llamaba trabajar a escribir–, en el que había trabajado, decía, casi un mes. A esa misma reunión Renata llevó su primer texto. Algo sobre un pájaro encerrado y una moraleja tan pueril que, de no ser por cómo terminó todo, me reiría de solo recordarlo. Nadie tuvo compasión con mi cuento. Lo destrozaron. Ni Martín me defendió en esa oportunidad. Es posible que hayan tenido razón, pero en aquel momento no podía admitirlo. Después leímos el de Renata. Yo, aún dolido por las reprobaciones, me había impuesto no hacer comentarios. Pero pronto comencé a indignarme. Era imposible soportar la condescendencia y la suavidad con la que se hablaba de su cuento. Desde lo técnico, debo decir –lo dije ese día también–, no era un cuento. Era apenas, con suerte, una hilera de palabras asociadas con evidente torpeza. Realmente se conversaba con tanto pudor de esa cosa, ni siquiera un mal cuento, que sentí la obligación de decir lo que pensaba. Hablé durante media hora. Espósito intentó varias veces interrumpirme

para suavizar, pero yo gruñía como un león herido. Nadie se atrevió a cuestionarme. Solo alguien, no sabría decir quién, me recordó que era su primer trabajo y que, seguramente, iba a mejorar.

-Ya lo sé -respondí-. Es por eso que digo lo que digo, para que aprenda. Para eso venimos, ¿no?

Esa noche, al despedirnos, ella se acercó y casi sin mirarme, me agradeció la sinceridad. Su cara era grande y redonda y tenía la piel marcada por pequeños pozos que pretendía ocultar con maquillaje. Hablaba apenas levantando la cabeza, como si le pesara. Le dije que no tenía nada que agradecer.

-Todo sea por la literatura -agregué, por decir algo.

Habíamos quedado solos en la esquina de Santiago y Mendoza. Yo miraba a cada rato por encima de su cabeza simulando esperar un colectivo. Me había propuesto tomar el primero que pasara, cualquiera, pero la calle era un desierto. Ella me preguntó si podría recomendarle algunas lecturas. Le dije que sí, por supuesto. Entonces, sin sacar la mirada de sus zapatos, o de los míos, me propuso tomar algo en un bar y charlar tranquilos. Era conmovedor el inmenso esfuerzo que hacía por vencer su timidez.

Dudé un instante.

-Yo invito -insistió, y fue la primera vez que nuestros ojos se cruzaron.

No tuve valor para despreciarla.

Esa noche hablé durante horas mientras ella

escuchaba y se encargaba de que nunca se vaciara mi vaso de ginebra. Le recomendé los libros que debía leer, el orden y dónde comprarlos. Desarrollé teorías apócrifas que no me hubiera atrevido a reproducir en ningún otro lado. Ideas que pensaba publicar algún día en forma de ensayos, cuando ya fuera un escritor reconocido. Ella me miraba con una humildad insopportable y asentía mecánicamente ante cada frase. Y yo me dejé llevar por su devoción, me sentía inmenso, ilustre, respetado. Unas horas después, ya dentro de un taxi, nos despedimos en la puerta de su casa. Agradecí que no me invitara a pasar.

Al día siguiente nos encontramos en la librería que yo frecuentaba. Ella cargaba en sus brazos casi todo lo que le había indicado. Se notaba que no tenía que preocuparse por el dinero. Cuando me vio, una sonrisa sutil asomó en sus labios. Levantó una mano para saludarme y después, como yo permanecía inmóvil, se acercó. Llevaba una solera que dejaba ver el comienzo de dos pechos grandes e inestables. El pelo negro le caía sobre la cara en un intento, intuyo, de esconder las imperfecciones de la piel.

-Mirá -dijo después de darme un beso tímido-, te estoy haciendo caso.

-Veo -dije.

Cruzamos unas palabras más y después seguimos, cada uno por su lado, revisando las estanterías. Ese día encontré la edición en dos tomos de

los cuentos completos de Poe traducidos por Cortázar. Imposible comprarlos, costaban una fortuna. Mientras leía “El corazón delator”, pretendiendo detectar la *pluma* de Cortázar, vi a Renata acercarse al mostrador con una pila de libros, apoyarlos delante de la cara del empleado y sacar la tarjeta de crédito con el mismo gesto que, con seguridad, usaba para comprar ropa, carteras o perfumes. Ya no pude seguir leyendo. Cerré el libro y lo devolví a su lugar. Cuando me di vuelta ella me estaba observando. Sonreía y los ojos le brillaban como a un chico. Se arrimó y me propuso tomar un café para seguir la charla del día anterior. De nuevo no supe cómo decirle que no.

Nos metimos en el primer bar que encontramos, sucio y mal iluminado. Bebimos cerveza en silencio mientras yo examinaba los libros que ella traía. Le dije que los había leído a todos, pero que algunos habían quedado en la biblioteca familiar. Por eso, volver a verlos, me daba algo así como nostalgia. Dijo que entendía y a mí me avergonzó un poco que pudiera creerse una mentira tan evidente. Entonces, para cambiar de tema, por primera vez le pregunté por su vida. Tenía más de treinta años –no quiso decir cuántos más–, sus padres eran dueños de una fábrica en algún pueblo del interior que ya olvidé y vivía sola, en un departamento, a pocas cuadras de ahí. Tal vez fue por eso que le sugerí que me invitara a cenar, o porque ya la cerveza me había hecho algún efecto, no lo sé.

A pesar de que el departamento era espacioso no había ni una biblioteca. Los pocos libros que tenía estaban apilados en una inmensa cómoda de madera, demasiado antigua y señorial para mi gusto. Mientras ella cocinaba me entretuve mirando televisión y tomando un whisky bastante bueno que encontré en una pequeña bodega. Después de comer yo ya estaba lo suficientemente borracho como para querer acostarme con ella. Debo admitirlo: no fue tan difícil como había previsto, ni tampoco tan malo. A la mañana siguiente, antes de irme a trabajar, le expliqué que era importante que eso no lo supieran en el taller.

-Para no comprometernos con los comentarios -dije, convencido.

Ella me miró sin levantarse de la cama, como con devoción y dijo que claro, que lo entendía, que de todos modos ella no hablaba mucho con nadie. Me fui sin besarla, apurado y algo perplejo.

A partir de ese día Renata empezó a llevar un texto a cada clase; todos igual de insopportables. Pero como su aire dócil y apesadumbrado hacía que pareciera innoble y hasta abominable criticarla, nuestros compañeros, y el mismo Espósito, eran medidos con las devoluciones. Yo, en cambio, nunca tuve piedad. Me ensañaba con sus trabajos. No podía evitar la irritación que me producían. Además, creo que disfrutaba humillándola delante de todos, hurgando hasta lo invisible para demostrar lo obtuso y patético de sus relatos. Pero

ella parecía no molestarse nunca. Al contrario, se mostraba cada vez más agradecida y cariñosa. Y me lo hacía saber cuando la visitaba. Las veces que la despertaba a medianoche, borracho, después de haber fracasado en el intento de escribir algo y me hacía pasar y me invitaba con whisky del caro y me dejaba dormir en su cama. Esas noches me decía que le gustaban mis observaciones porque odiaba la obsecuencia. Decía que sólo se mejoraba conociendo los errores propios y que ella, como novata, no podía encontrarlos. Y yo le contestaba que eso era cierto, pero que yo no lo hacía solo por ella, lo hacía por la Literatura. Así, con mayúsculas se escribiría si se lo hubiese escrito. Por la Literatura, le decía; y me acostaba con ella y hablaba la noche entera de libros y de autores, desnudo y borracho, sintiéndome un personaje de Hemingway o de Castillo mientras miraba el cielorrasso y dejaba que ella descansara su cabeza en mi pecho, con los oídos atentos y los ojos entreabiertos.

Al poco tiempo, asombrosamente, Renata apareció en el taller con un texto que fue un quiebre, un hito, un antes y un después, como les gusta decir al periodismo y a la crítica. En realidad era un cuento que tenía las mismas debilidades que los otros, los mismos errores gramaticales, estructurales y todo eso; pero también tenía algo más. Cuando Espósito terminó de leerlo en voz alta se hizo un silencio extraño. A veces esos silencios eran incómodos, como el instante previo a un fusilamiento, o al es-

tampido de un trueno. Pero éste no era el caso, lo sabíamos. En el aire había quedado merodeando algo así como la estela de un sueño. El cuento tenía vida, o mejor dicho, algo vivía en el cuento. Martín, lo recuerdo bien, me miró satisfecho, sorprendido.

Al ver esas caras de aprobación no pude contenerme. Fui el primero en hablar. Era necesario que alguien comenzara y era necesario, entendí, que fuese yo. Fui implacable. No mencioné ni una de las virtudes del texto. Volví a recordar las faltas de criterio, lo desprolijo de la prosa, la dificultad de lectura que implicaba la mala puntuación y, para finalizar, lo insustancial y manoseado del argumento –para demostrarlo cité tres o cuatro libros que estaba seguro de que Renata no había leído nunca–.

–Sí –dije antes de terminar, de modo benevolente–, se nota que Renata está progresando.

Y me callé; espléndido, triunfal.

Renata mantenía, como siempre que se discutían sus textos, la mirada baja. Parecía concentrada o ausente. Los otros no hablaban, esperaban algo, no sé qué. Espósito dejó que la expectativa aumentara mirando a los talleristas uno por uno. Después tomó la palabra y dijo que lo que yo había señalado era cierto, pero que había en el texto algo de lo que yo no había hablado y a él le interesaba que charláramos sobre eso. En ese momento no percibí nada, pero ahora creo que Espósito ya intuía el final de la historia, y lo disfrutaba por anticipado.

Desde entonces los cuentos de Renata empezaron a mejorar. No obstante, ella seguía recibiendo las críticas con igual sumisión. Parecía no terminar nunca de confiar en los buenos comentarios de nuestros compañeros, siempre esperaba con ansia –pero también con temor– mis palabras. Y yo sistemáticamente negaba todas las bondades de sus trabajos. Sólo sobre el final, a modo de limosna, dejaba caer alguna frase elogiosa.

Paradójicamente –o no–, durante ese tiempo no conseguí escribir siquiera una sola página decente, alguna de la que no me avergonzara. Y cada madrugada, tras un nuevo fracaso, me refugiaba en su cama y le hablaba de los libros que escribiría en el futuro, de la decadencia de la literatura nacional y de la importancia del compromiso con la escritura.

Ese año más que ningún otro deseé la llegada del verano y las vacaciones. Planeaba dedicarme de lleno a trabajar –léase: escribir– en un proyecto de novela que tenía en mente desde hacía mucho tiempo. Imaginaba que el bloqueo desaparecería si lograba encaminarme en el sendero de una historia extendida. Renata, en cambio, pasó todo el verano en casa de sus padres. Algunas noches me llamaba, pero nuestras conversaciones eran aburridas y esquemáticas. En realidad, nunca habíamos dialogado mucho, así que pronto no teníamos nada más que decirnos y cortábamos. La última vez insistió en que fuera a visitarla –ya me había invitado varias veces–, dijo que tenía algo para contarme pero

no quería hacerlo por teléfono. Dejó deslizar, con discreción, que era importante. Me negué nuevamente con argumentos tan infundados que, al fin, se ofendió y ya no volvimos a hablar.

Al principio me sorprendió su repentina desaparición. No voy a decir que la extrañaba, pero sí que fue como una suerte de vacío inesperado. De todos modos, pronto la olvidé. Me encontraba absolutamente sumergido en mi proyecto. Durante esos meses escribí más de cien páginas que entonces consideraba respetables y, algunas, hasta brillantes.

Del alejamiento de Renata deduje que iba a abandonar el taller, que su antojo por la literatura se había saciado. Quizá fue por eso que cuando entró, como si nada, a la primera reunión del año siguiente, tuve un mal presentimiento. Verla me produjo una suerte de malestar. Me saludó desde lejos y creí percibir algo extraño en su gesto. La noté diferente y recordé, no sé por qué, su última llamada telefónica. La intriga no duró mucho tiempo. Antes de empezar, Espósito nos informó con orgullo que uno de los cuentos de Renata había sido incluido en un libro que publicaría la editorial municipal.

Fue como si me hubieran golpeado en la nuca. Empecé a ver pequeños puntos blancos vagando por la habitación y en los oídos se me instaló un silbido agudo y continuado. De ahí en adelante recuerdo todo como a través del velo de una borrachera. Mis compañeros, hasta al propio Martín, aplaudieron y la felicitaron. Y ella recibió los elo-

gios sin sonrojarse, segura, serena, irreconocible. Después la obligaron a que hablara y sólo atinó a dar las gracias, a media voz. Sé que todos me miraban; de reojo, con suspicacia, todos, lo juro, me miraban. Me esforcé por mantenerme impertérrito y sostener la sonrisa sin sacar los ojos de Renata ni un instante. Cuando todo se calmó, comenzamos.

Soporté hasta el final mis deseos de irme. La sensación de vaciedad y de ridículo no disminuyó hasta que llegué a mi casa y terminé, en dos largos tragos, la media botella de whisky que me quedaba. A la mañana siguiente, camino al trabajo, todavía con algo de resaca, decidí abandonar el taller.

Pero el golpe final, el que selló mi relación con la literatura, llegó recién unas semanas más tarde. Una noche siniestra, después de releer las casi cien páginas que había escrito durante el verano y convencerme de que eran pura basura y de que me hubiera gustado quemarlas –gesto fetiche de los escritores– y de que ni siquiera era capaz de hacer eso, entendí –con la contundencia con que solo se pueden entender las verdades irrefutables–: entendí que yo nunca sería un escritor. Y de inmediato, como un reflejo, decidí salir a emborracharme para parecerme, siquiera en algo, a los hombres que más admiraba. Mentiría si dijera que no sé cómo terminé allí, porque desde el momento en el que juzgué que todo el *trabajo* del verano había sido inútil y decidí, al menos, emborracharme, supe que iría a su casa.

Renata me recibió envuelta en una bata gris. Había cambiado. No es fácil decir cómo, pero había cambiado. Me miró de frente y advirtió, estoy seguro, que yo estaba borracho –muy borracho– y dolido. Dudó antes de invitarme a pasar. Entré sin darle un beso. Ella fue hasta la cocina ofreciéndome un café al tiempo que yo ya me desparramaba en unos inmensos sillones que, calculé, costaban más que todos los muebles de mi departamento. Hubiera preferido algo más fuerte, pero acepté.

–¿Qué hacías? –tuve que gritarle para que me escuchara.

–Nada –contestó desde la cocina.

–¿Qué?

–Nada. Miraba televisión –dijo mientras me traía una taza grande de café y una aspirina que yo no le había pedido.

Entonces vi la mancha azul en su dedo y adiviné –como si fuera el mismo Dupin– que me estaba mintiendo; y adiviné, también, que lo hacía por lástima. Supe, con absoluta seguridad, que si iba a su habitación encontraría el televisor apagado y sobre la cama una pila de papeles escritos a mano. Algunos, quizás, con la tinta aún húmeda. Sentí asco. Una arcada me sacudió y volqué el café sobre mi pantalón. Enseguida empecé a percibir cómo el calor me llegaba a las piernas. Ella amagó a arrimarse pero la detuve extendiendo el brazo con un gesto energético, marcando distancia. Después, despacio, impasible, dejé la taza en el suelo y

me paré. Todo el alcohol que había tomado volvió a la garganta. Me acomodé la ropa para disimular el mareo. La mancha marrón empezaba a deslizarse hacia abajo. Ya no quemaba. Cuando estuve seguro de que no iba a caerme y de que, al menos por unos minutos, iba a poder mantener la vertical, le dije aquello, quizá la peor estupidez que haya dicho en mi vida.

-Resignate, Renata -las palabras me sonaban arrastradas, ajenas-, nunca vas a ser una escritora. ¿O te pensás que un cuentito de morondanga en un concurso de cabotaje te convierte en escritora? Imbécil. ¿Eso creés? ¿En serio? ¿No serás tan idiota, verdad? Esperá. Esperá. No abras la puerta que no me voy, no terminé todavía. Vine a decirte algo importante, muy, muy importante, para que lo sepas y te dejes de joder de una vez. Algo que deberías saber pero que, como sos medio tilinga, no lo sabés. Escuchá bien -recuerdo que en ese momento tuve que hacer una pausa para eructar que me gustó tanto como quedó, el clima que produjo, que la extendí un poco más de la cuenta-. Escuchame -dije cuando volví a hablar-, los escritores no se fabrican, ¿entendés? Ser escritor no se compra con la tarjetita de crédito. Uno no se opera de nada y se hace escritor. Escritor, escuchame bien tilinguita de mierda, escritor se nace. O si no, uno se forma de chico -dije, sin notar que me contradecía, que las dos ideas eran irreconciliables-. Si se aprende, se aprende de chico, cuando se aprende todo

y después parece natural. Pero nadie, acordate de esto que te digo, nadie de nadie puede ser escritor si pasó los treinta años sin haber leído a Borges, o a Cortázar, o a Poe, o a Chéjov, o cualquier otro, la puta madre, a cualquiera, ¿entendés?

Quisiera decir que ella me miraba con odio, o con sorpresa, o al menos con pena. Pero no. Me miraba con resignación, como si ése fuese exactamente el desenlace que ella aguardaba.

Aproveché la puerta abierta y salí rápido. Estaba tan borracho que tuve que vomitar en la vereda de su casa y después dos veces más antes de llegar a mi departamento.

Durante más de un año no volví a tener noticias tuyas. Hasta que ayer recibí el llamado de Espósito. Al principio no le reconocí la voz. Desde que abandoné el taller no habíamos vuelto a hablar. No hubo preámbulos, sé que lo hizo a propósito.

-Te dedicó el libro -dijo.

-¿Quién?

-¿Quién va a ser? -preguntó, sarcástico.

Cuando se convenció de que yo no fingía me informó que Renata había publicado una novela y que me la había dedicado.

-Será de agradecimiento -dije.

-Será -contestó.

Al cortar me juré varias veces que no me importaba. Pero hoy, camino al trabajo, no pude evitar detenerme en la librería. Por suerte no tuve que preguntar, el libro estaba en la mesa de las nove-

dades. Juzgué que la tapa era horrible, pero no me entretuve mirándola. Ni siquiera presté atención al título. Fui directo a las primeras páginas. Las observé con detenimiento como si fueran a contener un secreto, o una clave. Las demoré. Aprecié su textura y el minúsculo crujido que hacían al doblarse. Hasta que llegué a la tercera, o a lo mejor era la cuarta. Y ahí estaba, inmortalizado en magníficas letras de molde, mi nombre. Lo leí varias veces. Lo leí, o lo miré; porque es mi nombre y uno no lee su nombre, lo reconoce como a una foto o a un dibujo. Quedé inmóvil, absorto. Sentía que esas dos palabras -por primera y última vez impresas en un libro- me denunciaban y me agredían como ningún otro insulto. Y sin embargo, al mismo tiempo, me gratificaban de alguna manera que no puedo explicar.

Estuve así varios segundos.

Después dejé el libro en su lugar y salí de la librería lentamente, fingiendo no tener ningún apuro.





ACTIVIDADES

Prof. Damián Leandro Sarro



Profesor en Letras (UNR). Docente en el nivel secundario, en el nivel secundario para adultos y en el nivel superior. Participó en congresos nacionales e internacionales de crítica literaria y en seminarios sobre análisis del discurso, didáctica de la lengua y la literatura en gestión institucional de lectura. Publicó el ensayo "La refugencia del Bicentenario o el mito de Pigmalión" (CFI) (Consejo Federal de Inversiones). Coautor del "Manual de Lengua I. Educación Media para Adultos". Actualmente redacta su tesis de Licenciatura en Letras (UNR), con orientación en Teoría y Crítica Literaria.

173



Propuesta de lectura

Antes de comenzar la lectura de un texto –ya sea periodístico o literario– es importante detenerse a pensar en torno al título –y a la ilustración o imagen si la tuviera– para trabajar con un procedimiento que es muy útil a la hora de interpretar los textos: la inferencia. Inferir es presuponer, sugerir, anticipar, llenar los huecos o pistas que la escritura nos otorga, pero no reflexionar sobre lo escrito, sino sobre lo que se sugiere, lo que da a entender, lo que muchos llaman el doble sentido o el mensaje oculto de la escritura.

Respecto a este relato, su título de tres palabras nos abre un horizonte de interpretación que nos puede llevar a muchos lugares según el sentido que los lectores le asignemos. Una preposición, un artículo y un sustantivo nos representan una enormidad para volcar nuestras ideas al respecto.

Una frase que comience con la preposición **Por** nos puede suponer el medio por el cual transitamos o por el cual utilizamos para algo (*Por la vía caminamos / Por la peatonal paseamos / Por la vereda corrimos / Por fax te mando el trabajo / Por mail te voy a enviar la foto*). **Por** nos indica la causa de algún acontecimiento o suceso (*Por la lluvia se cortó el tránsito / Por mis bajas notas del trimestre me retaron en casa / Por las heridas recibidas está internado*). También nos refiere sobre algún lugar o sitio (*Por calle Mendoza pasa la K / Por la ruta 18 estaban los grandes baches*). Algunas precisiones cronológicas, indicaciones de fecha o de hora se construyen con esta preposición (*Por el 97 terminé la secundaria / Por la noche trabajo en el profesorado*). Podemos usar **Por** para señalar el valor de algún objeto (*Por trescientos pesos me compré dos remeras*). Para la sustitución viene bien utilizar la preposición (*Por dos pares de botines nuevos canjee una cubierta del auto / Por euros cambié mis ahorros en pesos*).

Destinatarios

Alumnos de cuarto y quinto año de la escuela secundaria.

A/ Actividad

(*Tiempo estimado de trabajo: 3 hs. cátedra*)

Escriban, según lo leído y comentado anteriormente,

qué valor le asignarían a la preposición Por del título del cuento. Luego de la lectura completa del relato, detallen si ratifican o rectifican lo escrito sobre el título. Justifiquen.

Para pensar y trabajar luego de leer

Toda lectura literaria nos proporciona un sinfín de posibilidades para su interpretación; ésta estará condicionada por varios factores, como ser los saberes previos que tengamos, el estado de ánimo al efectuar la lectura, el contexto donde leamos y los objetivos de dicha lectura, entre otros aspectos.

B/ Actividades de interpretación individual

(Tiempo estimado de trabajo: 3 hs. cátedra)

1. Presenten en forma de ítems las distintas situaciones en las cuales se construye la historia (una opción puede ser teniendo en cuenta la división en comienzo/nudo/desenlace).
2. ¿El primer párrafo podría entenderse desde la temática del prejuicio? Justifiquen y copien una frase que aluda a la respuesta. Señalen episodios de la realidad donde intervengan los prejuicios sociales.
3. ¿Cuándo adquiere relevancia la figura de Renata? Copia dos frases que justifiquen la respuesta. ¿Quién se siente menospreciado? ¿Por qué?
4. ¿Cómo imaginan el temperamento de Renata? ¿Y el del narrador?
5. ¿Con qué otra palabra se insinúa la idea de escribir?
6. ¿Cuándo el narrador entendió que nunca sería escritor? ¿Por qué sintió “asco” al ver la mancha en el dedo de Renata? ¿Qué representa esa situación?

- 7.** Al final del cuento, el narrador siente emociones que se contradicen. ¿Qué significa eso para él?

C/ Actividades de interpretación grupal

(Tiempo estimado: 2 clases de 2 hs. cátedra cada una)

1. Escriban dos palabras o frases que representen alguna cuestión o idea que se les haya venido a la mente ni bien culminaron con la lectura. Comparen entre todos y traten de construir con los aportes de la clase una frase que aluda al relato.
2. Dividan el cuento en párrafos y, agrupados equitativamente, asignen uno o dos párrafos para cada equipo. Cada grupo indicará qué acontece en el/los párrafo/s y lo representará de forma creativa (viñetas, historieta, ilustración, collage, diálogo teatral, noticia periodística, etcétera).
3. Reflexionen a partir de la siguiente idea que propone el narrador: ser escritor se nace o uno se va formando para ello. ¿Cómo sería el caso de Renata en este sentido? ¿Para ser escritor hay que tener necesariamente publicaciones de los trabajos?
4. Investiguen cuáles son los siete pecados capitales y traten de interpretar la historia por medio de uno o dos de ellos. Justifiquen.

Índice

7	Rosario se lee	
11	Instrucciones (posibles) para leer y descubrir este libro	
13	La imposible realidad	
17	LA ORQUESTA ROJA, Marcelo Britos	
51	Actividades por Silvina Palillo	
59	LOS INUNDADOS, Mateo Booz	
75	Actividades por Cecilia Kolic'	
81	UN VIAJE EN TAXI, Jorge Riestra	
91	Actividades por Federico Ferroggiaro	177
95	NEGRITOS, Osvaldo Aguirre	
101	Actividades por M. Valeria Read	
105	LA CÁMARA OSCURA, Angélica Gorodischer	
125	Actividades por Graciela Aletta de Sylvas	
131	ARAÑAS, Vanesa Gómez	
137	Actividades por Nadia Isasa	
143	VARIACIONES MÍNIMAS, Natalia Massei	
151	Actividades por Romina Deledda	
155	POR LA LITERATURA, Pablo Colacrai	
173	Actividades por Damián Leandro Sarro	

